NATALIA DE LAS OLIVAS

Encontrarnos

Saga Destino 3



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16. Enzo

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19. Enzo

Capítulo 20

Capítulo 21. Enzo

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25. Enzo

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29. Enzo

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35. Enzo

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40. Enzo

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45. Enzo

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50. Enzo

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Carta a Daniel

Unas palabras de la autora

Agradecimientos

Biografía de la autora

Créditos

ENCONTRARNOS

La saga Destino 3

Natalia de las Olivas

Click
EDICIONES

A todos aquellos a quienes nos ha dolido el corazón de tanto querer, a los que alguna vez nos encontramos en un pozo sin salida, a los que hemos perdido a alguien a quien amábamos, y a quienes al final el amor acabó ganando.

Querido lector: gracias por haber llegado
al final de la historia.

Antes de que continúes, quiero agradecerte
haber vivido las peripecias de los personajes,
haberles acompañado en este largo camino,
y haber creído en mí.

Introducción



Toda la vida he soñado con ser quien soy, con tener lo que tengo y poder disfrutar de cada uno de mis días.

Soy feliz, más que nunca, de hecho, y aunque el camino haya sido difícil, sigo soñando que algún día será mejor.

Soy una persona diferente. Ahora tengo muchos más años y soy una mujer adulta y sensata. Esta vida es gracias a Daniel, el hombre que siempre ha creído en mí y al que amo con todo mi corazón.

Capítulo 1



«Tengo cáncer, de pulmón».

Esa frase se repite en mi cabeza desde hace meses, desde que a Daniel le diagnosticaron un cáncer avanzado y sin cura. No importa cuántas veces trate de asimilarlo, sigue resonando en mí como un eco cruel, implacable.

Desde ese día, mi mundo comenzó a fragmentarse, y aunque intento mantenerme fuerte por él, hay noches en las que me encuentro mirando al techo, sin poder dormir, preguntándome cómo será una vida sin Daniel, sin verle cada día, sin sentir su amor, sin ver cómo se despierta cada mañana.

Algo me resultó raro el día que Daniel no apareció en la tienda con sus flores. Al llegar a casa, le encontré en el suelo, desmayado. Le llevé a Urgencias y allí nos dieron esa horrible noticia. Daniel, el hombre de mi vida, estaba muriéndose poco a poco y sin cura. Sentí que era mi culpa por no haberle querido lo suficiente y por el daño que le hice. Meses después, sigo pensando lo mismo, a pesar de que Daniel hace todo lo posible por que no me sienta así.

Preparo el desayuno y trato de aparentar normalidad. Daniel aparece en la cocina, vestido con su traje gris oscuro, ese que solo se pone en los juicios importantes, el que le regalé hace un par de años, el que usa cuando tiene miedo porque se enfrenta a algo complicado. Ya no le queda igual que hace años: ahora está más delgado que nunca y con un semblante más cansado. Quiero pensar y autoconvencerme de que sigue siendo el mismo, de que sigue estando bien y de que estaremos juntos de por vida. No es así, Daniel poco a poco se muere, y yo sigo sin hacerme a la idea. Prometió que este sería el último juicio y que dejaría de trabajar, algo que me parte el corazón, porque sé lo importante que es su trabajo para él, y lo feliz que le hace poder ayudar a la gente.

—¿Has dormido bien? —me pregunta, con esa mirada preocupada que logra desarmarme.

—Sí —miento, y le ofrezco una taza de café.

Sabe que no es verdad. Ambos sabemos que todo está lejos de estar bien, que a nuestra vida le queda poco y que nuestro amor tiene fecha de caducidad.

—Hoy tengo el juicio —me dice tras un silencio.

—Lo sé —respondo sin dejar de mirarle.

Daniel sigue luchando, incluso ahora, como si cada día fuera una oportunidad de demostrar que aún tiene fuerza. Y le admiro, joder, le admiro tanto. ¿Cómo puede una persona no rendirse a pesar de saber que tiene una enfermedad que no tiene cura? A pesar de saber que va a morirse.

Admiro su fuerza, su valentía, su constancia, admiro esa forma que tiene de enfrentarse al mundo cada vez que sale por la puerta todos los días, aunque cada día salga con menos fuerza que el anterior. Le cuesta respirar, caminar, y ya apenas sonríe. El cáncer

está acabando con el hombre al que amo, y me duele el alma de ver el proceso.

—Quiero que sepas algo, Irina —dice de repente, con un tono más serio. Se acerca y coge mi mano. Su tacto es cálido, pero frágil—. Si algo me pasa, si no estoy aquí para cuidarte, quiero que seas feliz, que sigas adelante.

—No digas eso, Daniel. Estarás aquí.

Sé que no estará, que tarde o temprano se irá de este mundo. A mí me cuesta más asimilarlo que a él, lo cual me parece injusto por mi parte. Daniel se sigue preocupando más por mí que por él.

—No por mucho tiempo, y ambos lo sabemos. No importa, porque he tenido la mejor vida que pude imaginar hace años —insiste con una sinceridad que me parte el alma—. Prométeme que encontrarás la manera de ser feliz, Irina. Que no te quedarás atrapada.

Quiero decirle que sí, que lo prometo, pero mi garganta se cierra y solo puedo asentir, porque las palabras se ahogan en el nudo que tengo en el pecho. Sabe que no puedo hacerlo, que jamás podré alejarle de mi corazón y que nunca podré ser feliz sin él. No quiero hacerme a la idea, lucho por hacerlo, pero en vano. No consigo quitarme de la cabeza que pronto dejaré de verle, de besarle y abrazarle. Que ya no estará en mi vida y que se irá para siempre.

Daniel se despide con un beso en la frente y sale de casa para ir al juicio. Me quedo sola en la cocina, con la taza de café enfriándose en mis manos y un peso aplastante en el pecho.

¿Cómo se sigue adelante cuando sabes que perderás a la persona que ha sido tu hogar tantos años?

Daniel se ha esforzado tanto que a día de hoy sigo sin saber cómo agradecérselo o estar a la altura.

El sonido del timbre interrumpe mis pensamientos. Me limpio rápidamente las lágrimas y trato de recomponerme antes de abrir la

puerta.

—¡Vaya, mira quién sigue sobreviviendo al caos! —dice Alexis en cuanto me ve.

A pesar de los años, su sonrisa sigue siendo la misma, llena de esa chispa que siempre consigue sacarme una sonrisa, incluso en los peores momentos. Lleva un jersey gris y unos vaqueros ajustados, su estilo desenfadado e impecable. Detrás de él, Edi aparece con una bolsa de croissants y café.

—Hemos traído refuerzos —anuncia Edi, mostrándome la bolsa.

—Gracias, chicos. Pasad, por favor —digo haciéndome a un lado y cerrando la puerta.

Nos acomodamos en el salón, y mis hijos entran curiosos. Alexis, como siempre, los saluda con una energía que los hace reír a carcajadas. En cuestión de minutos, la casa se llena de un ambiente más ligero, más cálido.

—¡Tío Alexis! —grita mi hija mientras le abraza.

Isadora es una niña increíble. Es buena, graciosa, cariñosa y, sobre todo, es una niña feliz. Con sus 5 años es incluso más fuerte que yo, más valiente y mejor persona. Es preciosa, tiene el pelo del mismo tono que yo, y unos ojos marrones oscuros que desprenden seguridad.

—¿Dónde están mis sobrinos favoritos? —pregunta Alexis mientras coge a mis hijos en brazos.

Ian, mi hijo de 3 años, es igual que Daniel, física y mentalmente. Ian siempre ha sido el niño de mis ojos, mi felicidad y mi motivo por el que mantenerme a flote.

—Ah, y a mí que me zurzan, ¿no? —dice Edi.

Ambos corren gritando hacia él para abrazarle y darle muchos besos.

—Yo soy vuestro tío favorito, ¿a que sí?

—El mío sí —dice Isadora, lo que hace que Alexis ponga una mano en su pecho en modo dramático.

Amo a los dos por encima de cualquier cosa, son lo mejor que me ha pasado, y estoy segura de que llegaron a mi vida por la simple razón de ayudarme a sobrevivir.

—Entonces, Irina —empieza Alexis dando un sorbo a su café—, ¿estás lista para Rota?

—¿Rota? —replico confusa.

Edi deja la taza sobre la mesa y me mira con una sonrisa de complicidad.

—Te vas en tres días. Irás a ver el nuevo local y a empezar la obra. Alexis se queda aquí encargado de la tienda de Madrid.

—Espera, ¿cómo que «me voy»? Ya sabéis que no puedo dejar a Daniel. Creía que había quedado muy claro.

—Lo hemos hablado mil veces, Irina —dice Alexis mientras rueda los ojos, aunque su tono sigue siendo cariñoso—. Llevarás el nuevo local, porque eres la reina. Yo me quedo aquí. Es lo mejor para todos. Además, Edi y yo tenemos la boda en dos meses, así que no me vendría mal quedarme para tenerlo todo bajo control.

Asiento lentamente, dejando que la idea se asiente. Ir a Rota… ¿podría ser lo que necesito para despejar la cabeza? El mar, el aire fresco, un cambio de escenario. Asimismo está el miedo a dejar a Daniel aquí solo.

Dije que no iría en cuanto me enteré de la enfermedad de Daniel, no quería abrir otro local y decidí apartar el tema, pero mis amigos y mi prometido han estado conspirando a mis espaldas.

—Mamá, ¿adónde vas? —pregunta Isadora.

Miro a mi hija. Ella sabe que hay algo malo en nuestra vida, pero no soy capaz de decirle que dentro de poco su padre ya no estará con nosotros.

—Nos vamos. Nos vamos de vacaciones al nuevo local de mamá, a la playa —digo sin pensar.

—¡Bien! Ian, ¿has oído? Mamá va a llevarnos a la playa.

—¿Estás seguro de que puedes con todo aquí? —pregunto a Alexis, buscando una excusa para quedarme.

—Irina, por favor —responde Alexis, simulando estar ofendido—. Si puedo sobrevivir a temporadas enteras de la tienda contigo llamándome cada dos segundos…

Edi sonríe y asiente.

—Tienes que ir, Irina. Es tu proyecto, tu sueño. Además, necesitáis unas vacaciones en familia; quizás a Daniel le venga bien, ya sabes.

Sus palabras me golpean, no en el mal sentido. Me recuerdan que, a pesar de todo, sigo teniendo cosas por las que luchar, como pasar mis últimas vacaciones con Daniel y nuestros hijos.

Mientras seguimos charlando, siento que una pequeña chispa de emoción empieza a encenderse dentro de mí. Quizá este viaje sea más que un trabajo. Quizá sea una oportunidad para encontrar algo que he perdido. Llevo soñando con ese local años, pero dije a los dueños que deberían esperar porque no podía ahora, que necesitaba tiempo. Quise apartarlo porque tenía cosas más importantes en las que pensar, no quería malgastar mi tiempo con Daniel, no quería preocuparme por otra cosa que no fuera ese maldito cáncer.

Asegurarme de tener ese local para cuando ocurra lo que tanto temo es una gran forma de empezar y avanzar. Unas vacaciones es lo que necesitamos todos, sobre todo Daniel.

Capítulo 2



El sol está alto en el cielo, marcando el inicio de otro día caluroso de verano. Los niños están ocupados por la casa, corriendo detrás de un balón. Yo recojo lo que queda por meter en las maletas. Cada prenda que doblo parece más pesada que la anterior, como si estuviera metiendo en ellas lo que tememos, lo que sabemos que pronto desaparecerá.

Daniel está sentado en el sillón del salón, mirando a la ventana. Su mirada está fija en algún punto lejano, aunque no parece ver nada. Desde que empezó el tratamiento, su energía ha disminuido cada día que pasa. Ya no es el hombre fuerte que solía ser, pero mantiene la sonrisa, esa sonrisa que intenta ocultar lo que está pasando en su interior. No le gusta que le vean débil, y no quiero que lo sea. Le veo y pienso en lo que hemos compartido, en los años que hemos estado juntos, y me siento atrapada entre el amor que siento por él y el dolor de saber lo que está por venir.

—¿Estás listo? —le pregunto mientras guardo unas camisetas de los niños.

Él asiente. Aunque se esfuerza por mantenerse firme, su cuerpo le está fallando. Lo noto en sus movimientos lentos, en cada respiración profunda que tiene que dar para compensar lo que el cáncer le está arrebatando.

—Solo necesito descansar un poco, ¿vale? —dice con voz cansada, echándose atrás en el sillón.

Me detengo un momento, observándole. No quiero dejarle, pero sé que no puedo quedarme quieta. Le miro unos segundos más y luego vuelvo a centrarme en las maletas. Tengo que hacer todo, como siempre. Ellos necesitan que todo esté listo. Los niños necesitan divertirse, ver que todo sigue bien. Quiero que tengan esos recuerdos felices, aunque por dentro esté desmoronándome.

—¿Cuándo vamos a irnos a Rota? —pregunta Isadora, corriendo hacia mí, interrumpiendo mis pensamientos.

—En unas horas, cariño —le contesto, sonriéndole, aunque el peso en mi pecho se hace cada vez más grande—. Va a ser un viaje largo, pero valdrá la pena.

Ian se acerca también, abrazándome por la cintura, como hace cuando quiere atención. No puedo evitar acariciar su cabello y besarle la cabeza, agradecida por los momentos de amor incondicional que me dan mis hijos.

—Te quiero, mami —dice mi hijo.

Al principio, ser madre se me hizo cuesta arriba, pero en cuanto vi sus caras, supe que era lo que necesitaba. Mis hijos son lo mejor que me ha dado la vida, y yo siempre intento darles lo mejor a ellos.

Ian se va corriendo a buscar a su hermana. Miro adonde está Daniel, que sigue en el mismo lugar. Me veo cargando con el peso de la familia, de los recuerdos, de lo que no quiero perder. Aunque estoy agotada, hay una parte de mí que sabe que este viaje es

necesario. Lo necesitamos todos, especialmente Daniel. Tiene que ver el mar por última vez, pasar sus últimas vacaciones con nosotros, y haré lo posible para que sean las mejores de su vida. A pesar de que deba trabajar duro en el local, pienso disfrutar de cada minuto a su lado.

La casa está en silencio, solo el sonido de las maletas al ser cerradas lo perturba. Daniel no está en condiciones; aunque me cueste conducir tantas horas, subo al coche y enciendo el motor. Los niños charlan entre ellos, y Daniel se acomoda en el asiento del copiloto con los ojos cerrados, aprovechando este momento de tranquilidad.

El camino a Rota es largo. No tengo espacio para el miedo o la duda. Solo quiero que estemos juntos, aunque sean estos pocos días. El sol entra por la ventana, iluminando el interior del coche, y siento la calidez de ese sol que me da fuerzas para continuar.

Me da miedo que Daniel tenga que venir solo y estar con ellos sin ayuda. Me consuela saber que tendrá a mi padre, a Alexis y a Edi. Esos tres hombres harán todo lo posible por ayudarle en lo que necesite.

Alexis no se hace a la idea de que Daniel se esté muriendo. Intenta no hablar del tema, porque sé que le duele perder a su amigo y saber que su mejor amiga se quedará sola con dos niños y dos locales. Tendré que hacer varios viajes a Cádiz, a pesar de que contrate a alguien para el local gaditano. Me tranquiliza que Alexis se haga cargo de la tienda de Madrid y que mi padre tenga tiempo para cuidar a los niños y ayudar a mi prometido.

Aplazamos la boda, porque sabíamos que era una tontería casarnos. La pospusimos tanto que al final le dieron el diagnóstico que nos hizo entender que gastar dinero en el casamiento era una

pérdida de dinero. Estoy feliz, aun así, de haber compartido la palabra «prometidos» con él. Dure lo que dure.

Capítulo 3



Llegamos al hotel, un pequeño edificio de tres pisos que, aunque modesto, tiene un encanto especial. Está cerca de la playa, como siempre me ha gustado, y el sonido de las olas llega hasta nosotros, tranquilizador y constante. Aunque Daniel está cansado, sonríe al ver el mar. Es un gesto leve, pero lo noto.

Isadora corre a la recepción, emocionada por descubrir dónde vamos a quedarnos. Ian, de su brazo, mira a su hermana y luego a mí, con esos ojos tan curiosos de un niño de 3 años. Ya se está acostumbrando a la idea de esta nueva rutina, aunque el cambio de entorno le haya confundido un poco.

—Mamá, ¿hay más arena aquí que en la casa de la abuela? —pregunta Isadora mientras toca el mostrador con un dedo, mirándome con esos ojos suyos tan brillantes.

Me alegra que mi hija tenga tan presente a mi madre, a pesar de no haberla conocido. Sabe que su abuela de pequeña tenía una casa en la playa, y por eso dice lo de la arena. Me he encargado de que mis hijos supieran quiénes fueron su abuela y su tío Fran. Todos los

días les cuento cosas que hacíamos, porque quiero que sepan lo especiales que eran y cuánto les quería.

—Sí, cariño —respondo con una sonrisa, aunque la tristeza me invade al acordarme de mi madre—. Aquí hay mucha arena, más que en cualquier otro lugar. Estamos en la playa.

El recepcionista, un hombre de mediana edad con una amable sonrisa, nos entrega las llaves de la habitación, que está en el segundo piso. Pequeña, tiene vistas al mar y es suficiente para los cuatro. Al abrir la puerta, el olor a salitre entra por la ventana abierta. Es fresco, limpio y acogedor.

—Vamos, chicos, a ver qué tal está. —Meto las maletas de una en una y me aseguro de que Daniel no está haciendo un esfuerzo innecesario.

Isadora se lanza a saltar sobre la cama. Ian sigue su ejemplo, aunque con menos coordinación. Los miro, intentando disfrutar de este momento con ellos, olvidando lo que está por venir. La realidad me golpea cuando veo a Daniel sentado en un sillón junto a la ventana, mirando el mar. También está pensando en lo que se avecina.

—Voy a ir a por algo de comer a un supermercado; el bufet del hotel está cerrado ahora. Necesitamos estar bien alimentados para mañana, que quiero que vayamos a la playa y disfrutemos. Así que compraré para hacer bocadillos.

Daniel me mira y asiente. Su sonrisa es cansada, pero sus ojos siguen siendo los que siempre me entendieron, los mismos que me vieron en mis peores momentos.

—Ve —dice con voz suave—, pero recuerda que mañana debemos ir al local.

—Debo —recalco—, tú tienes que descansar. Iré con los niños.

—No pienso quedarme aquí el primer día que veas la nueva tienda…

No insisto. No quiero que pierda fuerzas en discutir sobre esto.

Salgo del hotel y camino al supermercado cercano. El aire está fresco, la brisa marina me acaricia la cara. Pienso en lo que hemos hecho, en cómo hemos llegado hasta aquí, en cómo ha cambiado todo tan rápidamente. Aunque lo hago por ellos, por mis hijos y por Daniel, algo en mi interior sabe que no será suficiente. Algo me dice que, a pesar de todo lo que estamos viviendo, algo más grande nos espera, algo que no puedo controlar.

—Ojalá estuvieras aquí, mamá —susurro mirando al mar de vuelta al hotel, cargada con las bolsas de comida.

Daniel está recostado en la cama, descansando. Los niños están jugando en el suelo, y el sonido de su risa llena la habitación. Todo parece estar bien, como si fuera una de esas vacaciones normales que alguna vez soñamos tener. La verdad es otra. Este es el último verano con Daniel, y, aunque no quiero admitirlo, siento que el tiempo se me está escapando de las manos.

—Aquí está —digo, dejando las bolsas sobre la mesa—. Vamos a hacer lo mejor de este viaje, lo mejor posible, ¿vale?

Daniel levanta la vista y me lanza una sonrisa cargada de cariño, de esa ternura que siempre le he conocido.

—Lo haremos —responde—, siempre lo hacemos.

Doy a los niños una bolsa de patatas para que maten el gusanillo hasta que abran el bufet. Sonríen agradecidos.

«Qué buena educación les he dado», pienso.

Son niños increíbles, educados y agradecidos. No imagino cómo lo pasarán cuando su padre no esté con ellos. Sé lo que es perder una madre, y perder a Daniel les hará sentir algo parecido, y más siendo tan pequeños. Sé que van a necesitarle, incluso más que yo. Miro a

mi prometido y no quiero pensar en cómo será nuestra vida cuando él no esté. Daniel siempre ha sido mi eje, mi punto fuerte y mi apoyo; no quiero verme sola. Es egoísta por mi parte cuando él se está muriendo y es él el que está mal, pero no quiero imaginar cómo estaré yo. No puedo pensarlo, no quiero.

Capítulo 4



Después de un desayuno ligero en el hotel, decidimos ir a la playa. Daniel se ve un poco más cansado, pero su rostro refleja la misma calma que siempre tiene cuando estamos juntos, y eso me da fuerzas. Quiero que disfrute de este día, que se olvide de las batallas que está librando.

No sé qué habré hecho mal en la vida para merecer este dolor, pero aún menos qué ha hecho Daniel para que le pase esto. Siempre ha sido un hombre bueno, amable y respetuoso.

Isadora e Ian están encantados. El primero en correr a la orilla es mi hijo, que se ríe mientras las olas le mojan los pies. Isadora, siempre un poco más cautelosa, le sigue de cerca, con una sonrisa en el rostro. Ellos son la alegría de mi vida, y verlos tan felices me da una paz momentánea, aunque en mi pecho siga latiendo esa tristeza inexplicable.

—Vamos, mamá —grita Isadora, sacudiendo la arena de sus manos y mirando al mar—. El agua está fría para ti, pero es divertido.

Siempre he preferido el agua caliente. El agua fría y yo no nos llevamos muy bien.

La brisa marina acaricia mi cara mientras me acerco a ellos. Daniel camina lentamente tras de mí, con la mirada fija en los niños. Cada paso es un recordatorio de lo que no puedo detener. No quiero pensar en eso ahora. Quiero disfrutar de la playa, de este momento que será uno de los últimos en el que podemos estar juntos, sin preocuparnos del futuro.

El mar está tranquilo, las olas se rompen suavemente en la orilla, y los niños se mojan sin parar, riendo y jugando sin que nada los detenga. Daniel se sienta en la arena, cerca de la orilla, observándonos, mientras yo me acerco al agua.

—¿Te vas a meter, mamá? —me pregunta Isadora, alzando su pequeño rostro hacia mí. Ian salta de un lado a otro.

Me quedo de pie cerca de Daniel, dejando que el agua fría me rodee los tobillos. Isadora coge mi mano con la suya, y todo parece detenerse. Este es el tipo de felicidad que siempre quise para mis hijos: libertad, el sol sobre sus cabezas y el sonido del mar. Y, sin embargo, una parte de mí se siente rota al saber que es un capítulo que está por cerrarse.

Suelto a mi hija y me acerco a Daniel. No quiero dejarle solo, y desde aquí puedo seguir vigilando a los niños, que juegan felices en la orilla de la playa.

Daniel me observa con sus ojos apagados y me sonríe. Es un gesto cálido, de esos que solo él sabe dar. No habla mucho, pero la manera en que me mira, agradecido de que estemos aquí, juntos, me llega al alma.

—Debería estar allí con ellos —dice, mirando a los niños.

—No quiero que te obligues a hacer nada que no puedas —digo sentándome a su lado y apoyando mi cabeza en su hombro.

—Te quiero…

—Y yo a ti más —le digo.

Por una vez creo que le quiero más, aunque en el fondo sé que es imposible. Daniel ama a nuestros hijos, es el mejor padre que puede existir; sin embargo, sé que me tiene un amor que supera cualquier límite.

Isadora e Ian saltan y corren, mojándose por completo. Daniel se levanta lentamente y se acerca a ellos. Se agacha para levantar a Ian en brazos, y a Isadora se le escapa una risa que se mezcla con el sonido del mar. No hay dolor, no hay enfermedad, solo la familia unida bajo el sol, en la playa.

Y aunque sé que el tiempo es corto, me digo que hoy es un regalo. Un regalo que no voy a desperdiciar.

Daniel vuelve cansado a donde estoy yo y hablamos de cómo esperamos que sea la tienda. Riendo un poco y dejándonos llevar con nuestra imaginación a las expectativas que tenemos de este nuevo comienzo. Sé que Daniel no llegará a verlo terminado, y eso me hace querer empezar cuanto antes, para que, con un poco de suerte, llegue a verlo.

—¡Daniel! ¿Y los niños?

Me levanto preocupada, ya que solo nos hemos despistado un momento. No los veo por ningún lado; el corazón se me acelera. Siento que mi mundo se rompe.

—¡Isadora! ¡Ian! —grito como una loca mientras corro por la playa.

Daniel intenta levantarse para buscarlos, pero su paso es más lento.

—¡Ian!

Corro por la orilla, desesperada. Por fin oigo la risa de mi hija y voy hacia ella corriendo. Los veo con un husky siberiano de color

negro y ojos azules como el mar, jugando en la arena.

Es mi raza favorita. Siempre he querido tener un husky; por unas cosas y otras, nunca he podido. Supongo que no quería meter a un perro de ese tamaño en casa. Considero que merecen un poco más de libertad, que necesitan más espacio de lo que tiene un piso de Madrid.

—¿Dónde estabais? No podéis iros sin decir nada… —digo con una mano en el pecho.

—Mamá, perdón… —dice Isadora—. Es que hemos visto a este perrito y queríamos jugar con él.

—Lo siento, mami —dice Ian.

Me agacho ante ellos en la orilla, con los ojos llenos de lágrimas, sofocada por el susto que acabo de llevarme.

—No me hagáis esto nunca más, por favor. ¿De quién es este perro?

—Creo que el perro es mío…

Capítulo 5



El mundo parece detenerse un instante. Al levantar la mirada, veo una figura que no había esperado ver, al menos no aquí. Enzo está allí, de pie, observándome con una sonrisa tímida, pero cálida. El aire se me escapa de los pulmones, y todo lo que puedo hacer es mirarle en silencio.

El perro, al ver a Enzo, corre hacia él y se acurruca junto a sus pies. Enzo se agacha y acaricia al perro, y sus ojos se encuentran con los míos. El tiempo se ha detenido, lo que he estado evitando, lo que he intentado dejar atrás se hace presente.

—Enzo… —susurro. Mis palabras salen casi como un eco.

Él asiente con la cabeza, y esa mirada suya, tan intensa y familiar, me hace sentir una mezcla de emociones que no sé cómo manejar. Un dolor suave, como si mi corazón ya no supiera qué hacer con lo que ha sucedido entre nosotros, y una angustia profunda, como si el hecho de verle aquí significara que nada de lo construido con Daniel pueda ser tan real como lo que pensaba.

Enzo parece igual de sorprendido. Su rostro se suaviza, como si hubiese sabido que tarde o temprano nuestras vidas volverían a

cruzarse.

Está guapo, más mayor, y con el pelo un poco más canoso, pero sigue siendo el hombre más guapo que he conocido. Tiene esa sonrisa tan especial que me ha gustado tanto siempre, y sus ojos parecen haberse oscurecido con el paso de los años.

¿Cuánto hace que no le veo? ¿Cuándo fue la última vez? Cinco años. De nuevo han pasado cinco años sin vernos, y por supuesto que recuerdo que la última vez le dejé llorando en su casa al haber escogido a Daniel. Qué diferente es mi vida ahora.

Y ahí estamos, frente a frente, él con su perro y yo con mis hijos. Los años han vuelto a pasar entre nosotros, y somos conscientes de ello. Las palabras que no dije en tantos años se hacen más presentes que nunca, y aunque todo dentro de mí me grita que debo apartarme, no puedo evitar quedarme allí, observándole, sin saber qué hacer a continuación.

—Perdona, no quería que mis hijos molestasen a tu perro… —Es lo único que se me ocurre decir.

Enzo se pone de pie lentamente, sus ojos no se apartan de mí.

—No te preocupes, a Salem le encantan los niños —dice simplemente, como si los años no hubieran dejado más que cicatrices que ya no duelen.

Abro los ojos de par en par y le miro sorprendida, incluso dolida.

—¿Cómo has dicho que se llama el perro?…

—Salem —dice sonriendo.

Él sabía que yo quería llamar así a mi perro si algún día lo tenía. Y eso me asusta y me alegra, porque me hace darme cuenta de que él ha seguido pensando en mí. En cambio, yo últimamente he estado demasiado ocupada con la enfermedad de Daniel para recordarle, aunque mi corazón de vez en cuando ha seguido nombrándole.

—Mamá, ¿quién es? —pregunta Isadora, que me trae de vuelta a la realidad.

—Él es… Enzo, un… antiguo amigo de mamá —digo sin saber qué responder.

—Hola, Enzo, soy Isadora.

Enzo me mira sorprendido, de la misma forma que yo al escuchar el nombre de su mascota. Aprieto los labios y le miro con los ojos brillosos.

—Mi abuelita se llamaba así, ¿sabes? Me gusta mucho tu nombre —dice dirigiéndome una mirada especial que solo nosotros entendemos.

—Yo soy Ian, y me gusta tu perro.

—Hola, campeón, yo soy Enzo. —Se agacha para darle a mi hijo un apretón de manos como si fueran dos adultos, lo que hace que se me escape una sonrisa.

Veo a mis hijos felices con Enzo. A Enzo siempre le encantaron los niños, y pienso en cómo hubiese sido si me hubiese quedado con él.

¿También hubiéramos tenido hijos?

Daniel aparece a mi lado. No hace falta decir nada para que él mismo se dé cuenta de la situación. Nunca se han visto en persona, jamás han coincidido. Ha llegado el momento, y ninguno estaba preparado.

—Hola, soy Daniel —dice con su voz cansada.

—Yo, Enzo —dice y le estrecha la mano.

—Niños, tenemos que irnos —digo.

—Pero, mamá, queremos jugar con Salem —dice Isadora.

Enzo mira a mi hija con una sonrisa cómplice.

—Si queréis venir esta noche a cenar a casa, Salem estará encantado de recibir visitas, y quizás yo también —dice mirándome.

—Mamá, síííííí, porfa… —dice mi hija.

—No. No es buena idea —digo con un tono de voz más serio que antes.

—Por favor, mamá —insiste ahora mi hijo.

—Está bien. Esta noche iremos a casa de Enzo y Salem a cenar —dice Daniel para mi sorpresa.

—¿Qué? —pregunto sin poder evitarlo.

Enzo sonríe. Mis hijos saltan de alegría, y yo acabo de recibir una puñalada en el corazón.

—Vivo en esa casa de allí —dice señalando una casa de madera.

Observo la situación y vuelvo a mirarle. Esta vez mis ojos están luchando por no derramar lágrimas al ver que Enzo ha cumplido mis propios sueños, los sueños que antaño le conté. Sueños que pensé cumplir con él algún día. Una casa de madera, vivir en la playa, tener un husky que se llamara Salem… Es como si se hubiese apoderado de mi vida soñada. Tendría que molestarme, pero siento todo lo contrario. Quiero abrazarle y darle las gracias por hacerlo. Siento que, aunque lleve muchos meses sin pensar en mí, él siempre lo ha hecho desde la distancia.

—Hasta esta noche, Salem —dice Isadora.

La calma se hace extraña, como si este reencuentro fuera un sueño del que ya no puedo escapar.

Mis hijos se despiden del perro y le dan las gracias a Enzo por invitarnos. Daniel no dice nada. Supongo que su cabeza no está procesando nada de esto. Y, para ser honesta, la mía tampoco.

Capítulo 6



La noche llega rápidamente, y con ella la invitación de Enzo, algo que nunca pensé que ocurriría: ir a cenar a su casa, la casa que una vez le conté que me gustaría tener.

Subimos al coche y nos dirigimos a su hogar, un lugar que parece salido de un cuento. Desde el primer vistazo, siento que el corazón se me encoge. Una casa de madera frente al mar, con luces cálidas que iluminan el porche y el suave sonido de las olas al fondo. Es sencilla, acogedora, y todo en ella grita «Enzo».

Salem sale corriendo hacia los niños apenas bajamos del coche. Isadora e Ian chillan de emoción y lo persiguen por el pequeño jardín como si fueran viejos amigos. Enzo aparece en la puerta con una sonrisa tranquila, vestido con una camiseta blanca y vaqueros. Se ve relajado, completamente en paz, lo cual me hace sentir envidia.

—Pasad, bienvenidos —dice, haciendo un gesto hacia la puerta.

Daniel me toca suavemente el brazo antes de seguir a los niños al interior. Me he quedado paralizada mirando la casa.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, claro —miento, y le sigo dentro. Mis pasos pesan más de lo normal.

La casa es aún más bonita por dentro. Todo está decorado con un estilo rústico, con madera en cada rincón y detalles que parecen sacados de un sueño, el mío. Hay una mesa preparada en el comedor, con velas encendidas y un aroma delicioso que proviene de la cocina. Daniel me sonríe mientras se sienta con los niños. Su mirada se detiene en Enzo de vez en cuando. Imagino lo que tiene que estar pasando por su cabeza. Saber que vamos a cenar con el hombre que casi hace que me pierda debe ser horrible para él. No es justo.

La cena transcurre tranquila. Enzo sirve un pescado que ha cocinado él mismo, acompañado de ensalada y pan horneado por él. Los niños están disfrutando, jugando con Salem, encantado con su compañía.

—Salem nunca había sido tan juguetón. Se llevan muy bien —comenta Enzo, que los observa con una sonrisa.

Daniel responde, haciendo algún comentario sobre cómo los niños siempre consiguen animar cualquier ambiente, pero su voz tiene un matiz extraño. Es como si estuviera evaluando cada palabra de Enzo, cada mirada que me lanza.

Yo… no puedo dejar de mirarle. No sé cómo pueden pasar los años y que siga tan guapo, tan bueno, y que me haga seguir queriendo sentirlo cerca cada vez que me mira.

Mientras están ocupados comiendo o hablando, mis ojos se posan en Enzo. Es como si nada hubiera cambiado, como si el tiempo no hubiera pasado. Su forma de moverse, la manera en la que su sonrisa se asoma tímidamente, incluso cómo inclina ligeramente la cabeza cuando escucha a alguien hablar, todo me resulta dolorosamente familiar.

Mis pensamientos empiezan a volar a lugares que no debería. Recuerdos, momentos, palabras que nunca me atreví a pronunciar. Entonces siento el peso de la mirada de Daniel sobre mí. Levanto la vista y le encuentro observándome con una expresión que no puedo descifrar del todo.

—Irina…, ¿estás bien? —me pregunta en voz baja.

Asiento rápidamente, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Solo estoy cansada, están siendo días duros —respondo, pero sé que no me cree.

Después de la cena, los niños se quedan jugando con Salem en el jardín mientras Enzo y Daniel recogen la mesa. Intento mantenerme ocupada, pero mi cabeza no para de dar vueltas.

Daniel regresa más callado de lo habitual. Se acerca a mí y me toma de la mano suavemente.

—Voy a ir con los niños al coche. Aprovecha para hablar con Enzo un momento. —Su voz tiene un tono tranquilo, pero firme, como si estuviera dándome permiso para algo que ni yo misma entiendo.

Le miro sorprendida, y él simplemente asiente antes de ir al jardín.

Cuando me vuelvo, Enzo está junto a la mesa, recogiendo las últimas cosas. Me acerco a él, incapaz de ignorar la extraña tensión que flota en el aire.

—Gracias por invitarnos. Todo estaba delicioso —le digo, tratando de sonar lo más tranquila posible.

Él se vuelve hacia mí con esa mirada intensa que siempre ha tenido, esa que parece atravesar cualquier barrera que intente construir.

—Siempre quise que vieras este lugar —dice suavemente.

Mis piernas parecen fallar por un segundo, pero me obligo a mantenerme firme.

—Has hecho un gran trabajo… Yo…, yo… No importa.

—No es perfecto. —Su mirada se vuelve más seria—. Es lo más cercano que he tenido para sentirme cerca de ti.

Su confesión me desarma. No sé qué responder, y antes de que pueda intentarlo, Daniel vuelve con los niños.

—¿Nos vamos? —pregunta con una sonrisa.

«Gracias por salvarme», pienso.

No sé qué hubiera pasado si le hubiese contestado. Quizás alguna palabra que no debería decir hubiese salido de mi boca y me hubiera arrepentido. No puedo volver a jugar a dos bandas, no ahora.

Asiento, sintiendo que el nudo en mi garganta crece mientras nos despedimos de Enzo. Salem corre detrás del coche cuando nos alejamos, y yo no puedo evitar mirar por el retrovisor hasta que su figura desaparece.

Una parte de mí se queda allí, en esa casa frente al mar, con lo que no dije y lo que fui.

Capítulo 7



El local está casi vacío, apenas hay unas cajas apiladas. El olor a pintura fresca llena el espacio. Los niños corretean entre las estanterías vacías, sus risas rebotan en las paredes. Isadora encuentra una caja llena de etiquetas sin usar y decide que es su nuevo «tesoro» mientras Ian juega a encontrar un tesoro como el de su hermana.

—Cuidado, no os vayáis a hacer daño —les digo desde la entrada.

El lugar es más grande de lo que imaginaba. La luz entra a raudales por las ventanas. Puedo imaginar cómo quedará una vez que esté decorado, con la ropa perfectamente colgada y los escaparates llenos de colores que llamen la atención de cualquiera que pase. Haré esta tienda diferente a la de Madrid. La llenaré de colores vivos y le daré una decoración más rústica a los muebles.

Mientras mis ojos recorren el espacio, mi cabeza está en otra parte. Daniel se quedó en el hotel, insistió en que necesitaba descansar. Me aseguró que estaría bien; pienso en él cada minuto. Este local es una de las razones por las que estamos aquí, una oportunidad para expandir lo que hemos construido juntos. Su

enfermedad hace que cada decisión parezca más definitiva, como si estuviera eligiendo qué quedará cuando él ya no esté.

Siento una presión en el pecho mientras hago una lista mental de lo que falta: estanterías, percheros, iluminación… Y tiempo. Me hace falta todo el tiempo del mundo para disfrutar de Daniel.

Necesito tiempo, y no lo tengo. Cada vez tengo menos tiempo al lado de este hombre, y me duele el pecho solo de pensar en ello.

—Mamá, ¿podemos quedarnos aquí siempre? —pregunta Isadora mientras corre hacia mí.

—¿Por qué lo dices, Isa?

—Porque aquí hay sol y playa, y también están Salem y Enzo.

Los nombres me toman por sorpresa, pero antes de que pueda responder, Ian tropieza con una caja y cae al suelo.

—¡Ian! —corro hacia él. Se levanta rápido, riendo como si nada hubiera pasado.

Todavía no sé si nos quedaremos aquí, si haremos una nueva vida cuando Daniel no esté. Y tampoco sé si será buena idea estar tan cerca de Enzo.

Ahora me centro en ellos, en mis hijos, mi mundo. Mi mayor felicidad y, al mismo tiempo, mi mayor dilema. Siempre he querido darles lo mejor, y no sé cómo afrontar que pronto tendré que darles una de las peores noticias de su vida.

—Deberíamos irnos ya —les digo mientras recojo las cosas.

La verdad es que necesito salir de aquí, tomar un poco de aire y dejar de pensar.

Isadora se aferra a mi mano. Ian camina unos pasos por delante. Estoy buscando las llaves en mi bolso cuando un sonido familiar, un ladrido suave, me detiene en seco.

Levanto la mirada, y allí está.

Salem camina hacia nosotros; la lengua fuera, y la cola moviéndose a un lado y a otro. Y detrás de él, Enzo.

Su figura se recorta contra la luz del atardecer. Siento que el tiempo se detiene. Lleva una camisa blanca arremangada hasta los codos, y sus ojos, esos ojos que siempre parecían mirar más allá de lo que yo decía, están fijos en mí.

—Creo que el perro ya es más de tus hijos que mío… —dice con una media sonrisa.

Mi corazón late con fuerza; trato de mantener la compostura.

—Eso parece —respondo, intentando que mi voz suene tranquila.

Los niños corren hacia Salem, y el husky los recibe con entusiasmo. Isadora acaricia su cabeza mientras Ian intenta abrazarlo torpemente. Luego abrazan a Enzo. Es increíble cómo mis hijos son tan cariñosos con alguien a quien apenas conocen. Enzo no se queda corto y los abraza con fuerza, sobre todo a Isadora, con la que comparte unas miradas cómplices.

—Estabais en el nuevo local, ¿no? —pregunta Enzo, señalando el edificio detrás de mí.

—Sí, he venido a organizar algunas cosas. Apenas está empezando. No sé cómo quedará, pero puede ser un local increíble.

—¿Y qué te ha parecido?

—Es perfecto —respondo con sinceridad, aunque la palabra parece tener un peso distinto cuando estoy cerca de él.

Por un momento, ninguno de los dos decimos nada. Solo el sonido de las risas de los niños y los ladridos de Salem llenan el aire. Esa calma aparente es engañosa. Hay demasiadas palabras no dichas entre nosotros, demasiados recuerdos que aún pesan.

—Me alegra verte aquí, Irina. De verdad que no esperaba que la vida te trajese de vuelta tan cerca… —dice finalmente.

Sus palabras me golpean, no por lo que dicen, sino por lo que esconden. Una parte de mí quiere terminar esta conversación de inmediato, pero la otra… quiere quedarse, aunque duela.

—Gracias… —Miro a los niños, buscando una salida, pero no encuentro ninguna. Enzo da un paso más cerca, lo suficiente para que me invada su perfume y mis nervios florezcan.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? —pregunta de pronto, con una intensidad que me desarma.

Le miro sin saber si responder con la verdad o con la mentira educada que suelo dar a los demás. Pero es Enzo, y con él las mentiras siempre se sienten inútiles.

—Ha sido… complicado, difícil y aterrador —admito finalmente.

—¿Por qué? Yo pensaba que eras feliz… —Su tono de voz es más bajo ahora, como si temiera romper algo frágil entre nosotros.

Me cruzo de brazos, para protegerme de lo que estoy a punto de decir.

—Daniel… —las palabras se atascan en mi garganta— tiene cáncer de pulmón.

La sonrisa que había en su rostro desaparece al instante. Veo cómo su expresión cambia, primero a incredulidad, luego a preocupación.

—¿Desde cuándo?

—Hace meses. Nos lo dijeron en Madrid… Está muy avanzado. No hay nada que puedan hacer.

Su mandíbula se tensa, y sus ojos bajan al suelo por un momento antes de volver a mí.

—Irina…, yo no…

—No tienes que decir nada, Enzo —le interrumpo rápidamente. Él sacude la cabeza.

—Sí tengo. Lo siento por no estar ahí cuando… Por haberte hecho dudar en el pasado, por lo que estás pasando ahora… —Se detiene y aprieta los labios, como si luchara por contenerse.

—No es tu culpa.

—¿Cómo lo estás llevando? —Sus ojos, fijos en los míos.

Me río. Es un sonido vacío, lleno de ironía.

—Apenas puedo llevarlo. Entre los niños, el trabajo y… esto…, el nuevo local. —Miro a otro lado, incapaz de sostenerle la mirada—. Hay días en los que me rompo por dentro.

Enzo da un paso más cerca, y su mano roza mi brazo, como si quisiera ofrecerme algún tipo de consuelo y no estuviera seguro de cómo hacerlo.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad? —Su voz es apenas un murmullo—. Cuando te quedes aquí sola, sabes donde vivo; puedes venir siempre que quieras. Y los niños quizás agradezcan pasar más tiempo con Salem.

Sus palabras hacen que algo en mi interior se tambalee. Antes de que pueda responder, Ian grita desde el otro lado del camino.

—¡Mamá, mira lo rápido que corre Salem!

La realidad nos envuelve de nuevo, recordándome que no puedo permitirme esta cercanía con Enzo.

—Gracias, Enzo —le digo, alejándome un paso—. Tengo que irme. Ya nos veremos.

Él asiente lentamente, como si entendiera lo que no he dicho.

—Cuídate, Irina.

—Tú también.

Los niños y yo nos alejamos, y puedo sentir su mirada en mi espalda. No necesito volverme para saber que sigue ahí, observando, mientras el pasado y el presente se entrelazan de formas que no puedo controlar. No sé si quiero volver a verle o si

debería volver a hacerlo. Enzo tiene ese poder de poner mi mundo patas arriba cada vez que aparece en mi vida, y no sé si quiero seguir permitiéndoselo. Ahora tengo cosas más importantes, cosas que no me dejan pensar en él.

Capítulo 8



La caminata al hotel es más larga de lo que debería. No porque el trayecto sea extenso, sino porque mi cabeza pesa demasiado. Ian e Isadora no paran de hablar de Salem.

—¡Es el perro más guay del mundo! —dice Isadora, saltando de emoción.

—Quiero uno igual, mamá —añade Ian, con esa sonrisa que siempre logra sacarme una a mí, incluso en mis peores días.

—Ya lo hablaremos —respondo distraída.

No puedo concentrarme en sus voces. Mi cabeza está atrapada en esa conversación con Enzo, en cómo sus ojos reflejaban tanto dolor, incluso cuando intentaba ocultarlo. Nunca fue bueno disimulando lo que siente. Y algo dentro de mí dice que tampoco pretendía hacerlo.

Cuando llegamos al hotel, Daniel está sentado en el pequeño balcón de nuestra habitación. Tiene una manta sobre las piernas, a pesar de que el sol todavía calienta. Su rostro se ilumina al vernos. Sus ojos se fijan en mí, y han notado mi incomodidad.

—¿Todo bien?

—Sí. Fui al local. Los niños estaban jugando fuera y… —me detengo, dudando si decirle o no lo que ha pasado— nos encontramos con Enzo.

Daniel no dice nada. Su expresión no cambia, aunque hay una leve tensión en su mandíbula que delata sus pensamientos.

—¿Y qué?

—Estaba paseando con Salem. Y los niños se pusieron a jugar con él… Hablamos un poco.

—¿De qué? Si puedo preguntar.

—De… lo inevitable, supongo —admito.

No necesito explicarlo más. Daniel sabe exactamente a qué me refiero. Se limita a mirar al suelo. Desde que enfermó ha cambiado. Ya no es el mismo, y eso me mata. Ahora soy yo quien tiene que ser más comprensiva con él, aunque a veces no pueda. Nuestra relación se ha ido apagando con los meses, es como si Daniel supiera algo, como si me ocultase algo. Sé que ya no tiene fuerzas para ser el mismo de antes, pero a veces echo de menos a mi Daniel, al que siempre estaba ahí para mí, al que tenía la sonrisa más grande y al que no se rendía jamás.

—Bueno, me alegra que los niños se lo hayan pasado bien.

Tengo un nudo en el pecho. Daniel nunca ha sido así. Ahora, en su fragilidad y frialdad, esas cualidades se sienten como un muro entre nosotros.

—Voy a bañar a los niños —digo, buscando una excusa para escapar de la conversación.

Después de bañar a mis hijos, nos vamos a cenar. Luego subimos a la habitación y les meto en la cama. Daniel vuelve al sofá, donde ahora pasa la mayor parte del día.

—¿Estás bien? —pregunta.

No sé cómo responder. Simplemente sonrío y asiento, sabiendo que esa sonrisa no llega a mis ojos.

Los niños se duermen temprano, agotados por el día de hoy. Daniel está acostado en la cama, leyendo un libro que parece no interesarle demasiado. Me siento en el pequeño sofá junto a la ventana, mirando el reflejo de la luna en el agua.

—Irina… —La voz de Daniel me saca de mis pensamientos.

Me vuelvo a mirarle y encuentro sus ojos clavados en mí.

—Si hay algo que quieras decirme, este es el momento. No quiero más ocultamientos y mentiras, por favor.

El peso de sus palabras me aplasta. Él sabe que hay algo. Quizás no todo, lo suficiente para sentir la distancia que he estado intentando ignorar.

—No hay nada, Daniel. —Incluso mientras lo digo, sé que no me cree.

Asiente lentamente, como si estuviera aceptando mi mentira. Su expresión refleja todo menos tranquilidad.

—Ven aquí —me dice, extendiendo una mano hacia mí.

Camino hacia él y me acuesto a su lado, apoyando la cabeza en su pecho. Su brazo rodea mis hombros, y durante un momento el mundo parece detenerse.

—No importa lo que pase, Irina. Solo quiero que seas feliz, con quien sea o como sea.

Las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas. Cierro los ojos, aferrándome a él. El eco de sus palabras me recuerda que el tiempo se está agotando.

—Soy feliz contigo…

—Irina, cariño… Hace tiempo que no eres feliz, y lo sé, por eso te pido que no dudes en hacer aquello que te haga feliz. No importa el

daño colateral, solo que tú seas feliz. Eso es lo único que quiero ver antes de que me vaya…

—Daniel, no digas eso. Aún nos queda tiempo juntos, tenemos muchas cosas por vivir todavía —digo intentando sonar esperanzadora.

Sé a lo que se refiere. Sabe que Enzo y yo todavía tenemos algo pendiente, aunque no quiera admitirlo. Aunque intente disimularlo y continuar mi vida como si nada, Daniel sabe que Enzo siempre será una parte de mi corazón.

Estos años atrás me he acordado de él. Alexis ha secado las lágrimas que he derramado por él a escondidas. Mi padre es al único que le he admitido que sigo queriendo a Enzo, y también es el único que parece entenderme.

No quiero darle más vueltas a mis sentimientos, no quiero ser egoísta, sabiendo que el hombre con el que llevo compartiendo mi vida durante nueve años, que está durmiendo a mi lado, se está muriendo.

Capítulo 9



La mañana comienza con una atmósfera pesada. Daniel está ayudando a los niños a recoger sus cosas. Yo intento mantenerme ocupada doblando una toalla que ya está perfectamente doblada. Ian corretea por la habitación con su oso de peluche, mientras Isadora se sienta en la cama jugando a peinar su cabello.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta Isadora con voz soñolienta.

Daniel sonríe y se arrodilla frente a ella.

—Ya nos queda poco, princesa. ¿Estás lista?

Ella asiente con expresión melancólica. Quizás es el cansancio del viaje, o tal vez nota algo que ni siquiera yo puedo poner en palabras.

Cuando las maletas están listas y bajamos al vestíbulo, Daniel parece más cansado que nunca. Su pálido rostro contrasta con el azul vibrante de la entrada del hotel, y mi corazón se encoge.

—¿Estás seguro de que puedes conducir hasta casa? —pregunto preocupada.

—Me las arreglaré. Además, los niños estarán conmigo para asegurarse de que no me duerma al volante —bromea.

Ayudo a Ian a subir al coche mientras Isadora se acomoda en su asiento. Daniel me observa desde el otro lado del coche. Su mirada es suave, pero está cargada de algo que no puedo descifrar.

—Bueno… —digo, buscando las palabras correctas.

—Te llamaremos cuando lleguemos —responde él.

Asiento y me acerco para abrazarle. Su cuerpo se siente frágil bajo mis manos, y aunque trato de ignorarlo, sé que es otro recordatorio de lo poco que le queda. Algo me dice que esto está siendo una despedida.

—Gracias, Irina, por estos días… Ha significado mucho para mí —dice en voz baja, antes de besarme en la frente.

—No tienes que agradecerme nada, Daniel.

Los niños agitan las manos desde el coche mientras él se sube al asiento del conductor. Me quedo en el aparcamiento, observando cómo se alejan hasta que el auto desaparece tras la curva.

De regreso en la habitación, el silencio me pesa. Me siento en la cama con el teléfono en la mano, buscando un refugio en la única persona con quien puedo hablar. Marco el número de Alexis, y su voz contesta al segundo tono.

—¡Eh! ¿Cómo va todo por allí?

—Han vuelto a Madrid —digo sin rodeos. Mi voz tiembla, y sé que Alexis lo nota de inmediato.

—¿Y cómo estás? —pregunta, dejando a un lado su tono despreocupado.

Suspiro, pasando una mano por mi cabello. Quiero decirle la verdad, aunque se enfadará conmigo.

—Mal. Muy mal, Alexis.

—¿Qué ha pasado?

—Me he encontrado con Enzo —admito.

La línea se queda en silencio antes de que Alexis hable de nuevo.

—¿Enzo? ¿Allí, en Rota?

—Sí. Vive aquí. Tiene una casa… Una casa de madera frente al mar. Es exactamente como la que yo soñaba tener algún día.

Alexis guarda silencio unos segundos, como si estuviera procesando todo.

—¿Y qué vas a hacer?

Su pregunta me desconcierta. No esperaba que Alexis me preguntase eso. Me esperaba un «bueno, ignórale», o quizás un «Daniel es la opción correcta, no puedes cagarla».

—Irina, ¿cómo estás?

—Peor que nunca. Alexis, sigo enamorada de él. Y no sé qué hacer. No puedo ignorar mis sentimientos cada vez que le veo, y no puedo seguir negando lo obvio.

—Pero estás con Daniel… —dice con cautela.

—Lo sé. Pero las cosas entre nosotros… no están bien. Sé que está enfermo, que no debería ni pensar en esto…

—¿Se lo has contado a Enzo?

—Él sabe que Daniel está enfermo. No puedo decirle que le sigo amando y que quizás quiera estar con él… No ahora, pero la parte de mí que se quedó atrapada en el pasado, sí. A veces pienso en lo diferente que hubiera sido mi vida si hubiese tomado otra decisión. No puedo evitarlo.

Alexis suspira al otro lado de la línea.

—Irina, necesitas claridad. No puedes estar así, llevas atrapada demasiados años.

—Lo sé, pero… Tengo miedo a tomar la decisión equivocada.

—Entonces no tomes ninguna todavía —dice con firmeza—. Si necesitas ser honesta contigo misma, ¿Enzo es solo el recuerdo de lo que pudo ser, o es algo más?

No respondo porque en el fondo sé la respuesta, y es precisamente eso lo que me aterra.

—Tengo que dejarte, hablamos mañana. Te quiero —digo para finalizar la conversación.

—Te quiero, Irina. Muchísimo.

Cuelgo.

Alexis es esa persona que siempre querrá mi bienestar, a pesar de que sabe que puedo tomar una decisión equivocada.

Cuando llego al local, todo está en silencio. Los ecos de mis pasos hacen que el lugar parezca más grande de lo que realmente es. Dejo caer mi bolso sobre una mesa provisional y me siento, pasando los dedos por el borde rugoso de la madera.

Los planos están desplegados frente a mí. No puedo concentrarme. La imagen de Enzo, de pie frente a mí, con Salem a su lado, no me abandona.

De repente oigo el sonido de la puerta al abrirse. Me vuelvo con el corazón acelerado. Es el arquitecto.

—Hola, Irina —dice con una sonrisa cansada—. ¿Lista para revisar los detalles?

Asiento, aunque estoy lejos de estarlo.

Pasamos la siguiente hora repasando el proyecto y los ajustes necesarios. Sigo distraída. Al terminar, él recoge sus cosas y me quedo sola.

Decido cerrar el local y caminar un rato. Apenas he avanzado unas calles cuando le veo. Enzo está sentado en una terraza, con Salem a sus pies, tomando un café.

Intento dar media vuelta antes de que me vea; demasiado tarde. Sus ojos se encuentran con los míos, y su expresión cambia, pasando del desconcierto a algo más suave. Algo que me desarma.

Se levanta y me hace un gesto para que me acerque.

—Hola otra vez —dice.

—Hola —respondo, sintiéndome de repente como una quinceañera nerviosa.

Señala la silla frente a él.

—¿Te importa? Me vendría bien algo de compañía.

Dudo un segundo antes de sentarme. Salem me saluda moviendo la cola, y no puedo evitar acariciarle la cabeza.

—¿Cómo estás? —pregunta Enzo, estudiándome con cuidado.

—Bien. Bueno…, no, no estoy bien.

—¿Por Daniel?

Asiento, incapaz de mirarle a los ojos.

—Han vuelto a Madrid, ahora estoy aquí sola. Y me da miedo que no pueda llevar la situación estando solo con los niños…

Sus ojos se oscurecen, y su mandíbula se tensa.

—Lo siento mucho, Irina. Seguro que Daniel se las apaña, es un tío fuerte.

Esas palabras, tan simples, pero tan cargadas de significado, son suficientes para derribar las paredes que había estado construyendo.

—No sé cómo manejar esto —admito. Mi voz está temblando—. Daniel es un hombre maravilloso y el padre de mis hijos. Se merece todo mi amor, mi apoyo, pero…

Me interrumpe, porque soy incapaz de continuar.

—Pero sientes que algo falta —completa Enzo.

Le miro, sorprendida de que entienda lo que no puedo poner en palabras.

—No sé qué hacer —confieso.

Él no dice nada, pero su mirada me sostiene con una intensidad que me resulta imposible ignorar. Suspira y se inclina hacia delante.

—No voy a hacer esto más difícil para ti, Irina. Sé que tienes una vida, una familia, pero la decisión debes tomarla pensando en ti.

Sus palabras caen como una piedra en el agua, creando ondas que se expanden en mi interior. Quiero responder, decir algo, pero las palabras se me atascan en la garganta. Estar con él ahora hace que todo sea más difícil. Nos conocemos demasiado bien para que pueda ocultarle nada. Sabe que le quiero, estoy segura, igual que sé que me sigue queriendo.

—Si alguna vez necesitas hablar…, sabes dónde estoy —dice señalando su preciosa casa.

Me quedo sentada allí, viendo cómo se aleja, y me pregunto si alguna vez podré ser feliz mientras él siga apareciendo en mi vida.

Capítulo 10



El día cae lento, como si quisiera prolongar el momento de reflexión que tanto intento evitar. Me repito que estoy aquí por el negocio, que todo lo demás es un accidente del destino, pero mi corazón late de una forma que no puedo controlar.

Antes de darme cuenta, estoy frente a la casa de madera de Enzo, mi mano suspendida a centímetros de la puerta. Respiro hondo y, sin pensarlo mucho, golpeo suavemente.

Él abre casi al instante, con Salem asomando el hocico detrás de sus piernas. Lleva una camiseta blanca y unos vaqueros gastados, y esa sonrisa torcida que me recuerda por qué esto es tan complicado.

—Irina —dice, con una mezcla de sorpresa y curiosidad—, ¿estás bien?

Me muerdo el labio, sintiendo cómo las palabras se atropellan en mi garganta.

—No quería quedarme sola esta noche. Estar en esa habitación… me aterra —confieso—. ¿Puedo quedarme a cenar?

Por un segundo veo algo brillar en sus ojos, pero lo disimula con una inclinación de cabeza.

—Claro que sí. Entra, ponte cómoda.

Él se mueve por la casa, recogiendo cosas aquí y allá, y yo me siento en el sofá. Salem descansa a mis pies, como si supiera que necesito algo de consuelo.

—Vamos a hacer algo diferente esta noche, vivamos viejos tiempos —dice Enzo de repente, apareciendo con una mochila y una manta bajo el brazo.

Le miro confundida. Intento descifrar a qué se refiere.

—¿Diferente?

Su expresión se llena de ese entusiasmo despreocupado que siempre le ha caracterizado.

—Sí. Vamos a dar una vuelta en la moto.

No puedo evitar soltar una risa nerviosa. Hace años que no he vuelto a subir en una moto. En su moto.

—¿Desde cuándo te gusta planear cosas?

Desde hace mucho tiempo, dice su mirada, aunque no lo verbaliza.

Minutos después estoy subida en su moto. Mis brazos están alrededor de su cintura y atravesamos las calles de Rota. El viento azota mi rostro, pero no me importa. Es una sensación de libertad que no había sentido en años. Me suelto de su cintura y estiro los brazos para notar la sensación de volar. Vuelvo a sentirme aquella chica a la que todo le daba demasiado miedo, todo menos Enzo. Vuelvo a sentir que vuelo, a sentir que soy libre y que no hay nada más en el mundo, solo nosotros.

Nos detenemos en un mirador que parece sacado de un sueño. Desde allí, las luces de la ciudad brillan como estrellas, reflejándose en el agua que rodea el puerto.

Enzo extiende una manta en el suelo y saca un par de velas de la mochila, encendiéndolas para iluminar el pequeño pícnic que ha

preparado. Hay vino, queso y una cajita que contiene pequeños dulces.

—¿Sigues siendo igual de detallista? —pregunto, sentándome a su lado.

Él se encoge de hombros, sin mirarme directamente.

—Hay cosas que jamás cambian.

Las palabras se cuelan en mi corazón como un susurro, llenándome de una calidez que no debería sentir.

Pasamos un rato hablando de cosas comunes: la tienda, Salem, la vida en Rota. Eventualmente, la conversación se desvía a lo inevitable.

—Enzo —comienzo a decir con voz temblorosa—, lo que estás haciendo por mí esta noche… significa mucho, aunque ambos sabemos que no debería estar aquí

Él toma un sorbo de vino antes de mirarme.

—Lo sé. Pero tampoco te detuve a pesar de saber que estaba mal, ¿verdad? Porque siempre voy a querer pasar tiempo contigo.

Ese es el problema. Ninguno de los dos se detuvo. Ninguno de los dos queríamos desaprovechar tiempo juntos.

¿Qué se supone que estoy haciendo? ¿Qué es lo que debería hacer? Correr hacia mi novio y decirle cuánto le quiero, pero no lo hago. No lo hago porque estoy disfrutando una cena maravillosa con un hombre al que…, al que amo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —pregunto frustrada.

Él sonríe, pero hay tristeza en sus ojos.

—No lo estoy. Me siento mal por Daniel, pero prefiero tener este momento contigo, aunque sea solo un recuerdo de aquí a unos meses, a no tener nada.

Mi corazón se rompe un poco más con esas palabras. Solo me acerco a él, dejando que el silencio y la brisa del mar hablen por

nosotros.

Cuando la noche avanza, me doy cuenta de que esta decisión, aunque errónea, es también inevitable. Estar con Enzo, aunque sean solo unas horas, es como un respiro en medio del caos de mi vida.

Regresamos al hotel, y él me acompaña hasta la puerta.

—Gracias por todo —digo en voz baja, sintiendo que las palabras son insuficientes.

Enzo se inclina ligeramente hacia mí, como si estuviera a punto de decir algo más.

—Buenas noches, Irina. Espero que nos veamos pronto.

—Buenas noches —respondo, entrando y cerrando la puerta tras de mí antes de que pueda cambiar de opinión.

Apoyo la espalda contra la madera, con las emociones agolpándose en mi pecho. Este viaje a Rota está transformándose en algo que nunca imaginé, y tengo miedo de adónde me llevará.

Capítulo 11



Los días en Rota pasan más rápido de lo que esperaba. El nuevo local está lejos de estar listo, y cada día trae un desafío diferente. Escoger colores, revisar inventarios, lidiar con proveedores que siempre parecen llegar tarde… Trabajar me distrae, y es justo lo que necesito.

Hoy, después de dos días ininterrumpidos de trabajo, decido detenerme un momento y respirar. Me siento en una de las sillas aún envueltas en plástico, con una botella de agua en la mano y el teléfono en la otra.

Oigo el sonido de la puerta. Al principio pienso que es uno de los trabajadores que ha olvidado algo. Levanto la mirada y veo a Alexis entrando con una enorme sonrisa y dos cafés en las manos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida y emocionada a partes iguales.

Corro hacia mi amigo y le envuelvo en un fuerte abrazo, mostrando lo mucho que le he extrañado y la alegría de verle.

—Pensé que te vendría bien un café, y alguien que te recuerde lo increíble que eres —dice, dejando las bebidas sobre una caja de

madera. Luego me observa de cerca—. Irina, pareces triste. ¿Estás bien?

—Sí…, bueno, no del todo. Estoy cansada —respondo, esquivando su mirada.

—¿Es por el local?

—No exactamente.

Alexis se sienta en el suelo frente a mí. Me mira con curiosidad, pero también con esa paciencia que siempre me hace hablar.

—¿Qué pasa? —pregunta con un tono suave.

Dudo un momento, y luego dejo escapar un largo suspiro. Si alguien puede entenderme, es él

—Es Enzo.

Alexis se queda en silencio, y sus cejas se arquean levemente.

—Sigues dudando, ¿no?

—Siento que todo está al revés, Alexis. Estoy aquí para empezar algo nuevo, para darle estabilidad a mi familia, a Daniel… Pero estar cerca de Enzo lo complica todo.

—Bueno, siempre fue complicado con Enzo, ¿no? —dice con una media sonrisa.

—Ahora es diferente. Daniel está enfermo, y yo…

Mis palabras se quiebran antes de terminar la frase. Alexis se acerca, poniendo su mano sobre la mía.

—Tómate tu tiempo. Una vez te dije que eligieras lo mejor para ti, y me equivoqué. Lo mejor para ti eres tú misma. Y él te hace ser tú misma.

¿Desde cuándo mi mejor amigo dice esta clase de cosas? Alexis jamás diría algo así, al menos que también esté viendo cosas o situaciones que sabe que no me hacen feliz. Alexis siempre va a querer mi bienestar. A pesar de lo mucho que quiere a Daniel, yo

siempre estaré por encima de cualquier persona. Y después de casi diez años siendo amigos, sabe perfectamente lo que quiero.

Respiro hondo y trato de ordenar mis pensamientos. Quizás Alexis tenga razón, pero el simple hecho de pensarlo me atormenta.

—No sé qué estoy haciendo, Alexis. Amo a Enzo. Siempre le he amado. Amo a Daniel también, y él está pasando por algo tan…

—Irina —me interrumpe, mirándome con seriedad—. Amar a dos personas no te hace mala persona. Sí te lo hace no hacerle caso a tu corazón y ser infeliz por el daño que puedas hacer… Estás siendo mala persona, pero contigo misma.

—Me siento egoísta por pensar en Enzo. Daniel me necesita. Los niños me necesitan. ¿Cómo puedo considerar lo que siento por Enzo?

Alexis me aprieta la mano, obligándome a mirarle.

—Porque también necesitas ser feliz, Irina. Y, aunque no quieras admitirlo, Enzo sigue siendo parte de esa felicidad. Quizás incluso sea tu felicidad plena.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, porque sé que tiene razón. Admitirlo es más difícil que escucharlo.

—Tengo miedo de lo que podría pasar si tomo la decisión equivocada.

—Tal vez no hay decisiones equivocadas —dice Alexis con un tono que roza la ternura—. Tal vez solo hay decisiones, y lo importante es que seas fiel a lo que sientes. La decisión que tomes será la correcta si lo haces siguiendo a tu corazón.

—Ambos sabemos lo que elegirá mi corazón.

—Lo sé, créeme que lo sé, y por eso te estoy animando a que lo hagas —dice para mi sorpresa.

Alexis siempre ha luchado para que elija a Daniel, nunca quiso que estuviese con Enzo. Aunque no entiendo su cambio de actitud, me

alegra saber que no estoy sola con la decisión que puedo tomar.

Nos quedamos en silencio, con el ruido del tráfico filtrándose a través de las ventanas. Finalmente, Alexis se levanta y recoge los vasos vacíos.

—Vamos, te mereces un descanso. ¿Qué tal si te llevo a cenar?

Sonrío, agradecida por su presencia.

—Me encantaría.

Salimos del local y cargo un peso menos en el pecho. No tengo todas las respuestas, pero por primera vez siento que no estoy sola para enfrentarlas.

La cena con Alexis es justo lo que necesito. Nos sentamos en un pequeño restaurante con vistas al puerto, con luces cálidas que parpadean sobre las olas. Pedimos tapas y vino, y por un rato todo parece más simple.

—¿Recuerdas cuando íbamos a cenar a ese sitio de Madrid que servía vino en copas que parecían floreros? —pregunta Alexis, riendo mientras bebe un sorbo de su copa.

—¡Cómo olvidarlo! —le respondo riendo—. Siempre pedíamos todo para compartir, y pasábamos horas ahí.

—Era perfecto, ¿no? Ese lugar tenía un encanto especial.

—Pues este lugar tiene su propio encanto —le digo, señalando las luces que cuelgan sobre nuestras cabezas.

Alexis asiente. Luego me mira con esa intensidad que me hace sentir que ve a través de mí.

—¿Te sientes mejor?

—Poco a poco —le respondo sincera—. Estar contigo ayuda.

—¿Te gusta este lugar, verdad? Rota, la playa, la ciudad, la calma, Enzo…

Imagino cómo sería la vida aquí con mis hijos y… con Enzo.

Sonríe satisfecho y me lanza una mirada traviesa.

—¿En qué o en quién piensas?

—Sabes perfectamente en quién pienso.

Terminamos la cena y salimos a caminar por el paseo marítimo. El aire salado es fresco, y la brisa me despeina y me hace sentir viva. Alexis habla de la boda con Edi, y aunque me siento feliz por él, una parte de mí no puede evitar sentir envidia de esa claridad que tiene sobre su vida.

De repente, mientras nos acercamos a un pequeño bar con música en vivo, veo una figura conocida. Enzo está bebiendo algo y mirando distraído al horizonte.

Me detengo en seco. Alexis sigue caminando, alzando una mano para saludar.

—¡Enzo!

Enzo levanta la cabeza, sorprendido, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, algo en su expresión cambia. Se pone de pie y saluda a Alexis con un abrazo educado.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta, sonriendo con esa mezcla de sorpresa y ternura.

—He venido de sorpresa y acabamos de cenar. Ahora íbamos al hotel, pero… sentarnos aquí contigo es mejor plan. ¿Nos invitas?

—Siempre sois bienvenidos.

—Gracias, no queremos molestar… —digo.

Enzo vacila un segundo, luego asiente.

—Siempre hay espacio para un par de copas más, y para dos sillas también —dice señalando al camarero para que traiga sillas.

Enzo y Alexis tienen una conversación animada sobre el teatro. Yo estoy distraída. Observo a Enzo mientras habla, notando los pequeños detalles: cómo se pasa una mano por el pelo cuando está pensando, cómo su sonrisa se inclina ligeramente a un lado.

Alexis se excusa para ir al baño, dejándonos solos.

—¿Y tú qué tal? —me pregunta Enzo.

—Bien… Trabajando mucho.

—¿Y Daniel?

—Mi padre le está ayudando con los niños, pero estoy preocupada. No sé cuánto durará, y eso me da miedo.

Durante un rato solo hay silencio entre nosotros, roto por el sonido de las olas y la música de fondo.

—Enzo…

Él levanta la vista, y en su mirada hay algo que no puedo descifrar.

—Nunca imaginé que te encontraría aquí.

—Yo tampoco, pero me alegro de haberte visto.

—No puedo evitar sentir que cada vez que estamos cerca, algo… cambia.

Antes de que Enzo pueda responder, Alexis regresa, rompiendo el momento. Nos levantamos poco después, y Enzo nos acompaña hasta el final del paseo. Antes de despedirnos, sus ojos se encuentran con los míos una última vez, y siento que algo queda sin decir.

Esta noche ha dejado más preguntas que respuestas.

—Estoy hecha un lío, Alexis. No sé cómo olvidarme de Enzo. Estando aquí, no puedo… En el fondo, no sé si quiero hacerlo, si podré dejar de quererle alguna vez —digo mientras cojo su brazo para caminar.

—Cuando has querido a alguien de verdad, le quieres para siempre.

Capítulo 12



Alexis cierra la puerta del coche que le llevará de vuelta a Madrid. Antes de irse, me abraza con fuerza.

—Te conozco, Irina. Haz lo que debas, pero no te pierdas a ti misma. No otra vez.

Sus palabras se quedan conmigo mientras el coche se pierde entre las calles. Regreso al local. El trabajo no logra distraerme del todo; las horas pasan lentas.

Daniel me llama.

—Hola.

—¿Cómo están las cosas?

—Bien. Estoy avanzando con la tienda, va cogiendo forma… ¿Y por allí como estáis?

—Hemos estado en el parque esta tarde. Ian se ha caído corriendo, pero no ha sido nada grave. Isadora está emocionada porque pronto va a ver a sus amigas del colegio.

Sonrío al imaginar a los niños.

—Me alegro de que estén bien.

—Hablando de eso… No tardes mucho en volver, Irina.

El peso de sus palabras me golpea. Sé que está pidiendo más que mi presencia física, está pidiendo mi compromiso, mi apoyo incondicional.

—Me quedaré una semana más —le digo con cautela—. Quiero dejar todo listo antes de regresar.

Daniel guarda silencio unos segundos y suspira.

—Está bien. Te echamos de menos.

—Y yo a vosotros.

Cuando la llamada termina, el vacío que siento es tan grande que apenas puedo respirar. Las dudas me atormentan. Una idea empieza a tomar forma en mi cabeza, una que no puedo ignorar.

Casi sin darme cuenta, me encuentro frente a la casa de madera. Las luces del porche están encendidas. Salem está tumbado en el suelo y levanta la cabeza al verme. Antes de que pueda dudar, golpeo la puerta.

Pasan unos segundos antes de que se abra. Enzo aparece, descalzo, con una camiseta negra y el pelo revuelto, como si acabara de despertarse de la siesta. Sus ojos se ensanchan al verme.

—Irina…

—Necesito quedarme aquí esta semana —digo antes de que pueda preguntar nada—. No puedo estar sola, y tampoco puedo volver a Madrid todavía.

Enzo se queda en silencio. Sus ojos buscan los míos para asegurarse de que estoy hablando en serio. Asiente y abre la puerta.

—Entra. Estás en tu casa, literalmente.

La casa huele a madera. Salem me sigue mientras me adentro en el salón, sintiendo que estoy cruzando una línea que no puedo deshacer.

—Enzo… No quiero molestarte…

—No estás molestando, jamás lo haces. Si necesitas estar aquí, quédate.

Por un momento, me siento aliviada. Nuestras miradas se cruzan y la tensión entre nosotros es palpable, casi insoportable. Salem se acomoda en mis pies, y miro al perro como si fuera mi salvavidas.

—Gracias —susurro— por dejar que me quede. El volver a tu vida siempre que se me antoja… Nunca me cierras la puerta, literalmente.

—Vuelves cada vez que quieres, y no te culpo. La culpa es mía, porque siempre voy a desear que lo hagas —me interrumpe.

Enzo se sienta en el sofá frente a mí, sus ojos clavados en los míos. No sé qué responder, porque, diga lo que diga, siento que solo voy a estropear la situación.

—Irina… Si te quedas aquí, tienes que ser honesta contigo misma, es lo único que te pido, la única condición. Si necesitas estar aquí para aclararte, no quiero que me ocultes nada ni que te cierres en ti.

Me estremezco ante sus palabras, porque tiene razón. No estoy lista para serlo. Estoy aquí, y algo dentro de mí me dice que es el lugar donde debo estar, aunque no tenga claro por qué.

Salem gime suavemente, como si pudiera sentir la carga de mis pensamientos. Enzo se inclina hacia delante, acariciando la cabeza del perro antes de mirarme de nuevo.

—Puedes quedarte en la habitación de invitados. Haremos que merezca la pena cada día que estés aquí, lo prometo. Te ayudaré con la tienda y a encontrarte a ti misma, porque… si estás aquí pidiéndome ayuda, significa que estás muy perdida.

Enzo se levanta y señala un pasillo.

—La habitación está al final, a la izquierda. Si necesitas algo, sabes dónde estoy.

Me levanto lentamente, acariciando a Salem antes de seguir el pasillo. Cuando llego a la habitación, cierro la puerta tras de mí y dejo escapar un suspiro tembloroso.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy aquí? Y ¿por qué siento esta paz en el pecho?

Me tumbo en la cama y la respuesta parece más clara que nunca. Estoy aquí porque no puedo seguir ignorando lo que siento, porque necesito entender si aún tengo tiempo para arreglar las piezas de mi vida… o si es demasiado tarde.

Cuando Enzo llama suavemente a la puerta, estoy tumbada en la cama, mirando al techo sin poder calmar el torbellino de pensamientos que me invade.

—Está lista la cena —dice desde el otro lado.

Respiro hondo antes de abrir la puerta. Le encuentro apoyado contra el marco, con una expresión tranquila, pero algo en sus ojos le traiciona.

Unas velas pequeñas iluminan el centro de la mesa, y el aroma a especias y hierbas llena el aire. Salem está acurrucado en una esquina, observándonos con calma.

—Siempre he cocinado bien —dice Enzo, que sirve dos copas de vino tinto—, aunque esta vez me he superado.

—Siempre tan modesto.

—E insufrible —dice recordando el apodo que le puse hace años.

—De eso no hay duda —digo, intentando sonreír.

Nos sentamos, y mientras comemos en un silencio cómodo, me doy cuenta de que no había sentido tanta paz en meses. Esta tranquilidad es engañosa, porque, en realidad, solo me acerca un paso más a la elección que temo tomar.

—¿Qué tal está? —pregunta señalando el plato.

—Perfecto, como siempre.

—Lo hago para impresionarte —responde con una sonrisa.

No puedo evitar sonreír también, aunque mi pecho se aprieta. Este momento, tan simple, tan cotidiano, me recuerda todo lo que podría haber sido si hace diez años le hubiese dicho cuánto le amaba.

Cuando terminamos, Enzo recoge los platos y vuelve a la mesa con la botella de vino. Llena mi copa antes de hablar.

—Irina…

La manera en que pronuncia mi nombre me obliga a mirarle. Sus ojos están fijos en los míos: está a punto de decir algo importante.

—No quiero arrepentirme el día de mañana de decirte hoy cuánto te amo.

La confesión cae sobre mí como un mazazo. Por un momento, me quedo sin palabras, incapaz de procesar lo que acaba de decir. Él no aparta la mirada.

—Siempre te he amado, Irina. Incluso cuando no era fácil, cuando sabía que no era lo correcto. Te he amado en los momentos más oscuros y en los más felices, y lo sigo haciendo.

Mis manos tiemblan mientras dejo la copa en la mesa. Mi corazón late con tanta fuerza que siento que me falta el aire.

—Enzo… —susurro, y no sé qué decir después.

—Solo necesitaba que lo supieras. Porque no quiero vivir con el arrepentimiento de habérmelo callado. Si te vas a Madrid en algún momento, quiero que te lleves contigo mi confesión.

Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos sin control. Enzo apoya su mano en mi pierna.

—No llores, Irina. No era mi intención hacerte daño.

—No me haces daño —respondo, limpiándome las lágrimas—. Todo lo contrario, para ser honesta… No es tan fácil, no puedo hacer nada.

—No tienes que hacer nada. Sé feliz. Si es conmigo, lo aceptaré con todo mi corazón. Y si no, me alejaré, no sin antes luchar un poco por ti, y sin hacerte elegir, porque la última vez salí perdedor y no lo he superado.

Sus palabras provocan un nudo en mi garganta. Soy incapaz de responder. Las emociones se mezclan dentro de mí: el amor que siempre he sentido por él y que quizás siempre sienta, y la lealtad hacia Daniel, la culpa, la esperanza.

—Enzo, esto no es justo para ninguno de los dos…

—Nunca ha sido justo, Irina, lo que no cambia mis sentimientos.

Me quedo en silencio, mirando la mesa, incapaz de sostener su mirada. No sé si por el vino o por todas las emociones que se están juntando en este salón.

—Me he pasado media vida amándote, y la otra media, intentando dejar de hacerlo —digo, aun sabiendo que no es buena idea, y me levanto para irme a la cama.

Capítulo 13



El aroma a café me despierta y me quedo inmóvil, recordando dónde estoy. El lugar donde todo parece más sencillo y al mismo tiempo más complicado.

Salgo de la habitación y ahí está él, en la cocina, con Salem a sus pies. Lleva una camiseta blanca que resalta su piel bronceada, y unos pantalones cómodos. Me ve y sonríe como si no hubiera una tormenta entre nosotros.

—Buenos días, dormilona —dice mientras sirve una taza de café—. ¿Con leche y frío?

—Qué bien me conoces. Gracias.

Me acerco y cojo la taza. Este momento tiene una intimidad peligrosa y a la vez reconfortante.

—Tengo un plan para hoy —anuncia dándole un mordisco a su tostada—. Voy a ayudarte en la tienda.

—¿Ayudarme?

—Claro, sé que tienes mil cosas que hacer, y yo tengo dos manos. No soy mal trabajador, ya lo sabes.

Me río, aunque intento ocultar la mezcla de nervios y emoción que me produce su ofrecimiento. No puedo decirle que no, aunque me recuerda al pasado, cuando trabajamos en Madrid juntos en mi tienda, riéndonos y enamorándonos el uno del otro.

En la tienda, Enzo demuestra que no ha cambiado. Se pone a medir espacios, a mover cajas pesadas, incluso a discutir con los obreros sobre los detalles del escaparate. Salem, mientras tanto, se acomoda cerca de la entrada, observándonos con calma. Es como si viese lo que nosotros no vemos.

—Me sorprendes —digo después de que termina de montar un estante perfecto.

—Es justo lo que quería, impresionarte. —Ríe.

La forma en que lo dice, con una mezcla de broma y sinceridad, me deja sin palabras. Me vuelvo hacia otro lado, fingiendo que necesito revisar algo; en realidad, necesito unos segundos para recomponerme.

Cuando salimos de la tienda, el sol está en su punto más alto, iluminando las calles con una calidez que parece invitar a olvidarse de todo.

—Tengo una idea —dice Enzo—. ¿Qué tal si vamos a la playa?

No sé si es buena idea, pero al mirarle, con esa expresión relajada y optimista, asiento.

El agua está más fría de lo que esperaba; al segundo chapuzón, ya no importa. Enzo y yo jugamos como si fuéramos niños. Me lanza agua, yo intento salpicarle más, y Salem, que no puede resistirse, se mete en el agua para unirse a nuestra diversión.

—No sabía que eras tan competitivo —digo intentando escapar de otro chapuzón.

—Y eso que me estoy portando bien.

De repente, la corriente me arrastra un poco más lejos. Enzo nada hacia mí, preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

Me coge de la mano para ayudarme a regresar a la orilla, pero no la suelta cuando llegamos. Me doy cuenta de ello, pero no digo nada. Su tacto, cálido y firme, es algo que no sabía cuánto había extrañado.

Nos quedamos ahí, en la orilla, con el agua golpeando suavemente nuestros pies. Su mirada se cruza con la mía, y el mundo parece detenerse.

—Irina… —susurra, acercándose.

Antes de que pueda detener lo inevitable, sus labios rozan los míos. Es un beso lento, suave, como si estuviera asegurándose de que es lo que ambos queremos.

Lo es. En realidad, es lo que llevo deseando desde que le dije que no era mi elección y elegí a Daniel. Y gracias a eso tengo a mis dos hijos, pero siempre guardé amor para Enzo. Un amor que nunca se ha ido.

En ese momento, todo encaja. La confusión, la culpa, los años que hemos pasado separados… Todo se desvanece bajo una verdad innegable: amo a Enzo. Siempre le he amado. Y ahora, bajo el sol, mientras el mar se mueve a nuestro alrededor, no puedo seguir negándolo.

Le miro y sonrío como muestra de la aprobación de lo nuestro. Es aquí donde quiero estar, donde quiero quedarme, y él es con quien quiero estar, para siempre, si es posible.

Nos abrazamos y siento que por fin estoy en casa, en mi hogar, y en un refugio que antes sentía con Daniel, aunque no del todo.

—¿Es esto lo que quieres, Irina? No puedo ofrecerte nada más que vivir en esta casa de madera, cerca de la playa, y amarte cada día… No tengo nada más.

—Enzo…, tú has sido lo que he pedido en mis sueños y en mis deseos de cumpleaños.

Siempre ha sido así: Enzo ha vagado por mi mente sin descanso. Y ahora me doy cuenta de que siempre fue mi elección, aunque no le escogí cuando pude.

—He luchado por olvidarte, te lo juro… —admito, usando esa palabra que tanto odio.

—No se puede olvidar lo que vive en el corazón.

Y vuelvo a besarle. Sé que esto está mal, que Daniel está en Madrid cuidando a nuestros hijos mientras está enfermo. Ya no puedo evitarlo, ya no puedo seguir luchando contra lo que siento, contra lo que soy. Me odio por el dolor que puedo estar causando a Daniel, pero él va a irse en algún momento y yo me quedaré aquí sola. Ahora sé que no estaré sola, que siempre estará Enzo. Y aunque el camino no vaya a ser fácil, voy a luchar por ese futuro que quiero tener al lado del hombre que me hizo sentir amor hace años, el mismo del que sigo enamorada.

—No va a ser fácil. Eres consciente, ¿verdad?

—Lo soy. Pero quiero intentarlo, quiero luchar por esto, por nosotros.

Capítulo 14



Me despierto con una sensación de paz que hacía tiempo no sentía. El sol entra por la ventana de la habitación que Enzo me ha cedido, y no quiero moverme. Todo parece encajar en este lugar, en este momento.

Cuando llego a la cocina, le encuentro preparando café, con Salem sentado a sus pies como su sombra fiel.

—Buenos días —dice con una sonrisa que me hace olvidar todo lo demás.

—Buenos días.

Me acerco para coger la taza que me ofrece, y nuestros dedos se rozan. Es un contacto breve, suficiente para recordarme lo que ocurrió ayer, lo que cambió entre nosotros. Beso su mejilla.

—¿Estás lista para la próxima aventura? —pregunta, apoyado en la encimera con esa confianza relajada que siempre ha tenido.

—¿Aventura?

—Ten paciencia. Lo sabrás cuando lleguemos.

El camino es tranquilo, con la ventanilla del coche bajada y el viento revolviendo mi cabello. Enzo conduce con una mano, la otra

está apoyada cerca de la palanca de cambios. Salem está en el asiento trasero, observándonos con sus ojos atentos y sabios.

Nos detenemos en un lugar que me resulta extrañamente familiar. Salimos del coche y él toma mi mano, guiándome por un sendero estrecho.

Cuando llegamos, lo veo: un inmenso campo de girasoles que se extiende hasta donde alcanza la vista.

—No podía dejar que te fueras sin venir aquí —dice, mirando el paisaje con la misma intensidad con la que me miró ayer—. ¿Recuerdas cuando estuvimos en uno parecido?

—Como si fuera ayer —respondo, y mi voz se quiebra un poco.

El campo de girasoles fue nuestro refugio, nuestro lugar secreto cuando éramos jóvenes y todo parecía posible. Bailábamos y nos reíamos el día que Enzo me preparó aquella sorpresa. Y hoy, años después, volvemos a estar en otro campo de girasoles.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —pregunto, intentando mantener la compostura.

—En cada lugar que he estado, he buscado un campo de girasoles: eso me mantenía ocupado.

Me quedo en silencio, observando los girasoles que se mueven suavemente con la brisa. Enzo se acerca, y siento su mano en la mía.

—Has esperado tantos años por mí, me has esperado tanto… Y aun sabiendo que seguirás haciéndolo ahora, hasta que hable con Daniel…, no te has rendido.

—Yo te quise esperar, porque cuando amas a alguien, esperar se convierte en algo valioso. Esperas cada día a que esa persona aparezca por la puerta, a que te diga que te quiere y que te elige. Y no me equivoqué al esperar, al esperarte.

Quiero responderle, quiero decirle lo que estoy sintiendo, pero el sonido de mi teléfono interrumpe el momento.

—Lo siento —digo sacando el móvil del bolsillo. Es Daniel.

El peso de la realidad cae sobre mí de golpe. Respiro hondo y contesto.

—Hola, Daniel.

—Irina, ¿cómo estás? ¿Todo bien con la tienda?

—Sí, todo bien —respondo, intentando sonar tranquila mientras mi corazón late con fuerza.

—Escucha, los niños te echan de menos. Ian me preguntó esta mañana cuándo vas a volver. Necesitan a su madre.

Trago saliva, sintiéndome culpable.

—Solo queda una semana. Estoy terminando los detalles. No tardaré en volver.

—Bueno, no te preocupes. Aquí estamos bien. Solo… No tardes demasiado, ¿vale?

—Sí, no tardaré.

—¿Has vuelto a… ver a Enzo? —pregunta como si en el fondo no quisiera saber la respuesta.

—No —miento.

Cuelgo el teléfono y siento la mirada de Enzo sobre mí.

—¿Estás bien? —pregunta con esa mezcla de preocupación y ternura.

—Sí… No. No lo sé —admito, dejando caer mis hombros—. Esto no será fácil, Enzo. Tengo que hablar con Daniel, y no solo por…, por nosotros. Hay cosas que él no sabe, cosas que cambiarán todo.

Enzo asiente, dándome el espacio que necesito.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Hay algo…, algo que Daniel no sabe, y no sé cómo decírselo…

Enzo parece cambiar la expresión, como si poco a poco estuviera entendiendo de lo que hablo. Sus ojos y su boca se abren a la vez. Me mira como si estuviese haciendo cuentas.

—Irina…

Niego con la cabeza. No quiero decirle nada, no debería haberle dicho que guardo un secreto. No a alguien que me conoce solo con mirarme y que forma parte del secreto.

—¡Irina! Dímelo. Si es lo que estoy pensando, dímelo…

—No sé de qué me hablas —miento.

—¡Irina! ¿Cuántos años tiene Isadora?

Me quedo en blanco. No sé qué decirle, no sé hablar ahora mismo. No entiendo cómo ha podido llegar a la conclusión. Mi mundo se desmorona.

—Cinco…

—Ella… es mi…

No quiero responder. No quiero hacerlo realidad, y pongo un dedo sobre sus labios. Enzo niega con la cabeza.

—¡Tengo una hija, Irina! Tu hija es mía también, y no me lo has dicho.

—Enzo, por favor, puedo explicártelo. Todo pasó cuando te dejé ir, y sabía que si te lo decía volverías a mi vida y desmoronarías todo…

—Me has engañado. Tengo una hija y no me lo has dicho, Irina, ¿sabes lo fuerte que es eso?

—Piensa que hay otra persona que cree que tiene dos hijos cuando no es así.

—¿Daniel no lo sabe?

—No. Y no sé cómo decírselo. De hecho, no pensaba hacerlo… Hasta que volviste. Y entonces te vi con ella, te vi jugar con Isadora, y cómo te abrazaba, y ahí… imaginé cómo hubiese sido nuestra vida juntos, pero entonces Ian no existiría…

Enzo se acerca a mí y, para mi sorpresa, me abraza.

Siento su apoyo y su perdón. En ese abrazo me muestra que me entiende y que, a pesar de la gran mentira en la que ha vivido, me perdona.

—Sé que no será fácil, y me costará entender todo esto, pero estoy aquí y vamos a superarlo… juntos.

Sus palabras, tan simples y sinceras, me dan una fuerza que no sabía que tenía.

—Tengo una hija… —dice casi susurrando.

—Sí. Isadora es tuya, tan tuya como mía.

—No voy a presionarte, pero algún día tendrás que contarme esa historia. Ahora vamos a centrarnos en lo importante: vivir esta semana y que cuando vuelvas a Madrid hagas lo que debes hacer. Después seremos felices y habrá tiempo para hablar de todo…

Y lo dice así, tan calmado que duele. Debería odiarme por haberle ocultado que tiene una hija, que, cuando no le elegí, estaba esperando una hija suya. No lo hace, no me odia. Porque él siempre me ha comprendido, incluso cuando ni yo misma lo hacía. Cuando el mundo entero estaba en mi contra, él siempre encontraba la forma de defenderme. Por eso, jamás le he olvidado, y por eso le sigo amando. A pesar de los años, de las complicaciones, de nuestras vidas separadas… Quizás siempre supe que le amaría toda mi vida. Ahora, todo es más real, demasiado real para lo que quiero admitir.

Capítulo 15



—Buenos días —dice mientras me sirve una taza de café.

—Buenos días.

Me siento a la mesa, sosteniendo la taza entre mis manos. Enzo se sienta frente a mí, observándome en silencio.

—Tengo una hija… —dice.

—Enzo…, te agradecería que no estés recordándolo todo el rato… Sé que te sorprende y te alegra, pero necesito tiempo para asumir que la llamas «hija».

—Irina, no puedes pedirme que no lo haga. Acabo de saber que tenemos una hija en común, que siempre hemos estado unidos… El destino…

—¡Enzo, deja al destino! Déjalo, no ha sido cosa del destino. Los bebés vienen cuando hay sexo, y entre tú y yo lo hubo. Isadora no es cosa del destino.

—¿Crees que es casualidad?

Asiento, aunque no estoy segura si es verdad.

—No dejo de pensar en lo que te dije ayer. Necesito hablar primero con Daniel, decirle la verdad, y después hablar con mi… —

hago una pausa— nuestra hija.

Enzo deja la taza sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—No tienes que decir nada más, Irina. Hablaremos con la pequeña. Viviremos aquí los cuatro y seremos una familia feliz.

—Enzo, para ti es fácil. Yo estoy dejando una familia que lleva construida muchos años, para crear una nueva contigo. No es sencillo, y tendrás que ser paciente. Si decido volver y escoger esto, no va a ser tan pronto como quieres, y tampoco serán tan fácil —digo refiriéndome a nuestra vida juntos.

—Lo que sientas que debes hacer será lo correcto. Yo apoyaré siempre lo que decidas —dice agarrando mi mano.

El silencio entre nosotros es denso, no incómodo. Hay tanto que quiero decirle, pero las palabras se atascan en mi garganta.

—No sé cómo decírselo, cómo lo tomará Isadora, y tampoco sé si podré volver, Enzo… Una vez llegue allí, no sé si podré volver contigo —admito, sabiendo que es más complicado de lo que parece.

—Lucharemos por ello. Lucharé por ti toda mi vida, sin descanso.

—¿Siempre va a ser así? Tú luchando por mí, yo huyendo del destino…

—He luchado por ti, porque jamás se encuentra a la misma persona dos veces, ni siquiera en la misma persona. El problema es que he encontrado el amor en cada una de tus versiones. Seguiré haciéndolo.

—Te quiero, Enzo. Me da miedo lo que pueda pasar con Daniel… cuando le cuente la verdad.

—¿Y si no lo acepta?

—Sé que no lo hará —respondo con amargura—, pero no puedo seguir viviendo con esta mentira. Ni por él, ni por mí, ni por Isadora.

Él extiende su mano y la vuelve a colocar sobre la mía.

—No estás sola en esto, Irina. Estoy contigo, pase lo que pase.

Sus palabras son un bálsamo para mi alma, y también me recuerdan lo mucho que puedo perder.

Decidimos ir al local para seguir trabajando en los últimos detalles. Enzo se ofrece a ayudarme con todo, desde cargar cajas hasta elegir los colores para los probadores. Su presencia es un alivio, una constante que me ayuda a mantenerme firme.

Cuando el sol comienza a descender, volvemos a su casa. Insiste en preparar algo especial para la cena, y, aunque trato de ayudar, me convence de que me relaje en el sofá mientras él cocina.

Le observo moverse por la cocina y no puedo evitar pensar en lo diferente que sería mi vida si hubiera escogido otro camino hace años. Entonces recuerdo a Ian, a Isadora y a Daniel, y la culpa me envuelve de nuevo.

—¿En qué piensas? —pregunta Enzo.

—En todo y en nada a la vez —respondo con una sonrisa débil.

Se acerca y se sienta a mi lado.

—Sé que no es fácil para ti, pero eres más fuerte de lo que crees.

—No sé cómo puedes ver esa parte de mí; siempre me ves fuerte y valiente…

—Porque te conocí hundida en una miserable vida y veo la mujer de casi treinta y cinco años que eres ahora, la que ha construido sus negocios, su vida, y no se ha rendido nunca.

Sus palabras, tan simples y sinceras, me hacen sentir algo que no había sentido en mucho tiempo: esperanza.

Esa noche, en la cama, reviso mi teléfono. Hay un mensaje de Daniel.

Te echamos de menos.
Ian quiere que le cuentes
un cuento esta noche por
videollamada.

Mi corazón se aprieta. Contesto con un breve

Claro. Dame cinco minutos.

Llamo y veo las caritas sonrientes de mis hijos en la pantalla. Ian está acurrucado con su manta favorita. Isadora se asoma detrás de él con una mirada curiosa.

—¡Mamá! —exclama Ian—. ¿Cuándo vienes? Te echamos de menos.

—Pronto, cariño. Muy pronto.

—¿Dónde estás, mamá? —pregunta Isadora.

—¡Salem! —grita Ian.

Acabo de darme cuenta de que he metido la pata. Daniel se habrá dado cuenta de dónde estoy, y ahora mismo debe de estar muy confuso, incluso más que yo.

Mientras les leo su cuento favorito, Daniel apenas aparece en pantalla. Cuando se despide, su voz suena más apagada de lo habitual.

—Colgaré yo —dice, cogiendo el teléfono—. Descansa, Irina.

—¡Daniel, espera!

—Descansa, Irina —dice sin dejar explicarme.

—Tú también —respondo, intentando ocultar mi preocupación.

La llamada termina, cierro los ojos y suspiro. Cada vez estoy más cerca de regresar a Madrid, y también más lejos de Enzo y de la paz que siento aquí.

Mañana será otro día. Un día menos para enfrentar la verdad. Un día menos para decidir qué hacer con mi vida.

No sé por qué es tan difícil. Siempre que intento acercarme a Enzo, parece que el mundo juega en mi contra. El destino me acerca a él, pero mis propios actos me separan. Soy yo misma quien se

pone trabas y piedras en el camino, a pesar de saber adónde quiero ir.

Capítulo 16

Enzo



El sol apenas comienza a asomarse cuando salgo al porche con una taza de café en la mano. Salem corretea persiguiendo a las gaviotas que se atreven a aterrizar cerca.

Me dejo caer en la silla de madera, mirando al horizonte. Ella sigue aquí. Cada día que pasa es como una victoria que no sé si merezco. También sé que cada día nos acerca más al momento de su partida.

Anoche no dormí. No puedo dejar de pensar en lo que Irina me dijo en el campo de girasoles. Isadora es mi hija. Mi hija.

La palabra sigue sonando extraña en mi cabeza, como si perteneciera a otro idioma. La vi hace días correr por mi casa, reír mientras jugaba con Ian, y no puedo apartar la idea de que esa niña, con su energía infinita y su sonrisa contagiosa, lleva mi sangre. También lleva un peso que nunca pedí y que debo decidir si cargar o no. En el fondo, deseo ser siempre el que vele por esa niña.

Irina no lo sabe, pero llevo años soñando con esta familia, con ella, con todo lo que nunca llegamos a tener. Y ahora, cuando la

tengo tan cerca, no sé cómo manejarlo.

La oigo en la cocina, moviéndose con ese ritmo pausado que tiene cuando está cansada. No me acerco de inmediato. Necesito un momento más para prepararme, para fingir que no estoy tan jodidamente asustado como me siento.

Entro y la encuentro mirando por la ventana.

—Buenos días —digo, intentando sonar más ligero de lo que estoy.

Ella se vuelve y me sonríe.

—Buenos días —dice y me da un beso.

He soñado años con despertar y tenerla a mi lado, con crear una familia y pasar los años formando nuestro futuro.

—Deberías descansar más —le digo, aunque sé que es inútil. Irina no sabe cómo descansar, nunca ha sabido.

Ella suspira y deja la taza sobre la encimera.

—No puedo. Mi cabeza no para.

Me apoyo en la barra frente a ella.

—¿Quieres hablar de ello?

Me mira como si no supiera qué decir. No hace falta, porque sé lo que quiere decirme.

—No es fácil, Enzo. Nada lo es.

—No lo esperaba.

Se queda en silencio, jugando con un mechón de su cabello.

—No puedo quedarme aquí. Daniel, la tienda, los niños… y la boda de Alexis, todo eso me está esperando y no puedo quedarme aquí, viviendo una historia que me encantaría que se hiciera real.

No sé si lo dice como un regalo o una condena. Oírla decir que quiere quedarse es maravilloso, pero saber que si se queda perderá muchas cosas es horrible, sobre todo si yo soy el culpable.

—¿Y después?

—No lo sé. No puedo pensar en un después.

Quiero decirle que no importa, que será suficiente que se quede un día más. Quiero que se quede siempre, que no tenga que volver a un lugar donde sufre.

Pasamos la mañana en el local, organizando cajas y revisando los últimos detalles. Me he propuesto ayudarla en lo que pueda, aunque eso signifique enfrentarme a su constante «puedo hacerlo sola».

A mediodía, Salem y yo la convencemos de tomarse un descanso. La llevo a la playa, a una cala que encontré hace años, cuando aún trataba de entender qué hacía con mi vida después de perderla.

Ella se sienta en la arena, mirando el mar. Salem corretea alrededor, ladrando felizmente al oleaje.

—Es precioso —dice.

—Lo descubrí por accidente. Siempre he pensado que los mejores lugares se encuentran cuando no los buscas.

Ella me mira, sus ojos se suavizan un poco.

—¿Por qué nunca me buscaste, Enzo?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

—Yo…

No tengo una respuesta clara. Podría decirle que fue por orgullo, por miedo, porque no quería enfrentarme a lo que había perdido. Ninguna de esas razones parece suficiente.

—No lo sé. Supongo que pensé que tú ya habías seguido adelante. Que no tenía lugar en tu vida. Además, tú lo elegiste a él, lo dejaste muy claro.

—Y ahora, ¿qué piensas?

La miro, dejando que la pregunta quede suspendida entre nosotros.

—Que no quiero cometer el mismo error dos veces.

Ella desvía la mirada; sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

Por la noche, después de cenar, estamos sentados en el porche. Salem duerme a nuestros pies, cansado de su día en la playa.

—¿Qué harás cuando te vayas?

Ella tarda un momento en responder.

—No lo sé. Hablaré con Daniel. Intentaré… hacer lo correcto.

—¿Y qué es lo correcto, Irina?

Ella me mira, y por un momento veo algo en sus ojos que me hace pensar que tampoco lo sabe.

—Intento averiguarlo aún.

Quiero decirle que no tiene que hacerlo sola, que estoy aquí, que siempre lo estaré. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

En lugar de hablar, tomo su mano y la aprieto suavemente. Es un gesto pequeño, pero suficiente para recordarnos que, pase lo que pase, al menos tenemos este momento, este día. Y quizá, solo quizá, eso sea suficiente. Irina se sienta en mis piernas y ambos nos quedamos mirando las estrellas, disfrutando de ese silencio que siempre ha sido tan nuestro.

—A pesar de los años, la distancia, las circunstancias y los errores, siempre has sido tú.

Mi corazón se encoge al escucharla. Es lo que necesitaba oír.

—Tengo miedo a que algo cambie, a que dejes de amarme… ahora que todo parece tan real.

—Si la distancia no ha hecho que deje de amarte, nada lo hará nunca.

Capítulo 17



Hoy es el día. Lo sabía desde que llegué, aunque me resulta casi imposible asumirlo. He preparado las maletas con esa sensación extraña de no querer cerrarlas, como si dejarlas abiertas pudiera retrasar lo inevitable.

Daniel me llamó anoche para recordarme que los niños me esperan en Madrid. No lo dijo directamente, pero sé que lo necesita más que nunca. Y yo, cobarde, sigo buscando excusas para no irme.

Enzo me ha prometido que se hará cargo del local. Lo dijo con esa seguridad suya, como si pudiera cargar con el peso del mundo sin pestañear. Yo sé que no es tan sencillo ni para él ni para mí. Y menos ahora que sabemos que nuestros corazones son uno solo.

Él está fuera, junto a su coche, ayudándome a guardar las maletas. Salem está a su lado, observándonos con la cabeza ladeada, como si también supiera lo que está pasando. Enzo deja que me lleve su coche para que pueda volver. Es una astucia para hacerme volver y devolvérselo.

—He terminado de guardarlo todo. —Enzo cierra el maletero con un leve golpe.

—Muchas gracias.

Nos quedamos en silencio, mirándonos sin saber qué decir. Quiero abrazarle, quedarme pegada a él y no soltarle. La realidad se impone.

—Enzo…

—Irina, espera —me interrumpe. Su voz es firme, pero sus ojos tienen una sombra que jamás había visto.

Da un paso hacia mí, y su mano roza la mía antes de sujetarla con fuerza.

—No sé cómo despedirme de ti, no quiero hacerlo… —dice con lágrimas cayendo por sus ojos.

Levanto la mirada, encontrándome con esos ojos que siempre han sido mi refugio.

—Voy a estar aquí, Irina. No importa lo que pase en Madrid, no importa cuánto tardes en decidir. Voy a esperarte.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, nublando mi visión.

—No sé si tengo derecho a pedirte que me esperes.

—No estoy esperando porque me lo pidas. Estoy esperando porque te amo.

Sus palabras rompen algo dentro de mí que había estado intentando mantener intacto todos estos días.

—Desde que volviste a mi vida, tuve que haberme dado cuenta de que jamás te irías.

—De hecho, desde el momento en el que nos conocimos, tuviste que haberlo sabido, mi *enfadica* —dice y da un golpecito en mi nariz.

—Quizás conocernos fue un error, quizás nuestras vidas hubieran sido más sencillas sin…

—Conocerte fue lo mejor que me pasó; perderte, un completo error, y encontrarte ha sido cosa del destino. No quiero perderme las siguientes fases.

—Y dale con el destino…

—Irina, el destino es real y existe, estamos aquí y ahora gracias a él. El destino está escrito, ¿no te das cuenta? Por más años que pasen, nuestros caminos se acaban juntando siempre.

—Pues sí, es cierto que el destino está escrito, no puedo borrarte. Porque tú eres mi destino.

Me acerco a él aún más y sin dudar le beso. Es un beso diferente, con sabor a despedida, con un amor tan grande y profundo que es imposible seguir evitándolo. Ya no puedo ni quiero seguir negando cuánto le amo y que, a pesar de lo que me ha costado, quiero elegirle a él.

—Enzo…, yo… Pase lo que pase, quiero que sepas que no te voy a dejar de…

No me deja terminar. Me abraza fuerte, como si quisiera grabar este momento en su memoria. Yo hago lo mismo, cerrando los ojos y dejando que el tiempo se detenga.

Cuando nos soltamos, no tengo palabras para describir lo que siento. Es un dolor dulce, como si cada parte de mí estuviera siendo arrancada y al mismo tiempo reconstruida.

—Vuelve pronto —dice, con una sonrisa pequeña y sincera.

Subo al coche, cerrando la puerta con manos temblorosas. Salem ladra suavemente desde el porche, como si también quisiera despedirse.

—Adiós… —susurro sabiendo que quizás no vuelva a verlos, porque aún no sé a lo que me enfrento en Madrid.

Conduzco hacia la carretera y veo a Enzo en el espejo retrovisor, de pie frente a su casa, observándome mientras me alejo.

Mi corazón duele. Cada kilómetro que me aleja de él se siente como una herida nueva. Sé que no puedo quedarme. No todavía.

Mientras el paisaje de Rota se desvanece tras de mí, me hago una promesa: algún día volveré. Y esa vez no me iré más.

Capítulo 18



El camino a Madrid se me hace eterno, y cuando entro en la ciudad, siento que el peso de lo que me espera comienza a aplastarme. Respiro hondo, intento concentrarme en que voy a ver mis hijos y en que tengo muchas cosas que arreglar.

Al llegar a casa, Daniel está en la puerta, esperándome. Está más pálido, más delgado que la última vez, y esa visión me golpea como un puño en el estómago. Sonríe con esa calma que ha adoptado desde que supo que no le queda mucho tiempo.

—Bienvenida a casa —dice mientras abre la puerta del coche.

Los niños corren hacia mí con emoción. Isadora me pregunta sobre la playa y sobre Salem. Me quedo parada unos segundos junto al coche, abrazándonos los cuatro, aparentando que todo está bien. Daniel me mira dolido: sabe perfectamente lo que ha ocurrido estos días.

—¿Cansada? —pregunta poniendo una mano en mi hombro.

Un nudo se me forma en la garganta.

—Un poco.

La casa está ordenada, como siempre, pero el ambiente es distinto, como si la tristeza flotara en el aire. Alexis y Edi están allí, sentados en el sofá con una botella de vino abierta en la mesa. Al verme, Alexis salta de su asiento y corre a abrazarme.

—¡Por fin estás aquí! —dice, apretándome con fuerza—. ¡Te hemos echado de menos! ¿Cómo ha ido todo?

—Intenso —respondo sin entrar en detalles.

Alexis parece captar mi tono y me devuelve una sonrisa cómplice.

—Bueno, ahora que estás de vuelta, quiero que sepas que Edi y yo hemos avanzado con lo de la boda. Ah, y los niños ya tienen sus papeles para ser nuestros pajecitos.

Miro a Edi, que asiente con una sonrisa.

—Tiene razón, Irina, serán adorables.

Abrazo a Edi, que también se ha convertido en un buen amigo. Ahora forma parte de esta familia increíble, aunque rota.

Oigo una voz familiar desde el comedor.

—¿No vas a saludar a tu padre?

Me doy la vuelta y ahí está mi padre, de pie con una copa de vino en la mano, mirándome con esa mezcla de ironía y ternura que le caracteriza.

—Papá…

Corro hacia él y le abrazo con fuerza. Hace tiempo que no nos vemos. Desde la enfermedad de Daniel he estado un poco distante con todos, incluyendo al hombre más importante de mi vida, mi padre.

—Me alegra verte —le digo con sinceridad.

—Y a mí también, pequeña. Esa cara tan bonita no puede ocultar el cansancio de estos meses —dice susurrando a mi oído.

Daniel aparece en la sala, con Ian en brazos.

—¿Qué os parece si cenamos juntos? Es tarde, pero podemos pedir algo.

La idea parece entusiasmar a los niños y a Alexis; yo apenas puedo asentir. Mientras los demás deciden qué pedir, me quedo de pie, observando la escena. Daniel hablando con mi padre, Alexis riendo con Edi, y los niños jugando con los juguetes que les he comprado en la playa.

Es una imagen perfecta, pero en mi interior, todo está roto. Porque sé que esto no es lo que quiero, que este hogar se está desmoronando, y que soy la culpable.

Es una imagen preciosa. Todas estas personas se quieren y se respetan, llevamos muchos años juntos y muchas aventuras vividas, aunque hay algo que es diferente: yo. El eje principal de esta familia se está empezando a desmoronar y ya no puedo hacer nada.

Mis ojos buscan a Daniel. Sigue siendo el hombre que me dio todo sin pedir nada a cambio. Aun así, no puedo evitar pensar en Enzo, en su mirada, en su risa, en lo que siento cuando estoy con él.

Mi padre se acerca a mí y coloca una mano en mi hombro.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—No lo sé, papá.

Él asiente, como si entendiera lo que no digo. Aparto la mirada para volver a mirar a mis hijos jugando en el suelo.

—A veces, elegir el camino correcto no es lo mismo que elegir el camino fácil.

Sus palabras se quedan resonando mientras me uno a la mesa con los demás. Mi cabeza está en otro lugar, en otra casa, en otra vida que todavía no sé si tendré el valor de buscar.

—¡La pizza! Qué buena —dice Isadora.

—Me la comeré toda —dice Ian.

Sonrío al ver que mis hijos crecen felices, engañados en una mentira.

Cuando Daniel enfermó, prometí que dejaría de fumar, pero no puedo evitar subir a la planta de arriba y asomarme al balcón para encender un cigarro a escondidas.

Cojo el móvil y decido escribir a Enzo.

He llegado. Te echo de menos. No sé cómo hacer esto sin ti.

Unos pasos detrás de mí me asustan, tiro el cigarro y escondo el móvil con rapidez.

—Sabía que estarías aquí —dice Edi.

—Me has asustado.

Se acerca y me envuelve con su brazo. Contemplamos la ciudad.

—Alexis me lo contó, que estaba Enzo allí…

—Fue horrible, Edi.

—Irina, no soy quién para decirte lo que debes hacer, pero amo a Alexis y sería capaz de cualquier cosa por él, incluso de destrozar la felicidad de alguien si fuese necesario.

No esperaba que fuese tan sincero, tan… ¿egoísta? El amor verdadero es así; cuando sientes ese amor, eres capaz de todo.

—No es tan fácil.

—Lo que no es fácil es que sigas mintiendo a Daniel y a ti misma. Eso no debe de ser fácil en absoluto. Pero ¿escoger tu felicidad al lado de quien amas? Solo tienes que ser valiente para dar el paso a tu felicidad.

Edi me abraza, y siento un poco más de paz, que algunas piezas encajan con delicadeza dentro de mí.

—En los años que te conozco, nunca te había visto tan feliz como cuando hablas de él…

—Él me hace feliz, siempre lo ha hecho.

Capítulo 19

Enzo



La casa está en silencio desde que Irina se fue. Es un silencio que no conocía, un vacío que pesa en el alma. Salem duerme junto a la chimenea, moviendo la cola de vez en cuando, como si aún soñara con los niños que lo llenaron de caricias hace unos días.

Yo no puedo dormir.

He intentado ocuparme de arreglar un estante roto, revisar las cuentas de la tienda, incluso pintar un par de muebles que encontré en el mercado de antigüedades. Todo parece sin sentido. La tienda está lista, las cuentas en orden, y los muebles ya no necesitan más pintura. Lo que no está en orden soy yo.

Mi cabeza no deja de dar vueltas desde aquel día con Irina. Cuando me confesó que Isadora es mi hija, sentí que el suelo bajo mis pies se desmoronaba. No sé cómo lo ocultó tanto tiempo, ni cómo he sido tan ciego para no darme cuenta antes. Ahora todo tiene sentido: nuestras miradas, mi forma de protegerla, incluso la conexión que sentí con la niña desde el primer momento. Ahora me doy cuenta de que esa niña, mi hija, tiene mis ojos.

Ella me lo dijo con lágrimas en los ojos, como si tuviera miedo de mi reacción. Lo único que sentí fue amor. Por ella, por Isadora, por la familia que podríamos haber sido y por la que espero que seamos en el futuro.

Y ahora están lejos.

Me siento en el porche con una copa de vino que apenas he tocado. Desde aquí puedo ver la luna reflejada en el mar, ese mismo mar que me ha dado tanto y que también me ha quitado. Pienso en Irina, en lo que compartimos en tan pocos días, y me pregunto si realmente volverá.

Me prometió que lo haría, que lo intentaría al menos. Que no era un adiós, sino un «hasta pronto». Algo en sus ojos me dijo que estaba tan asustada como yo. Su vida no es fácil, y tengo que ser consciente de que hay mucho en juego, y, sobre todo, mucho a lo que ella debe enfrentarse, a mi pesar, sola.

Cuando estaba con ella, todo parecía sencillo; ahora, las dudas me atacan como olas contra las rocas. ¿Realmente elegirá estar conmigo? ¿Tendrá el valor de enfrentarse a Daniel, a su familia, a todo lo que ha construido? ¿A dejar que su familia actual se rompa para crear una nueva conmigo?

Miro mi teléfono, leyendo su último mensaje, sobre todo la parte en la que dice que me echa de menos. No quiero decirle cuánto lo hago yo, sería presionarla, obligarla a hacer algo para lo que quizás no esté preparada todavía. Simplemente respondí «Yo también», cuando en realidad quería decirle mil cosas más. Pero no puedo hacerlo. Ella tiene que decidir por sí misma, sin influencias, sin promesas. La espera me está consumiendo.

Salem se levanta de su lugar y se acerca a mí, apoyando su cabeza en mi pierna. Lo acaricio distraídamente, agradecido por su compañía.

—Va a volver, ¿verdad? —susurro al perro, como si pudiera responderme.

Salem mueve la cola y me mira con esos ojos tranquilos que parecen decir que sí. Ojalá pudiera creerlo.

Me levanto de la silla y voya la playa. El aire frío de la noche me ayuda a despejarme un poco. Camino descalzo, dejando que la arena me recuerde que estoy aquí, que esto es real.

El viento trae consigo el sonido del mar, y cierro los ojos un momento, imaginando que ella está a mi lado, que no tuvo que irse, que no hay un Daniel ni un pasado complicado que nos persiga, oyendo su risa al jugar con los niños y que Salem corretea mojado por la arena…, todo fruto de la imaginación, la realidad es que ella no está y que quizás nunca vuelva.

Le dejé mi coche porque tendría un motivo para volver, aunque luego no se quedase. Así me aseguraba volver a verla. Ahora hay algo que nos une y nos ata: mi hija, nuestra hija. Pienso luchar por esa niña y por hacerla feliz. Irina ya no puede quitarme esa parte de mí, y espero con ansia poder hablar con Isadora y decirle lo feliz que me hace ser su padre y lo mucho que voy a quererla. A Ian, aunque no sea mío, le querré igual, porque quiero que seamos una familia.

Hace años jamás imaginé que podría formar algo con Irina, y menos cuando negó amarme. Ahora, aunque no sea del todo cierto, somos una familia, lo que me llena el corazón de felicidad. Porque si algo tengo claro es que jamás volveré a renunciar a ella, no me rendiré. Porque la amo, la he amado siempre y quiero amarla hasta que deje de respirar.

Cuando abro los ojos, todo sigue igual.

He decidido esperarla. No importa cuánto tiempo tarde ni lo difícil que sea. He esperado años por una oportunidad como esta, y no voy a dejarla escapar. Estamos más cerca que nunca de poder cumplir

nuestro sueño y de que, por fin, el destino nos regale eso que tanto he deseado: una vida juntos.

Irina volverá. Lo sé. Lo siento.

Y cuando lo haga, estaré aquí, listo para luchar por lo que debimos tener hace tiempo. Ha tardado en darse cuenta y no voy a culparla, pero si algo me ha quedado claro es que ella me ama, y esta vez sus ojos me lo decían a gritos.

«Voy a luchar por nosotros».

Por primera vez vi a una Irina decidida a enfrentarse a todo por nosotros. De lo contrario, no me hubiese dicho que Isadora es mi hija. La conozco, y sé que lo hizo para darme esa pizca de esperanza que quizás me faltaba para saber que ella y yo estaremos juntos.

Cueste lo que cueste, pase lo que pase y pese a quien pese. Seremos felices al fin.

Capítulo 20



Me quedo inmóvil en el salón, con los brazos cruzados mientras observo cómo Daniel apaga la televisión. El silencio es denso y pesado. Los niños ya están dormidos, y la casa está tan tranquila que parece otro mundo comparado con el bullicio de la playa en Rota.

Daniel se reclina en el sofá, más cansado que nunca. Su mirada está fija en un punto cualquiera de la pared, pero él está a kilómetros de aquí. Quizá en otro tiempo, en otro lugar donde las cosas hubieran sido diferentes.

—Irina, siéntate.

Me siento frente a él, demasiado nerviosa como para buscar el contacto visual. Algo importante está a punto de suceder, algo que no estoy preparada para escuchar, pero que llevo temiendo hace tiempo.

—He estado pensando… —comienza con la voz más pausada y seria de lo habitual—. No puedo seguir haciendo esto.

Levanto la mirada de golpe, mi corazón cae en picada.

—¿Haciendo qué? —pregunto en un susurro.

Daniel deja escapar un suspiro profundo y se pasa una mano por el rostro.

—Luchando contra algo que no tiene solución, que quizás nunca la ha tenido.

—No sé de qué hablas —trato de defenderme. Mi voz tiembla.

—No te hagas la tonta… —dice con una firmeza que no deja lugar a dudas. Me mira directamente con sus ojos llenos de tristeza y de una extraña paz—. He estado luchando durante años contra lo único a lo que no puedo ganar, el destino. Vosotros estáis destinados, quizás desde que nacisteis. No puedo hacer nada contra eso.

Abro la boca para decir algo, pero me detengo. Mis pensamientos están tan desordenados que no sé cómo responderle.

—¡No digas eso! —exclamo.

Me levanto del sofá, intentando encontrar una manera de negar lo que acaba de decir.

—No es verdad… No es cierto, Daniel.

—Lo es, Irina —insiste con una calma que me desarma—. Siempre lo ha sido. Solo que yo no quería verlo. Y siento que, si te pido que te quedes conmigo, estoy destruyendo tu felicidad, y eso me mata más que el propio cáncer que tengo.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos, pero me niego a dejarlas salir.

—Yo estoy aquí contigo, Daniel, he vuelto a tu lado. Me comprometí contigo, construimos una familia juntos. Eso no es el destino, eso es elección.

Daniel se pone de pie con un esfuerzo que me rompe el alma. Parece más frágil, como si cada palabra le quitara un poco más de fuerza.

—Te creo, y sé que lo que dices es cierto —dice con suavidad—, pero a veces la elección no es suficiente. Respóndeme a esto: si

pudieras, estarías allí con él, ¿verdad?

—No puedo perderte. —Las lágrimas finalmente caen. Intento ignorar su pregunta; ambos sabemos la respuesta.

—No me estás perdiendo, Irina —me corrige, dando un paso hacia mí—. Siempre he sabido que tu corazón no me pertenecía por completo. Y no te culpo por ello. Enzo siempre ha estado ahí, aunque no estuviera físicamente.

—Esto no es justo —digo sollozando—. No es justo para ti ni para mí ni para los niños.

Daniel me acaricia las manos con las suyas, que están frías, pero firmes.

—Nada de esto ha sido justo —admite—, pero no quiero que cargues con este peso el resto de tu vida. No quiero que pierdas el amor por mi culpa, no quiero que seas infeliz.

Me quedo callada, intentando analizar esta conversación y buscando las mejores palabras con las que expresar mi dolor.

—Irina, te mereces un final feliz, y ambos sabemos que yo no formo parte de él.

—Tú siempre has sido mi final feliz, Daniel…

—No, cariño —dice poniendo una mano en mi mejilla—. Ambos hemos querido que así fuera, pero siempre has estado destinada a Enzo, y perdona por querer que tu final feliz sea con otro hombre, pero tú eres tu único final feliz, y nunca te he visto tan feliz como cuando él está cerca… —dice con voz agotada.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto con la voz quebrada—. ¿Qué pasa con lo que tú sientes?

Daniel sonríe. Es una sonrisa triste, resignada.

—Yo solo quiero que seas feliz, Irina. Y sé que tu felicidad no está aquí, conmigo.

No puedo contestarle. Mi garganta está demasiado cerrada, mi cabeza inundada de emociones que no sé manejar.

Daniel me abraza, y yo me aferro a él como si fuera la última vez. Sé que, en cierto modo, lo es.

—Ve con él —me susurra al oído—. Hazlo por ti, por mí, por los niños. Por encima de todo, hazlo porque el destino no espera.

Sus palabras se quedan grabadas en mi mente, como una marca que nunca desaparecerá. Y mientras me aferro a él, llorando a lágrima viva.

Por primera vez, Daniel me está dejando libre. Y eso duele más que cualquier otra cosa.

—No puedo irme, Daniel… Tenemos que seguir luchando juntos. Mi hogar está aquí, contigo y con nuestros hijos.

Daniel se separa de mí, pero sus manos permanecen en mis hombros. Su mirada, llena de ternura y agotamiento, parece atravesarme. No hay reproches en sus ojos, solo una serenidad que no alcanzo a comprender.

—Irina, ambos sabemos la verdad… sobre Isadora.

Me tenso, incapaz de imaginar qué podría ser más doloroso que la conversación que acabamos de tener.

—Hace años que lo sé —continúa sin apartar la vista de mí—. Sé que no es mi hija.

Mi corazón se detiene. Las palabras se cuelan como cuchillos en mi pecho, dejándome sin aire.

—No…, no puede ser —balbuceo, apartándome de él—. ¿Cómo…?

—Desde el principio —me interrumpe con una calma que me desconcierta—. Cuando nació Isadora, cuando vi sus ojos, su sonrisa…, supe que no era mía. Tiene los mismos ojos que Enzo, esos que derrochan esperanza. Cuando la miré por primera vez,

supe que ya había visto esa mirada, y entonces caí en la cuenta de que los había visto en ese hombre al que amas.

Llevo una mano a mi boca. No sé qué decirle, cómo explicarme.

—Luego encontré cartas que escribiste y jamás enviaste confirmándole que era suya, pero no me enfadé —continúa, dándome un respiro que no merezco—. Nunca lo vi como una traición, porque entendí lo que había pasado entre tú y Enzo. Y entendí que, a pesar de todo ese amor tan grande y de lo que compartíais, me elegiste a mí. Y eso me hizo tener esperanza, porque era suficiente que decidieses compartir tu vida conmigo, era lo que quería.

Daniel da un paso hacia mí, acercándose lo suficiente para que no pueda escapar de su mirada.

—La quiero como si fuera mi hija —dice con una firmeza que me hace temblar—. Siempre lo he hecho, desde el momento en que la cogí por primera vez. Isadora es mía, no por sangre, sino porque así lo decidí. Y eso me llena el corazón.

Mis lágrimas corren libres por mis mejillas ahora, empapando mi rostro mientras trato de encontrar las palabras adecuadas.

—Daniel, yo… lo siento tanto —logro decir. Mi voz es apenas un susurro—. Nunca quise ocultártelo, pero tenía miedo. Miedo de que te alejaras, de que…

—¿Alejarme? —me interrumpe con una sonrisa triste—. Irina, si algo he aprendido en estos últimos años es que no puedes alejarte de las personas que amas, incluso cuando deberías.

Las lágrimas me nublan la vista, pero no puedo apartar la mirada de él. Su fuerza, su generosidad, su amor…, todo me abruma.

—¿Cómo puedes ser tan…? —no termino la frase, porque las palabras no son suficientes.

Daniel me coge las manos de nuevo, y su sonrisa se vuelve más cálida.

—Porque te amo, Irina —dice simplemente—. A ti, a Isadora, a Ian. Ese amor es lo único que siempre ha importado. Lo único que me ha mantenido con vida estos meses.

Mis piernas ceden y me desplomo en el sofá, incapaz de soportar el peso de su bondad. Daniel se sienta a mi lado, colocando una mano en mi espalda.

—Y ahora quiero que hagas lo que siempre has querido hacer. Ve con él, Irina. Esté o no esté aquí para verlo, debes encontrar la felicidad que siempre mereciste. Llévate a los niños y sed felices.

No sé cuánto tiempo pasa llorando juntos, sujetando mi mano con la misma fuerza con la que siempre ha sujetado mi vida. Una cosa es segura: es el comienzo de algo nuevo, algo que ninguno de los dos puede detener.

Y por primera vez sé que lo único que puedo hacer es aceptar su amor, su sacrificio, y tratar de no romperme del todo mientras le dejo ir.

—No voy a irme… Aunque te lo agradezco, no lo haré. Voy a quedarme contigo hasta el final —digo fingiendo una sonrisa.

—Irina… —intenta decir. Pongo mi dedo índice en sus labios para que mantenga la boca cerrada.

Capítulo 21

Enzo



El viento de la tarde entra por la ventana de mi salón mientras Salem duerme bajo mis pies. Llevo horas sentado en el sofá, con el móvil en la mano, sin abrirlo. La última vez que supe algo de Irina fue hace un mes, cuando escribió ese mensaje que se repite en mi cabeza como un eco infinito.

> No podemos seguir con esto, espero que me perdones. Necesito centrarme en Daniel.

Desde entonces, el silencio.

Salem levanta las orejas cuando escucha el motor de un coche acercarse. No tarda en levantarse y correr hacia la puerta, moviendo la cola con entusiasmo. Es Mike. Como siempre, llega acompañado de Aby, quien aparece cargando una caja de cervezas como si quisiera invadir mi espacio de golpe.

—Hola, cabrón —saluda Mike, entrando con una sonrisa forzada. Le conozco demasiado para no notar la preocupación detrás de su tono despreocupado.

Aby me abraza brevemente antes de soltar las cervezas sobre la mesa. Se sienta a mi lado, mirándome con esos ojos intensos que nunca evaden una verdad incómoda.

—¿Cómo estás? —La pregunta tiene un lastre que no puedo ignorar. Coge mi mano y me sonríe.

—Bien —miento.

—No es verdad —responde Aby sin dudar.

Mike se deja caer en el sofá frente a mí, abriendo una cerveza y lanzándome otra.

—Hablemos claro, Enzo. Esto no puede seguir así. Llevas semanas encerrado en ti mismo, esperando a alguien que te dejó claro que no quiere hablar contigo.

—Aprender a esperar no es lo mismo que rendirse —respondo, mirando la lata sin abrir en mis manos.

Mike me observa antes de suspirar.

—Tío, sabemos lo que significa Irina para ti, pero también sabemos lo que te está haciendo esto. Cada día que pasa te consume un poco más.

—Sí, porque es tan fácil decirlo desde fuera, ¿verdad? —respondo con amargura, alzando la voz más de lo que pretendía—. No es tu vida, no son tus sentimientos. Me gustaría verte si Aby te abandonase.

Aby me coloca una mano en el brazo. Su gesto es firme, pero no agresivo.

—Enzo, te conocemos desde siempre. Sabemos cuánto has luchado por ella, y también que, si Irina vuelve, será porque quiere

hacerlo, no porque la estés esperando en este limbo. Pero no puedes poner tu vida en pausa por algo que tal vez no pase.

—Enzo: Aby y yo somos una pareja, hemos construido un hogar y quizás en unos meses te demos la noticia de que vas a ser tío, pero vosotros… En fin, ¿qué historia tenéis?

—La más bonita del mundo. Una historia llena de amor, esperanza y fuerza. Porque jamás nos hemos rendido en volver el uno con el otro.

—Es una pena que a eso lo llames amor. Hermano, me cae genial Irina, pero jamás voy a aceptar elecciones con las que no estoy de acuerdo. Si ella te amase, hace cinco años te hubiese elegido. Enzo, tú la elegirías por encima de todo. Lo siento, no te merece.

—No es tan simple —digo, dejando la cerveza en la mesa y levantándome. Camino hacia la ventana, observando el horizonte, donde el mar se une al cielo—. No es solo esperar, es… ella. Es saber que siempre ha sido ella.

Aby se acerca y se sitúa a mi lado.

—Lo sabemos. Pero lo que estás haciendo ahora no es amor, Enzo. Es castigarte por algo que no está en tus manos. No puedes luchar contra unos sentimientos que no son tuyos, son de ella. Solo Irina puede decidir.

Salem ladra de repente, como si quisiera intervenir en la conversación. El silencio vuelve a reinar. Mike y Aby no insisten.

—Quizás tengáis razón —admito finalmente—. No sé cómo soltar algo que llevo en el corazón desde siempre, y tampoco pienso hacerlo.

Mike se levanta del sofá y se acerca con calma, colocando una mano en mi hombro.

—Eso lleva tiempo, hermano. Mientras tanto, no te olvides de vivir. Porque la vida sigue, con o sin Irina.

La tarde avanza, dejando tras de sí una luz cálida que se refleja en el mar. He terminado con todos los planos del local, con los detalles, las obras y los proveedores. Ella me confió una de las cosas más importantes que tiene, y ahora ni siquiera me escribe para preguntarme por su negocio.

Capítulo 22



Ha pasado un mes desde que le mandé ese mensaje a Enzo. Un mes desde que elegí quedarme aquí, en esta casa que ya no siento hogar, junto a un hombre que se está derrumbando ante mí.

Daniel y yo llevamos días durmiendo en la misma cama, pero con un océano de separación entre nosotros. Fingimos a todas horas. Por los niños, por lo que tuvimos, por ese intento desesperado de sostener lo que ya se ha roto.

Esta mañana, mientras desayunábamos en silencio, Isadora derramó el vaso de leche. Su carita se llenó de lágrimas, como si el desastre fuera mucho mayor de lo que realmente era.

—Mamá, lo siento…, ha sido sin querer —dijo.

La abracé rápidamente, susurrándole que no pasaba nada, que no era su culpa. Ahí fue cuando lo noté. Daniel no se movió, apenas levantó la mirada del café que tenía entre las manos.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja cuando los niños se levantaron de la mesa.

Asintió, pero su cuerpo decía lo contrario. La enfermedad lo está consumiendo. Lo que más duele es que ya ni siquiera intenta

esconderlo. Está cansado de la vida, de mí, de esta mentira que mantenemos por los niños.

—Esta noche podríamos cenar juntos, cuando duerman los niños.

Asentí, aunque sabía que esa cena sería como las demás: llena de palabras sin sentido y miradas vacías.

Por la tarde, después de dejar a Ian haciendo la siesta y a Isadora dibujando en el salón, me encerré en la habitación. Sentada en el borde de la cama, saqué el móvil.

La pantalla me devolvió el mensaje que le envié a Enzo hace un mes.

Y la respuesta que llegó hace un par de días, cuando menos lo esperaba.

> Si vuelves, estaré dispuesto
> a abrirte la puerta.

Aquella noche lloré mientras lo escribía. Sabía que no era justo para ninguno de los dos, pero sentí que era lo correcto. Daniel me necesita. Aunque nuestra relación esté en ruinas, no puedo abandonarle. Es el padre de mis hijos, el hombre con quien construí esta vida.

La verdad es que, por más que luche, no puedo borrar a Enzo de mi corazón. Cada vez que cierro los ojos, veo su sonrisa, escucho su voz, recuerdo el calor de sus brazos en aquel campo de girasoles.

Sé que tarde o temprano volveré a él. Lo sé en lo más profundo de mí. Pero no puedo dar ese paso ahora. No cuando Daniel está luchando para mantenerse de pie. No cuando Isadora e Ian todavía necesitan la ilusión de que sus padres están juntos y felices.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Al abrir, encuentro a Alexis, cargado con una bolsa llena de cosas para los niños.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, observándome con esa mirada que sabe leerme mejor que nadie.

—Nunca interrumpes, tú no —respondo, dejando escapar un suspiro.

Alexis entra y se sienta en el sofá.

—¿Cómo estás?

No tengo fuerzas para mentirle.

—Confundida. Perdida.

—No puedes seguir así, Irina, fingiendo que todo está bien.

—Lo sé —susurro, con la voz quebrada—, pero… ¿cómo puedo irme? ¿Cómo puedo abandonarle ahora, cuando más me necesita?

—No se trata de abandonarle. Se trata de ser honesta contigo misma y con él. Así lo único que consigues es hacer más daño, tanto a Daniel como a los niños y a ti.

Sé que tiene razón. Lo sé, pero saberlo no lo hace más fácil.

Esa noche, mientras los niños duermen y Daniel se queda en el salón viendo la televisión, me siento frente al espejo del baño. Alexis le hace compañía en el salón.

Observo mi reflejo y apenas me reconozco. Hay sombras bajo mis ojos, líneas que antes no estaban. He pasado tanto tiempo intentando ser fuerte para todos que he olvidado serlo para mí misma.

Esta situación no puede durar para siempre. En algún momento tendré que tomar la decisión, enfrentarme a la verdad y aceptar las consecuencias.

Ya sé cuál es la decisión. Solo espero tener la fuerza para llevarla a cabo.

Escucho la conversación de Alexis y Daniel, escondida en las escaleras.

—Sabes que debes dejarla ir —dice Alexis.

—Le dije que se fuera, aunque eso me destrozaría el corazón, pero no quiero retenerla. No quiero que se quede a mi lado por lástima. Yo quería que ambos fuésemos felices, quería un amor de verdad, pero esto… no lo es, Alexis.

—Daniel, siempre has sido mi favorito, siempre he querido que tú e Irina estuvieseis juntos, que fuerais una gran y feliz familia, pero ahora…

—Ahora quieres que ella sea feliz con Enzo, lo entiendo. Incluso yo quiero eso para Irina, quiero que pase los últimos años con él, porque eso la hace feliz, aunque la amo como jamás he amado en este mundo.

—La estás llevando a un pozo sin fondo, Daniel, la estás arrastrando contigo, y sé que ella lo hace porque te quiere, pero sabes que no puede seguir así. Enzo es la mejor opción, ambos lo sabemos, por doloroso que sea.

—¿Ahora eres del «equipo Enzo»?

—No, soy del «equipo Irina», siempre he sido de ese equipo. Ella es más que una amiga, es mi hermana, y para mí es como mi familia, es lo más importante que tengo, junto con Edi y tus hijos. Te juro, Daniel, que lo único que quiero es que mi amiga sea feliz, y sé perfectamente cuál es su felicidad.

—Lo sé, Alexis. Aunque me duela aceptarlo, estamos de acuerdo en que merece lo mejor.

Antes de que sigan con esa absurda conversación, aparezco por el salón para interrumpirles.

—Bueno, ¿vemos una película? —pregunto para que se distraigan.

—Yo me voy a casa. Os vendrá bien estar solos —dice Alexis.

—Te acompaño a la puerta —respondo.

Alexis me guiña un ojo.

—He escuchado todo… —digo.

—Quizás Daniel no te conozca tanto como yo, pero sabía que estabas ahí desde el principio. Necesitaba que escucharas esas palabras, porque lo mereces.

—Alexis…

—Irina, te has pasado años buscando tu lugar, buscando la felicidad y queriendo a Enzo. Has encontrado todas esas cosas en una misma persona. Por favor, ahora que os habéis encontrado, no os dejéis ir —susurra en mi oído.

Abrazo a Alexis con tanta fuerza que incluso me falta el aire. Siempre está dispuesto a escucharme y a entenderme. A veces pienso que mis hijos y yo somos muy afortunados de que alguien como él comparta su vida con nosotros. Mis hijos crecerán felices sabiendo que tienen un padrino tan especial.

Capítulo 23



La terraza del restaurante está tranquila, casi vacía, excepto por algunas mesas ocupadas por parejas mayores y familias con niños pequeños. Desde aquí puedo ver a Isadora e Ian jugando en el parque de enfrente. Sus risas llegan débilmente, un sonido que siempre logra calmarme.

Mi padre está sentado frente a mí, con la mirada fija en la taza de café que sostiene entre las manos. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera pensando en lo que me va a decir.

—Gracias por venir, papá.

Él levanta la vista y me dedica una sonrisa pequeña, de esas que siempre me han hecho sentir bien, incluso en los momentos más difíciles.

—Siempre estoy aquí para ti, Irina. Lo sabes.

Asiento, jugueteando con el borde de mi servilleta. He estado evitando esta conversación desde que regresé de Rota, pero sabía que no podía esquivarla para siempre.

—Papá…, no sé qué hacer —confieso con la voz temblorosa—. Estoy atrapada entre lo que siento y lo que creo que debo hacer.

Él apoya la taza en la mesa y se inclina hacia delante, como si quisiera asegurarse de que le oigo bien.

—Tu corazón siempre ha sido un libro abierto para mí, aunque al principio me costó. Y lo que veo ahora es que estás luchando contigo misma, tratando de convencerte de algo que no es cierto.

—Pero Daniel…

—Daniel es un buen hombre, y siempre le he respetado por cómo ha cuidado de ti y de los niños. Eso no cambia lo que pienso desde hace tiempo.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Le miro con los ojos ligeramente entrecerrados, tratando de descifrar su expresión.

—¿Y qué es lo que piensas?

Él suspira y se pasa una mano por el pelo, que ahora es completamente gris.

—Siento que no has sido verdaderamente feliz desde hace años, Irina. No como lo eras antes, cuando conociste a Enzo.

Mi corazón da un vuelco al escuchar su nombre salir de los labios de mi padre.

—Papá, no es tan simple…

—Nada que valga la pena lo es —me interrumpe nuevamente—. Hace tiempo te dije que hay amores que duran para siempre porque son imposibles. Tú tienes suerte, Irina. Tienes la posibilidad de hacerlo posible.

Bajo la mirada, sintiendo un nudo en la garganta.

—Daniel me necesita. Está enfermo, y no quiero ser la persona que le abandone cuando más me necesita. ¿Qué tipo de persona sería si abandonase a la única persona que ha permanecido a mi lado a pesar de cómo me he portado con él y del daño que le he causado a esta familia?

—Mi niña… —dice con una suavidad que hace que las lágrimas amenacen con brotar—. Amar no siempre significa quedarse, a veces significa ser honesto, aunque duela.

Trago con dificultad y me limpio una lágrima que ha escapado antes de que pueda detenerla.

—Y los niños…

—Los niños necesitan una madre feliz, Irina. No una madre que se sacrifica por una vida que no la llena. Créeme, ellos lo entenderán cuando crezcan.

—Isadora es hija de Enzo…

—¿Cómo dices, hija? —La cara de mi padre cambia por completo. Un gesto en sus ojos me dice que no está tan sorprendido como parece.

—La única persona que lo sabía era Alexis. Bueno, ahora también lo sabe Enzo, y resulta que Daniel lo supo desde el primer momento… Perdona por no habértelo contado.

—Hija, olvidas que tu padre es más listo de lo que crees, algo me decía que mi nieta era demasiado parecida a ese chico que un día encontré en la calle y al que ayudé en su carrera… —dice con una sonrisa.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Por un lado, todo lo que dice tiene sentido; por otro, siento el peso de la culpa, como si estuviera traicionando a la familia que he construido con Daniel.

—Por encima de todo, piensa en lo que realmente quieres, no en lo que crees que deberías hacer —añade, colocando una mano sobre la mía—. Porque, al final, Irina, la vida no espera. Y yo sé lo que es perder el amor de tu vida.

No sé qué responder ante sus sabias y duras palabras.

—Ha pasado mucho tiempo desde que te enamoraste de él y, aun así, mírate. Le quieres incluso más que el primer día. Enzo fue tu

primer amor, y quizás, si así lo deseas, puede ser el último. El tiempo no lo decide, lo decides tú.

—El tiempo solo me ha hecho darme cuenta de lo perdida que estaba y que no he hecho nada por salvarme.

—Quizás tengáis que salvaros mutuamente, de la forma más sencilla que puede haber: encontrándoos de nuevo el uno al otro, como la primera vez que coincidisteis en esta vida.

Isadora e Ian corren hacia nosotros desde el parque. Isadora tiene la cara manchada de chocolate, e Ian sostiene un juguete que algún otro niño probablemente le prestó.

—¡Mamá! ¡Mira lo que he encontrado! —dice Ian, mostrándome el pequeño coche de plástico.

Sonrío, pero mi cabeza sigue atrapada en la conversación con mi padre. Mientras los niños se suben al coche, mi padre se queda un momento más a mi lado.

—Lucha por lo que te hace feliz, Irina —me dice, dándome un abrazo—. Siempre estaré aquí para apoyarte, sea cual sea tu decisión.

Le veo alejarse mientras me quedo junto a la puerta del coche. Dentro de mí, algo empieza a cambiar. Una chispa de valentía que llevaba tiempo apagada.

Quizás, como dice mi padre, es hora de hacer posible lo que siempre creí imposible.

Capítulo 24



Sentados en el sofá del salón, Daniel y yo compartimos un silencio que dice más que cualquier palabra. Sabemos que hemos llegado al punto de no retorno, donde lo que somos y hemos construido como pareja se convierte en una bifurcación.

—Hemos hecho lo mejor que hemos podido, Irina. Pero ha llegado el momento de ser sinceros, con nosotros y con ellos.

—Nunca pensé que pasaría esto, Daniel, que terminaría así… —digo con lágrimas en los ojos—. Tendríamos que haber buscado otra solución, quizás la haya…

—Te quiero, pero no quiero pasarme lo que me queda de vida esperando algo que no va a ocurrir.

—Siempre pensé que acabaríamos juntos, que seríamos felices y que viviríamos nuestro «para siempre».

—Irina, aunque no amases a Enzo, yo me muero. Jamás podría ser tu «para siempre». —Su voz termina de romperse, a la par que mi corazón.

—Tendría que haberte amado, haberme olvidado de él…, pero ¿cómo olvidarme de mí misma? Soy la persona que quiero ser a su

lado.

—En esta vida solo puedes amar a una persona, y lo sé porque yo te amo a ti de la misma forma en la que tú lo amas a él.

Me apoyo en el sofá, intentando analizar la conversación. Daniel parece igual de dolido que yo, incluso más.

—No me arrepiento de nada de lo que hemos vivido juntos, Daniel. Me has hecho feliz hasta que yo te lo he permitido, pero Enzo… siempre será Enzo, lo siento —me atrevo a decirle con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Y por esa razón voy a morir en paz y tranquilo, porque vas a ser feliz, y también nuestros hijos. Puedo irme tranquilo, eso ya es mucho.

—¿Cómo puedes ser tan bueno que deseas mi felicidad aunque no sea contigo?

—Una vez te dije que él había sido tu primer amor, y me equivoqué: él es el amor de tu vida, y yo no soy quién para arrebatártelo.

Le abrazo con fuerza y lloramos. Mi corazón ha sido siempre de Enzo, pero Daniel ha sido el hombre con el que debía envejecer, con el que debía compartir mi vida.

—Vamos, ve a por la pequeña, tenemos que hablar con ella. Cuanto antes os vayáis, antes llegaréis a vuestra nueva vida —dice sonriendo, aunque falsamente.

La idea de explicarle a Isadora la verdad me hace temblar. Durante años construimos una narrativa que ahora se desmorona. No sé cómo reaccionará, pero Daniel tiene razón. Merece saber quién es realmente su padre y por qué nuestras vidas están a punto de cambiar.

—¿Estás seguro de que podemos manejar esto? —pregunto en voz baja.

Daniel me mira con una calma que solo alguien que ha enfrentado lo inevitable puede tener.

—No creo que sea fácil, pero es lo correcto. No podemos seguir fingiendo, ni por nosotros ni por ellos.

Tomo aire y me levanto del sofá. Isadora e Ian están en su habitación, jugando, ajenos al peso de lo que está por venir. Cuando entro, los veo concentrados en un castillo que están construyendo con piezas de madera.

—¿Podemos hablar un momento, cariño? —le pregunto a Isadora, arrodillándome a su altura. Ian mira curioso, pero sigue jugando.

Isadora asiente, dejando sus juguetes a un lado. Tomo su mano y la llevo al salón, donde Daniel nos espera. Su expresión es tranquila, pero sé que está tan nervioso como yo.

—Isa, tesoro —empiezo con cuidado—, papá y yo queremos hablar contigo sobre algo importante.

Ella se sienta en el sofá, abrazando un cojín. Sus grandes ojos me miran con curiosidad y un toque de inquietud.

—¿Es algo malo?

—No, cariño, no es malo —responde Daniel con suavidad—. Es que hay cosas que necesitas saber, cosas que no te hemos contado antes.

La niña frunce el ceño, pero no dice nada.

—Isadora, papá está enfermo. Y aunque queremos estar contigo siempre, hay cosas que están cambiando en nuestra familia.

Ella asiente lentamente, pero puedo ver la confusión en su rostro. No sabía lo que pasaba realmente, y mucho menos la gravedad del asunto.

—Yo siempre seré tu papá, pase lo que pase —dice Daniel—, pero hay algo más que debes saber sobre tu familia.

Me armo de valor y cojo su pequeña mano entre las mías.

—Enzo, ¿recuerdas a Enzo y a Salem?

Sus ojos se iluminan al oír el nombre de Salem.

—Síííííííí —dice sonriente.

—Enzo no es solo un amigo. Es tu papá, Isadora.

El rostro de mi hija pasa de la sorpresa al desconcierto en cuestión de segundos.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser? Papá es mi papá —dice señalando a Daniel.

—Lo soy, cariño. Siempre lo seré —responde Daniel con los ojos llenos de lágrimas—, pero Enzo es quien te dio la vida, y creemos que es hora de que lo sepas.

Ella se queda en silencio, sus pequeños labios están temblando mientras intenta asimilar lo que le estamos diciendo.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —pregunta con una mezcla de tristeza y enfado.

Es tan pequeña que me sorprende cómo puede hablar y expresarse tan bien.

—Porque queríamos protegerte —le explico, acariciando su pelo—. No queríamos que te sintieras confundida o herida. Eres demasiado pequeña…

Sus ojos se llenan de lágrimas, y mi corazón se rompe al verla así.

—¿Y ahora qué va a pasar? ¿Por qué me lo contáis? —pregunta, con un tono que refleja su miedo.

—Vamos a irnos a Rota, a vivir con Enzo un tiempo —le digo, tragando el nudo en mi garganta—. Pero papá siempre estará contigo, pase lo que pase.

Ella niega con la cabeza, las lágrimas cayendo libremente por sus mejillas.

—No quiero que papá esté enfermo…, no quiero que se vaya…

Daniel la coge en sus brazos, abrazándola con fuerza.

—No me voy a ir, cariño. Siempre estaré contigo, de una forma u otra. Quiero que tengas la oportunidad de estar con Enzo y conocerle.

Isadora llora en silencio contra el pecho de Daniel, y yo solo puedo observar, sintiéndome más culpable que nunca. Después de unos minutos, levanta la cabeza y me mira.

—¿Salem estará allí?

La pregunta me coge por sorpresa y no puedo evitar sonreír débilmente.

—Sí, Salem estará.

Ella asiente, limpiándose las lágrimas con las mangas de su camiseta.

—Está bien…, pero quiero volver a casa con papá.

—Lo haremos, cariño —miento y la abrazo—. Ahora es importante que conozcas a Enzo y que podamos estar juntos.

Cuando finalmente se calma, Daniel me lanza una mirada llena de complicidad y dolor. Sé que esto ha sido difícil para él, más de lo que podría admitir.

Esa noche, mientras duermo al lado de Ian e Isadora, no puedo evitar pensar en cómo cambiarán nuestras vidas en los próximos días. Y aunque sé que el camino será complicado, hay una parte de mí que empieza a sentir que estamos haciendo lo correcto.

Capítulo 25

Enzo



El día está gris, no por las nubes. Desde que Irina mandó aquel mensaje, los días han sido como este, plomizos, interminables, llenos de incertidumbre. Intento distraerme en la tienda. Todo me recuerda a ella, a su risa, a su manera de planificar con precisión milimétrica, incluso cuando el caos parece inevitable.

Salem descansa junto a la puerta, atento al menor movimiento. Es como si él también esperara, como si supiera que algo está a punto de cambiar.

—Creo que esta vez me ganaste en paciencia, amigo. —Le acaricio la cabeza.

Dejo el trapo con el que estoy limpiando un estante y me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver el camino que lleva al porche, vacío como siempre. Algo llama mi atención: el sonido de un motor. Me quedo inmóvil, mi corazón está latiendo más rápido.

Cuando el coche aparece al final del camino, siento cómo se detiene el tiempo. Es mi coche, el que se llevó Irina cuando se fue. Salem empieza a ladrar, moviendo la cola como loco, pero yo no me

atrevo a moverme. ¿Será real esta vez? ¿O es otra ilusión de mi mente?

Otro coche aparece detrás. Juraría que es el de Irina. Y quien lo conduce es Alexis, que al parecer no ha venido solo, sino con otro chico; creo que es Edi.

La puerta del coche se abre. Primero baja Isadora. Carga con una pequeña mochila. Ian la sigue, tambaleándose con una maleta que claramente pesa más que él. Y luego la veo a ella. Irina.

Salgo corriendo de casa y me quedo inmóvil, mirándola fijamente, sin articular palabra. Ella encoge los hombros mientras me sonríe. Después observo a la que es mi hija, mi pequeña Isadora. Junto a ella, el pequeño Ian.

Mi pecho se llena de algo que no puedo describir. Es alivio, es felicidad, es amor… Sin pensarlo, salgo corriendo hacia ellos, incapaz de contenerme.

—Irina. —Mi voz sale ronca, casi rota por la emoción.

Ella suelta la maleta que lleva en la mano. Antes de que pueda decir algo, la tengo en mis brazos. Mis labios están buscando los suyos como si fueran la única respuesta que necesito.

Nos besamos. Es un beso cargado de todo lo que hemos callado, de lo que hemos anhelado. Es intenso, desesperado, como si no hubiera un mañana.

—Pensé que no volverías —le susurro cuando nos separamos para tomar aire.

—Lo prometí, Enzo. Siempre cumplo mis promesas, aunque no me guste hacerlas —me dice con lágrimas en los ojos.

Los niños nos miran desde el coche, curiosos, pero también felices. Salem corre hacia ellos, ladrando de emoción, y ambos empiezan a reír mientras juegan con él.

—¿Qué significa esto? —pregunto, aunque la respuesta es obvia.

—Significa que estamos aquí, que he tomado una decisión. —Su voz tiembla ligeramente—. Es difícil, Enzo, pero quiero intentarlo, que estemos juntos. No pienso rendirme, no ahora…

—Eres mi papá, ¿lo sabías?

La voz de Isadora me sorprende y me pilla desprevenido. Creo que tardaré un tiempo en acostumbrarme a una vida juntos, a tener una familia, a ser padre… Pero quiero hacerlo, estar a la altura.

—Así es, pequeña —digo con una sonrisa.

Isadora me abraza, para mi sorpresa. No me resisto, al contrario. La cojo en brazos y beso su mejilla. Ian también quiere otro gran abrazo, y no dudo en dárselo.

—¿También eres mi papá? —pregunta el pequeño.

—Podría serlo si quieres.

—¡Sí! Tengo dos papás —dice contento.

—Nosotros nos vamos —dice Alexis.

—¿No os quedáis a pasar el día? —pregunto.

—Amigo, tengo varias horas de camino a casa, no puedo entretenerme.

—Gracias por cuidar de ella. —Estrecho su mano.

—Yo siempre velaré por Irina, más te vale estar a la altura —dice con un tono amigable y sarcástico, tal como es él.

—Descuida.

—Por favor, ahora que os habéis encontrado de nuevo, no os dejéis ir —dice Alexis abrazándome.

Le devuelvo el abrazo y después se despide de Irina con palabras de amor y cariño. Ambos lloran abrazados.

—Vamos dentro —les digo, cogiendo las maletas—. Estáis en casa.

Mientras los niños corren con Salem por el salón, ella y yo nos quedamos en la puerta, mirándonos en silencio. Por primera vez en mucho tiempo siento que las cosas están donde deben estar.

—Ahora empieza todo, ¿verdad? —me pregunta con voz suave.

—Sí, pero lo haremos juntos —le digo, cogiendo su mano—. Y eso es lo único que importa.

Ese día, por primera vez en semanas, el cielo deja de parecerme tan gris.

—No sé cómo has vuelto, y tampoco sé el motivo, pero me alegra que lo hayas hecho.

—He intentado jugársela al destino en varias ocasiones, y solo me ha hecho darme cuenta de que, al final del día, seguías siendo tú.

La beso, es lo único que puedo hacer. Irina tiene el gran don de dejarme sin palabras, de hacerme perder la noción del tiempo y de que haga que mi cabeza vuele maravillada.

—Te amo, Enzo.

—Te amo más que a mi vida, Irina. Te he amado siempre, desde el primer momento en que te vi. No puedo dejar de amarte, y jamás imaginé que volverías a mi lado, pero gracias.

—Papá, ¿podemos dar un paseo a Salem? —me pregunta la pequeña.

—Claro que sí, cariño.

Me encanta oírla llamarme así, es la prueba de que estos años esperando este momento han merecido la pena. He conseguido tener una preciosa familia, y ahora es lo único que importa.

Capítulo 26



Han pasado varios días desde que llegamos, y aunque todo parece estar en su sitio, mi cabeza no deja de divagar. Los niños están felices. Isadora no se separa de Salem y, aunque al principio le costó aceptar esta nueva vida, ahora la veo más tranquila, más segura. Ian, por otro lado, parece haber nacido para estar aquí. Su risa llena la casa cada vez que Enzo lo carga en sus hombros o juega con él en la playa.

Los matriculamos en un colegio cerca de la casa. Ahora tienen nuevos amigos y se sienten especiales al ser nuevos aquí, algo que me alegra. Me aterraba que no encajasen o que echaran de menos su vida en Madrid. Verles felices me tranquiliza.

Yo también lo estoy, en cierto modo. La tienda está casi lista, y cada vez que miro a Enzo siento esa calidez en el pecho, esa certeza de que estoy donde debo estar. Sin embargo, hay algo que no puedo quitarme de la cabeza: Daniel.

Por las noches, cuando todo está en silencio, pienso en él, en lo que dejamos atrás. En cómo estará afrontando su soledad, su

enfermedad, su dolor. Le conozco demasiado bien y sé que está luchando por mantener a los niños cerca con llamadas y mensajes.

Esta mañana, cuando desayunaba con los niños en la terraza, ha sonado mi teléfono. El nombre de Daniel ha aparecido en la pantalla. Isadora se ha lanzado al móvil antes de que yo pudiera contestar.

—Papá, papá, ¡tenemos que contarte algo! —dice con una sonrisa, llevándose el teléfono lejos de mí.

Se me hace extraño pensar que ella ahora tiene dos padres, dos hombres que harían todo por ella, que la quieren. Tiene suerte de tener a Enzo en su vida, porque cuando falte Daniel, siempre tendrá esa figura paterna, ese hombre que, en realidad, le dio la vida, al igual que a mí.

Ian se acerca curioso, intentando escuchar lo que dice su hermana. Me quedo sentada, observándolos mientras hablan con él. Sus risas llenan el aire, y aunque debería sentirme aliviada de verlos felices, una punzada de culpa me atraviesa.

Enzo aparece por la puerta, sosteniendo un café. Se inclina para besarme en la frente y se sienta a mi lado, mirando a los niños con una sonrisa.

—¿Daniel? —pregunta en voz baja.

Asiento.

—Me alegra que puedan hablar con él. Es importante —dice, y su tono es tan sincero que me sorprende.

—Lo es —respondo, apretando la taza entre mis manos—, pero siento que estoy fallándole.

Enzo no dice nada, solo me observa, y su mirada es tierna y comprensiva.

—Irina, has hecho lo mejor para todos. No tienes que cargar con todo tú sola.

—Lo sé —susurro, aunque no estoy segura de creerlo.

Después de colgar, Isadora e Ian se acercan corriendo.

—Mamá, papá quiere saber si podemos ir a verle pronto —dice Isadora.

—Tal vez en unos días —respondo, acariciándole el cabello.

Isadora asiente, aunque no está conforme con mi respuesta.

Enzo me mira. Los niños vuelven a jugar con Salem.

—¿Quieres ir tú también? —me pregunta, y su tono no tiene reproches, solo una genuina preocupación.

—No lo sé —admito, sintiéndome más vulnerable de lo que me gustaría—. Le echo de menos, Enzo. No como antes; le echo de menos porque fue mi familia, porque fue una parte importante de mi vida.

—Es normal, y está bien —me dice, tomando mi mano entre las suyas—. No estoy aquí para competir con él, Irina. Lo sabes, ¿verdad? Siempre sabré cuál es la posición de Daniel en tu vida, y la asumo, Irina. Yo pretendo ser el hombre con el que quieras estar, pero él siempre será alguien importante.

Una parte de mí siente que es eso lo que he estado haciendo, comparando, midiendo lo que siento por cada uno de ellos. Siempre debatiéndome entre lo que sentía con cada uno de ellos, con lo que cada uno me daba y con lo que me aportaban. Y ahora me doy cuenta de que les he amado a ambos muchísimo, pero de diferentes formas.

Daniel ha sido y será siempre ese hombre que apostó por mí incluso cuando yo no lo hice, el que me regaló años preciosos e increíbles y el que me hizo creer que era capaz de todo. Y Enzo es y será siempre mi gran amor, el hombre que, desde que lo conocí, supe que quería estar con él, el que cada vez que ha aparecido en mi vida ha puesto todo patas arriba y al que estoy segura de que amaré más cada día que pase.

Solo quedan tres semanas para la boda de Alexis y Edi. La idea de volver a Madrid, aunque sea solo unos días, me llena de ansiedad. Sé que allí me enfrentaré a lo que he estado intentando evitar. Daniel, el pasado, las decisiones que me llevaron hasta aquí.

Enzo aprieta mi mano con más fuerza, sacándome de mis pensamientos.

—Vendrás a la boda conmigo, ¿verdad? —le pregunto.

—Por supuesto, no dudes de ello. Siempre estaré en cada momento importante de tu vida, Irina.

—Por eso te amo tanto, Enzo…

—Vamos a la tienda —dice, levantándose—. Hoy toca elegir los últimos detalles, ¿recuerdas?

Le sigo, agradecida por la distracción. Aunque el presente es hermoso, el pasado sigue siendo una sombra que me acompaña. Y tarde o temprano tendré que enfrentarlo.

Capítulo 27



El sol apenas está saliendo cuando Enzo y yo preparamos las mochilas de Isadora e Ian para el colegio. Aunque Ian parece emocionado, Isadora está más callada de lo habitual.

—Mamá, ¿crees que me lo pasaré bien hoy? —me pregunta mientras le ato los cordones de los zapatos.

—Claro que sí, cariño. Además, Salem y yo estaremos esperándote cuando salgas —le digo, acariciándole el pelo y viendo cómo su rostro se ilumina un poco.

—¿Y papá?

Enzo aparece en la puerta con Salem atado a su correa. Ian corre hacia él. Enzo ya forma parte de nuestra rutina, como si siempre hubiera estado aquí.

—Por supuesto que estaré —responde con una sonrisa.

El camino al colegio es tranquilo. Enzo conduce mientras los niños cantan en el asiento trasero. Salem también va con nosotros, mirando curioso por la ventana. Al llegar, los niños nos dan un beso rápido antes de entrar en el colegio. Ian se despide agitando la

mano, Isadora se da la vuelta una última vez y nos lanza una sonrisa tímida que me llena de orgullo y nostalgia.

—Podría acostumbrarme a esto —dice Enzo poniendo su brazo sobre mis hombros.

—Más te vale que lo hagas. Al menos hasta que cumplan los dieciocho, seguiremos haciendo esto cada día.

—Bien, mamá del año —dice Enzo de regreso al coche—. Ahora nos toca a nosotros trabajar. ¿Lista para enfrentarte a tu primer día como jefa?

—Siempre —respondo con voz de mando.

Llegamos a la tienda justo cuando el reloj marca las nueve. Todo está impecable, desde los escaparates llenos de luz hasta los nuevos muebles que elegimos juntos. Respiro hondo mientras abro la puerta por primera vez, dejando que el aire fresco del mar inunde el espacio. Enzo ha convertido esta tienda en algo maravilloso, es exactamente lo que quería y lo que soñaba.

—No hay vuelta atrás —digo más para mí que para Enzo.

—Eres la mejor empresaria y persona que he visto en mi vida —me responde, guiñándome un ojo.

El día comienza con calma, y pronto se llena de movimiento. Los primeros clientes entran con curiosidad, y, para mi sorpresa, las horas pasan volando. Cada vez que miro hacia la caja, veo a Enzo sonriendo, ayudando a alguien o cargando bolsas. Es como si este lugar también fuera suyo, como si siempre hubiera formado parte de todo esto.

Los recuerdos de ambos montando el primer local me envuelven. Qué felices fuimos construyendo aquello. Vernos ahora, muchos años después, en otra tienda y juntos, me hace feliz.

A media tarde, mientras organizo algunas prendas en los estantes, mi teléfono suena. Es Alexis.

—¿Cómo va todo por allí, mi supercampeona? —pregunta con su voz llena de entusiasmo.

—Increíble, la verdad. El día ha sido mejor de lo que imaginaba —le digo mientras sigo colocando ropa.

—Me alegro mucho, preciosa. Aquí también vamos bien. La tienda de Madrid no ha parado, aunque… te necesita, igual que yo.

—Yo también te echo de menos, ya lo sabes. Pronto estaré allí para el gran día, ¿te acuerdas de que te casas?

Él se ríe, aunque luego su tono cambia a uno más serio.

—¿Y Enzo? ¿Cómo estás manejando las cosas con él y con Daniel?

Suspiro, apoyándome en el mostrador.

—Es complicado, Alexis. Daniel sabe que esto se está acabando, pero eso no lo hace menos doloroso. Y Enzo…, con él todo es tan natural y tan fácil que a veces me asusta.

—Es normal, pero no puedes seguir viviendo dividida entre dos mundos. Has tomado una decisión, y ahora tienes que mantenerte firme en ella. Y te aseguro que la decisión que tomaste es la correcta.

—Lo sé, Alexis, aunque a veces tengo miedo, porque mi vida ha cambiado tanto en cuestión de semanas… Cuando pensaba que mi vida era perfecta y estaba llena de paz…, Enzo volvió. Y mírame ahora: estoy viviendo en Rota con él y he abandonado a Daniel —digo en voz baja para que Enzo no me oiga—. Nunca pensé que sería capaz de hacer daño a Daniel, intenté con todas mis fuerzas olvidarme de Enzo. No pude…

—Y eso te hace especial y única: has luchado contra tus sentimientos, a pesar de saber que siempre le amarías, y te admiro por ello.

—Te quiero, eres el mejor del mundo —digo sonriendo al otro lado del teléfono.

—Te adoro, hermana.

Me encanta cuando me llama así, porque para mí lo es. No diré que haya ocupado el lugar de Fran, porque es imposible, pero tenerle hace que el dolor de haber perdido a mi hermano sea más llevadero.

A veces me gustaría saber qué opinarían mi madre y Fran ante la decisión que he tomado. Me pregunto si estarían orgullosos de mí, aunque mi padre intenta convencerme de que sí cada vez que le pregunto. Dice que, si él lo está, cómo no iban a estarlo ellos.

Colgamos poco después, y sus palabras se quedan conmigo. Miro hacia la caja, donde Enzo está ayudando a una clienta con una sonrisa que hace que mi pecho se llene de calidez.

Cuando el reloj marca las ocho, cerramos la tienda y salimos juntos, cansados, pero satisfechos.

—Hoy ha sido un gran día —dice Enzo al echar el cierre.

—Lo ha sido, contigo no hay malos días —respondo. Mis palabras son sinceras, aunque en el fondo todavía siento el poso de la conversación con Alexis.

Vamos a recoger a los niños, que salen corriendo hacia nosotros. Enzo coge a Ian en brazos. Isadora me cuenta emocionada lo que ha hecho en el colegio.

Mientras caminamos hacia casa, bajo la luz del atardecer, me doy cuenta de algo: aunque el pasado todavía es un lastre, cada día aquí me acerca más al futuro que realmente quiero.

—Papá, ¿me ayudas a hacer un dibujo? —pregunta Isadora.

—Pues claro que sí, tesoro.

Capítulo 28



El sonido de la voz de Daniel al otro lado del teléfono me trae una mezcla de nostalgia y tristeza. Estoy sentada en la habitación, con la puerta entreabierta para oír a los niños mientras juegan en el salón. Sé que esta llamada es importante y no puedo evitar sentir un nudo en el pecho cada vez que hablamos.

—¿Cómo van las cosas por allí? —pregunta Daniel con ese tono pausado que últimamente le caracteriza.

—Los niños están bien. Ian está encantado con su profesora. Ya tiene varios amigos con los que juega en el patio. Isadora aún está un poco más reservada, pero es cuestión de tiempo, ya la conoces —respondo, mirando a través de la ventana la luz del atardecer que se cuela por los edificios de las calles de Rota.

—¿Y tú?

La pregunta me coge por sorpresa, como si de verdad quisiera saber cómo estoy.

—Bien. La tienda va mejor de lo que esperaba. Alexis y yo hablamos todos los días, y Enzo…

Me detengo, mordiendo el interior de mi mejilla. No sé si es necesario mencionarle.

—¿Enzo? Claro, ¿cómo está él? Imagino que acostumbrarse a la vida en familia después de tantos años en solitario no es fácil.

—Sí, me está ayudando con todo. Es muy bueno con los niños.

Silencio, no sé si incómodo o simplemente pausado. Cambia de tema, como si quisiera ahorrarnos una conversación para la que ninguno de los dos está preparado.

—Quería contarte algo. Hoy he tenido sesión de quimioterapia. Ha ido… mejor de lo esperado.

Me apoyo contra el respaldo de la silla, aliviada.

—Me alegra escuchar eso, Daniel. De verdad.

—Ya sabes cómo es esto, Irina. Hay días buenos y días malos. A veces siento que estoy perdiendo la batalla, luego pienso en los niños… y en ti. Entonces me entran ganas de luchar, aunque sé que no vale la pena; cada vez me queda menos tiempo…

Me muerdo el labio para no llorar.

—Estamos aquí para ti, Daniel. Siempre lo estaremos.

—Lo sé, Irina. Y sé que no es fácil para ti estar lejos y controlar la situación. Estoy bien. Quiero que aproveches este tiempo con ellos. Te fuiste para ser feliz y no quiero que pierdas la oportunidad.

—Sí, claro… —respondo, aunque hay tanto que me gustaría decir.

—¿Cómo está Ian con Salem? ¿Ya se cree que es el dueño del perro?

Río suavemente, imaginándome a Ian paseando a Salem como si fuera suyo.

—Está encantado. Dice que deberíamos haber tenido un perro nosotros en Madrid. Tendrías que verle, no le deja en paz —digo riéndome.

—Ya me lo imagino… —responde, y por un momento recuperamos la complicidad de antes, aunque sea en medio de esta ruina.

Cuando colgamos, me quedo mirando el móvil unos segundos, perdida en mis pensamientos. Daniel es fuerte, mucho más de lo que yo sería en su lugar. También sé que carga con un dolor que no me deja ver.

Un suave golpe en la puerta me saca de mi ensimismamiento.

—Entra —digo, acomodándome en la silla.

Enzo aparece en el marco de la puerta con un girasol en la mano y una sonrisa que ilumina la habitación.

—Tu flor favorita —dice, extendiéndomelo.

Me levanto y acaricio la flor entre mis manos. El simple gesto me llena de una calidez que hacía tiempo que no sentía.

—Gracias, sabes que adoro esta flor —susurro, sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque sé que él no se lo cree.

—He hablado con Daniel —admito mientras giro la flor entre mis dedos—. Está en medio de sus sesiones de quimioterapia. Parece estar bien, pero… ya sabes cómo es.

Enzo se acerca y me coge de la mano.

—No tienes que cargar con todo tú sola, Irina. Estoy aquí. Sé que te lo digo siempre, pero es verdad… No estás sola, nunca lo has estado, mi amor —dice, y me besa en la frente.

Le miro, agradecida por su apoyo incondicional. Enzo no intenta darme soluciones ni minimizar lo que siento, solo está presente.

Me respeta a mí y a mi espacio, se mantiene al margen de las decisiones que tomo y de cómo manejo mi vida. Para mí es más que suficiente. Saber que está ahí y que tengo ese amor tan grande es todo lo que puedo pedir.

—¿Los niños? —pregunto, queriendo cambiar de tema.

—Están jugando a ser piratas con Salem. Ian insiste en que el perro es el capitán.

Río, imaginándome la escena.

—Ven, vamos con ellos —dice Enzo, guiándome al salón.

Al entrar, Ian está subido en el sofá con una espada improvisada. Isadora intenta colocarle un pañuelo a Salem como si fuera parte de su disfraz. La escena me arranca una sonrisa, recordándome lo afortunada que soy de tenerlos.

Enzo me mira desde el otro lado del salón, y con un simple gesto me dice que no estoy sola y que juntos podemos con todo.

Le sonrío y lanzo un beso al aire. Hace el gesto de cogerlo y llevarlo a su corazón.

—Voy a preparar la cena —dice.

Yo me siento en el suelo a jugar con los niños.

Capítulo 29

Enzo



Estoy en la habitación, terminando de cerrar una de las maletas cuando oigo la risa de Ian en el pasillo. El sonido me calma un poco, aunque no lo suficiente. Sé que este viaje a Madrid será complicado. No lo hemos hablado mucho, y sé que Irina también está nerviosa.

Los niños, sin embargo, parecen emocionados. Ian lleva días hablando de la boda, preguntando si habrá un pastel tan grande como el de las películas. Isadora, por otro lado, parece más preocupada por su vestido rosa y por asegurarse de que Salem estará bien mientras estamos fuera.

—¿Está todo listo? —pregunta Irina, entrando en la habitación con un vestido verde en las manos.

La miro un momento, dejando que la imagen se quede grabada en mi memoria. Es curioso cómo ella siempre parece tener todo bajo control.

—Casi —respondo, señalando la maleta—. Solo faltan tus cosas.

Asiente, colocando el vestido cuidadosamente sobre la cama antes de sentarse a mi lado.

—¿Estás bien?

—No lo sé, Irina. La verdad es que no puedo evitar pensar en Daniel.

Ella baja la mirada, jugando con el anillo que lleva en el dedo.

—¿Por qué?

—No sé cómo enfrentarme a él. Sé que no es algo que tú ni yo hayamos planeado, pero a veces siento que le he quitado algo muy especial…

Irina niega con la cabeza, colocando una mano sobre la mía.

—No pienses así. Daniel y yo hemos tenido nuestra historia. Lo nuestro no tiene nada que ver con eso. Lo nuestro es un amor capaz de vencer todo. Nuestro amor puede derribar todas las barreras que haya en el camino.

Aunque sus palabras son sinceras, no me quitan la sensación de culpa. Daniel está luchando contra una enfermedad que tarde o temprano le quitará todo, y yo estoy aquí, formando parte de una vida que antes era completamente suya.

—Es solo que… él está enfermo, Irina. Y no puedo evitar sentir que soy el villano de esta historia.

Irina sonríe con tristeza, acariciando mi mano.

—No eres ningún villano, Enzo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y lo mejor que les ha pasado a los niños. Eres un héroe, el mío.

Esa última frase me golpea con fuerza. En el último mes, Isadora e Ian se han vuelto el centro de mi mundo. Isadora, sobre todo, parece haber encontrado en mí algo que nunca imaginé poder darle. Cada abrazo, cada beso que me da, es como un recordatorio de que estoy haciendo algo bien.

—¿Y los niños? ¿Están listos?

—Ian está jugando a ser un ninja en el pasillo. Isadora está intentando meter a Salem en una maleta porque dice que no quiere dejarlo solo.

Sonrío, imaginándome la escena. Salem ha sido un puente entre todos nosotros, un punto de conexión que me recuerda lo importante que es la familia.

—Si quieres, termino de cerrar esto y voy a ver cómo están.

Irina se levanta de la cama para sacar los últimos detalles que quiere llevar al viaje.

Cuando salgo de la habitación, encuentro a Ian corriendo por el pasillo con una cinta atada a la cabeza. Isadora está sentada junto a Salem, acariciándole las orejas.

—¿Estáis listos para ir a Madrid? —les pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

—Sí, pero Salem no quiere quedarse solo —dice Isadora, mirándome con esos ojos grandes y llenos de ternura que se parecen tanto a los míos.

—Prometo que estará bien. Le dejaremos con alguien que lo cuidará mucho, ¿de acuerdo?

Ella no parece convencida del todo. Me agacho a su lado, colocando una mano en su hombro.

—¿Sabes qué? Cuando volvamos, podemos llevarlo a la playa. Seguro que le encantará correr por la arena.

Esa promesa parece tranquilizarla, y me da un abrazo antes de levantarse para ir a buscar su mochila.

Mientras la veo marcharse, siento que una parte de mí empieza a calmarse. No será fácil enfrentarse a Daniel, pero por Irina y los niños estoy dispuesto a hacerlo. Pase lo que pase, quiero que esta familia funcione, y haré lo que esté en mi mano para conseguirlo.

El teléfono suena. Es Mike.

—Hola, hermano, ¿qué tal siendo el padre del año?

—Mejor que nunca, o al menos eso intento.

—Estás a la altura Enzo, deja de preocuparte. Te llamo para informarte que pasaremos la semana que viene a verte —dice con un tono de voz extraño.

—¿Pasa algo, amigo?

—No. Todo está bien.

Oigo la voz de Aby por detrás, y eso me hace añorarles. Para mí son como de la familia, ambos se han preocupado siempre por mi bienestar y mi felicidad. Y, gracias a su boda, creo que ahora Irina y yo estamos viviendo esta preciosa, aunque extraña historia.

—Os echo de menos —digo.

—¡Madre mía! Desde que eres padre te has vuelto un blando. ¿Desde cuándo hablas tan bonito? —dice bromeando.

—Eres idiota, tengo que dejarte. Nos vamos a Madrid a la boda de nuestros amigos. Hablamos en unos días. Avísame cuando vayáis a venir. Ahora tengo menos hueco en casa y tendré que poneros un colchón inflable.

Esta casa es perfecta, la construí con amor e ilusión pensando en Irina, y ahora vivimos felices en ella, pero veo que se nos queda pequeña. Los niños se merecen algo más, y me asusta no poder darles lo que merecen. En Madrid vivían en una casa mucho más grande y con mejores condiciones. Su vida, en ese sentido, ha empeorado, y no me gusta.

—Amor, ¿todo bien? —Irina me trae de vuelta a la realidad con su pregunta.

—Claro, genial —miento; no quiero preocuparla.

—De acuerdo… Si pasa algo, no dudes en contármelo. Quiero saber lo que te preocupa, lo que te entusiasma… En fin, todo —dice, y después besa mi mejilla.

—Bueno, una nueva aventura juntos. ¿Qué nos deparará?

—Felicidad, siempre felicidad —dice sonriendo.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Eras una *enfadica* y una gruñona… Y ahora, mírate, eres una mujer amable y buena, has crecido y cambiado tanto… A veces siento haberme perdido cosas de ti.

—Me has visto en todas las épocas de mi vida y, aun así, sigo queriendo que me veas en todas las que me quedan. Soy quien soy gracias a ti, Enzo, quiero que lo sepas.

—Quiero morir el día de mañana sabiendo que nuestras cenizas estarán juntas en el mar.

—Te quiero, estaremos juntos para siempre —dice mientras los niños gritan impacientes para que nos vayamos.

—Venga, vamos. Nuestros pequeños están deseando adentrarse en el viaje.

—Enzo, una vez me dijiste que era tu Magari y no lo entendí. Ahora puedo decirte que tú también eres el mío.

Capítulo 30



El sonido del coche al detenerse frente a la casa donde va a celebrarse la boda de Alexis y Edi me devuelve al presente. Tras horas de viaje, mi corazón late con fuerza desbocada. No sé si son los nervios por la boda, por ver a Daniel o por lo que este reencuentro significa.

Es increíble, precioso y enorme. Han escogido un sitio divino para la boda, en mitad del campo, en un pueblo de Madrid. Todo lleno de árboles y flores, con un aroma a naturaleza que envuelve.

—¡Hemos llegado! —exclama Ian desde su asiento, estirando las manos hacia Salem, que viene en el asiento trasero con Isadora.

Enzo y yo no tuvimos más opción que ceder ante los lloros de Isadora e Ian por llevarnos a Salem. Así que tuve que llamar a Alexis y preguntarle si podía venir el perro con nosotros. Sabía que no habría problema, pero quería asegurarme. Al fin y al cabo, Salem es uno más en esta familia y estamos felices de que haya venido con nosotros.

La casa está decorada con luces en las ventanas y flores en el jardín, como si la emoción de la boda ya hubiese empezado a

derramarse por todos los rincones. Me bajo del coche y ayudo a los niños a salir mientras Enzo saca las maletas del maletero. Está callado, más de lo habitual. Sé que está nervioso, y yo también.

—¡Amores! —grita Alexis, saliendo a recibirnos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tío Alexis! —gritan emocionados los niños corriendo a abrazarle.

Me sorprende lo feliz que parece. Su energía siempre ha sido contagiosa, pero hoy brilla aún más.

—¡Alexis! —Corro yo también a abrazarle, dejando a Salem con Enzo.

—Llegáis justo a tiempo. Edi está dentro con las listas de las cosas que faltan para la boda, y yo estaba empezando a pensar que necesitaríamos refuerzos.

Río, aunque mi atención se desvía a Enzo, que está detrás de mí, saludando a Alexis con un apretón de manos y un fuerte abrazo. Hay algo raro en la forma en que se miran, como si compartieran un secreto que no quieren contarme.

Ha sido difícil para Alexis perdonar el dolor que me causó Enzo cuando se marchó, pero, al vernos felices a los niños y a mí, no ha dudado de que era la decisión correcta. Sé lo mucho que Alexis y Edi quieren a Daniel, pero me quieren más a mí y siempre han velado por mi felicidad; por eso adoran a Enzo, porque saben que somos más felices que nunca.

Alexis pasó noches en vela conmigo mientras lloraba por Enzo, se tragó el duro trabajo en la tienda, luego afrontó conmigo el embarazo, la infidelidad contra Daniel, las dudas en mi relación, y ahora estamos aquí, en su boda. Y eso significa que, a pesar de todo, siempre estaremos juntos. Le quiero y, sin duda, es parte de mi familia, al igual que yo para él, y por eso se ha esforzado en

aceptar a Enzo. Porque sabe que no solo fue su culpa cuando se fue, sino que también tuve culpa al no decirle lo que sentía y animarle a irse.

—Vamos, pasad. Dejad las maletas. Luego os enseñamos las habitaciones.

Entramos en la casa. Es un caos: trajes colgados por todas partes, flores en jarrones, cajas con decoraciones apiladas en las esquinas. A pesar de la confusión, hay una energía cálida que me hace sentir que estamos en un lugar acogedor.

—¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta Alexis, cogiendo a Ian en brazos.

—Largo, pero bien. Los niños se portaron genial. —Mis ojos se cruzan con los de Enzo, quien parece perdido en sus pensamientos.

—¡Edi! —grita Alexis a la cocina—. ¡Ven, ya están aquí!

Edi aparece con un delantal manchado de harina y una sonrisa tan grande como la de Alexis. Se apresura a abrazarme y luego saluda a Enzo con la misma calidez.

—¡Por fin! Pensábamos que os habíais perdido.

—No sería tan raro con Enzo conduciendo —bromea Alexis, lo que provoca una carcajada en Edi.

—Bueno, ya estamos aquí —respondo, intentando no parecer demasiado tensa—. ¿En qué podemos ayudar?

—Por ahora, relajaos. Los niños pueden ir al jardín, y vosotros podéis descansar un poco. Irina, mañana necesito tu ayuda con los centros de mesa.

—Por supuesto. Estoy deseándolo.

Edi y Alexis nos conducen al salón donde se celebrará el baile. Enzo está cada vez más callado. Algo está pasando, no sé qué.

Los niños corren tras Salem mientras Alexis y Edi están dentro organizando cosas para la boda. Enzo y yo estamos sentados en una

de las mesas del jardín, observándolos.

—Estás callado —le digo, volviéndome a él para cogerle de la mano.

—Estoy nervioso —admite con una media sonrisa.

—¿Por la boda o por Daniel?

—Por Daniel. Y por ti.

—Todo irá bien. Él es fuerte, y nosotros… lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

—¿Y si no es suficiente?

—Lo será —digo queriendo creer en mis palabras.

Los niños se han quedado dormidos en el sofá, agotados de tanto jugar. Enzo y yo estamos ayudando a Alexis y Edi a recoger, aunque no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que algo me están ocultando.

—¿Estás bien? —me pregunta Alexis, acercándose con una caja de decoraciones.

—Sí…, solo cansada.

Me mira con esa cara que pone cuando sabe que estoy mintiendo, pero no dice nada. Me sonríe y me da un suave golpe en el hombro.

—Vamos, ve a descansar. Mañana será un día largo.

Subo las escaleras en silencio, dejando a Enzo con Alexis. Cuando llego a la habitación, veo las maletas aún sin abrir. Me siento en la cama, dejando que la fatiga del día me abrume. Intento escuchar su conversación, pero no lo consigo.

Sé que estoy cerca de algo grande, algo que cambiará todo de nuevo. No sé si estoy preparada.

Edi entra en la habitación y se sienta en la cama conmigo.

—Hola, pequeña —dice tumbándose en mis piernas para que le acaricie la cabeza.

—¿Cómo está uno de mis novios favoritos?

—Nervioso, pero emocionado. Mañana hay que terminar y estoy feliz por compartir mi vida con Alexis. Es lo mejor que tengo en la vida, aunque eso ya lo sabes, porque veo cómo miras a Enzo y sé que sientes lo mismo.

—Así es, no imagino mi vida sin ese hombre. A veces pienso que todas las piedras que nos ha puesto el camino han sido para poner a prueba nuestro amor…

—Y ese amor lo ha podido todo —dice terminando mi frase.

—Hace diez años no imaginaba esto: tener dos hijos maravillosos, compartir mi vida con el hombre al que amo y tener dos amigos como vosotros… Me siento demasiado afortunada.

—Irina, te he visto luchar contra viento y marea desde que te conocí. Te mereces esto y mucho más.

Enzo aparece en la habitación.

—Los niños ya están en la cama, dormidos y arropados. He dejado la ventana abierta, porque hace calor —dice sentándose también en la cama.

—Eres un padrazo —dice Edi sonriendo.

—El mejor —recalco yo.

Enzo nos sonríe y Edi se levanta de la cama. Me da un beso en la mejilla y posa su mano en el hombro del hombre al que amo.

—Descansad, voy a ver qué está haciendo el desastre de mi prometido.

—¡Te queremos! —digo antes de que salga.

Capítulo 31



Nos levantamos y desayunamos todos juntos en la cocina. Una voz familiar resuena por los pasillos.

—Hola, ya estoy aquí.

Es mi padre.

Los niños y yo nos levantamos corriendo de la silla para reencontrarnos con él. Al verle, mis hijos corren a sus brazos.

—¡Yayo! —gritan felices.

Mi padre se agacha para abrazarles mientras yo me mantengo separada para que puedan disfrutar del momento. Mi padre ha envejecido mucho, quizás demasiado para lo que me gustaría admitir, pero aún tiene esa esencia que tanto le caracteriza: esa gran sonrisa y esa fuerza que veo en sus ojos.

Al llegar mi turno, abrazo a mi padre con fuerza. Al estar separados, le echo mucho más de menos. A veces me hace mucha falta en Rota, pero intento no decírselo demasiado, ya que no quiero preocuparle. Sé que mi padre sería capaz de dejar su vida en Madrid si se lo pidiese.

—Hola, mi vida —dice abrazándome aún.

—Papá… Cómo me alegra verte.

—Y a mí verte a ti y a los niños. Por cierto, ¿dónde está mi yerno?

—Aquí estoy —dice la voz de Enzo a mi espalda.

Ambos se abrazan también. Comparten una gran historia: ambos se han ayudado mucho mutuamente. Es un honor y una felicidad tremenda para mí saber que, a pesar de los años y de las cosas malas, siguen manteniendo ese vínculo de una forma u otra.

El día ha sido un torbellino. Flores por aquí, velas por allá, vestidos colgados de las puertas y niños corriendo por la casa. Alexis y Edi no han parado ni un segundo. Su felicidad es contagiosa. Mis hijos, en cambio, parecen ajenos a este caos. Han pasado el día entero jugando con el perro y con mi padre, que no puede estar más contento de tenerlos tan cerca. Me llena el corazón verlos así, tan felices y despreocupados.

La noche llega sin previo aviso, arrastrándonos a todos con el peso del cansancio. Los niños caen rendidos en la cama, mi padre se retira a dormir temprano, Alexis y Edi siguen en la cocina ultimando detalles para mañana. Enzo me acompaña a nuestra habitación, y aunque intento convencerme de que el sueño vendrá, no es así.

Doy vueltas en la cama. Mi cabeza es un caos de pensamientos. Entre los nervios por la boda, las emociones de estar aquí con mi familia y la culpa que todavía siento por Daniel, el sueño parece imposible.

Al cabo de una hora, me levanto con cuidado de no despertar a Enzo, me pongo unas zapatillas y salgo al jardín. El aire caluroso de la noche me golpea el rostro, trayéndome un poco de alivio. Me apoyo en la barandilla de madera del porche, saco un cigarro del paquete y lo enciendo. La primera calada me calma, aunque no debería permitirme estos pequeños vicios.

El silencio de la noche es reconfortante. Solo se escucha el suave susurro del viento moviendo las hojas. Me pierdo en mis pensamientos, recordando todos los giros que me han traído hasta aquí, cuando un ruido me saca de mi ensimismamiento.

—¿No deberías estar durmiendo? —pregunta una voz familiar.

Me doy la vuelta, sorprendida, y ahí está Daniel, de pie, a unos metros de mí. Lleva un pijama, las manos en los bolsillos de los pantalones, y su expresión es serena, aunque algo cansada.

—Daniel… —digo, porque no me salen las palabras.

Daniel me mira, sin saber tampoco cómo hablarme, por lo que entiendo que debería empezar yo.

—¿Y tú tampoco duermes? —respondo con una sonrisa triste.

—No, además he llegado hace poco —admite, acercándose lentamente.

Mi corazón da un vuelco. No le esperaba aquí. Me quedo quieta, observándole mientras se detiene a mi lado.

—Has venido —digo finalmente.

—No podía perderme esto. Alexis me invitó, insistió en que viniera. Y quería ver a los niños. Bueno, y a ti también.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta. Su presencia aquí es un recordatorio de lo que hemos perdido y de lo que aún compartimos.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Cansado —admite—, pero bien. Dentro de lo que cabe. Los tratamientos no están funcionando… No voy a mentirte, Irina, estoy agotado. No me queda mucho tiempo.

La franqueza en su voz me desarma. No sé qué decir, así que simplemente asiento y le ofrezco un cigarro.

—¿De verdad? —pregunta con una ceja levantada, pero lo toma de todos modos.

Me río ante su gesto. Jamás ha fumado, pero sé que lo hace porque en el fondo un cigarro no va a hacerle más daño. Aunque me sorprende que no lo encienda. Simplemente lo mantiene en la mano.

—No pienso fumar, parece mentira… —dice riéndose.

—Perdona, estoy nerviosa. Soy idiota.

Compartimos unos momentos en silencio, mirando el cielo estrellado.

—¿Cómo están los niños?

—Felices —respondo—. Ian no para de hablar de sus aventuras con Salem, y a Isadora le encanta la tienda, aunque todavía está procesando todo…, lo de Enzo.

—Es buena niña, la mejor —dice con una sonrisa triste—. Siempre lo ha sido.

—Lo es. Y tú siempre serás su padre: has criado a esa niña con todo tu amor y paciencia. Has pasado noches en vela por ella, y por eso eres igual de padre que Enzo, no quiero que lo olvides —digo cogiendo su mano.

Me muerdo el labio, indecisa. Quiero decir tantas cosas, pero no sé por dónde empezar.

—Sabía que esto iba a pasar, Irina. —Su voz es suave, casi como si hablara consigo.

—¿Qué?

—Esto. Tú y él. Lo vi venir hace años, incluso antes de que tú lo supieras. —Se pasa una mano por el pelo y suspira.

Sus palabras me golpean con fuerza, arrancándome un suspiro entrecortado.

—Daniel…

—No, déjame terminar —dice, y me mira con esos ojos llenos de una mezcla de amor y resignación—. No estoy enfadado, Irina.

Nunca podría estarlo. Lo único que quiero es que seas feliz, que los niños sean felices.

—Yo también quiero que tú lo seas.

—Lo soy, a mi manera. Estoy en paz con lo que tenemos, con lo que tuvimos. Tú me diste todo, Irina. Una familia, una vida que nunca imaginé. Eso nunca cambiará.

—Eso no es suficiente Daniel. No he estado a la altura, ni como mujer, ni como pareja, ni como amiga…

—He tenido una vida plena: un gran trabajo, una casa preciosa, dos maravillosos hijos, de los cuales estoy orgulloso, y he sido amado, y no por cualquier persona, sino por ti. ¿Qué más puedo pedir?

—Sigues siendo el mismo hombre del que me enamoré. Hay cosas que no cambian… —digo sonriendo al recordar momentos juntos.

—No me arrepiento de nada, Irina. Me alegro de haber sido tu compañero todos estos años. Porque he conseguido lo que me propuse el día que te conocí: que fueses feliz, y ahora lo eres, aunque no sea conmigo.

La fuerza de sus palabras me rompe. Mis ojos se llenan de lágrimas. Me doy la vuelta, incapaz de mirarle.

—Te echo de menos —susurro.

—Yo también, pero todo tiene un final, Irina, y este es el nuestro. Y está bien —dice mientras me pega contra su pecho para abrazarme.

—Tú siempre vas a ser el amor de mi vida, como Enzo es el tuyo, y no pasa nada, lo tengo asumido, y soy feliz. No quiero que dudes de lo que estás construyendo.

—Daniel…

—Irina, construyes cosas cada día, no paras nunca, haces lo que sientes y quieres, eres un ejemplo de mujer. La mujer que siempre

quise que fueras.

—Si no paro de construir cosas, quizás sea porque no he encontrado aún mi sitio seguro —digo, dudando de todo.

—Irina, deja de decir tonterías. Has encontrado lo que has buscado durante años. Esta conversación no te está viniendo bien, hay que irse a dormir —dice todavía abrazado a mí.

Nos quedamos en silencio durante un rato, compartiendo el dolor de la despedida y la alegría de los recuerdos.

—¿Te duelen? —pregunto acariciando la zona de sus pulmones.

—Te aseguro que me duele más el corazón que los pulmones. No hay dolor más grande que perderte.

Me quedo en silencio aún abrazada a él, observando el horizonte y viendo las estrellas.

—Es hora de que vayas a la cama con él —dice apartando su brazo de mis hombros.

—¿Estás seguro?

—Siempre lo he estado.

Me lanza una última sonrisa antes de darse la vuelta y regresar a la casa, dejándome sola con mis pensamientos y las lágrimas que no puedo contener.

Al mirar hacia arriba, veo a Enzo en el balcón y me pregunto cuánto tiempo llevará ahí y cuánto habrá sido capaz de oír.

Capítulo 32



Subo las escaleras con la sensación de que cada peldaño me pesa más que el anterior. La conversación con Daniel sigue rondando en mi cabeza, sus palabras aún resuenan en mi pecho como un eco doloroso y a la vez liberador. Abro la puerta de la habitación con cuidado. Enzo está sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las manos entrelazadas.

—¿Todo bien?

Asiento y cierro la puerta tras de mí. Antes de que piense cómo explicarle lo que acaba de pasar, Enzo habla.

—Lo he escuchado todo. —Su tono de voz no tiene rastro de reproche.

Mi corazón se detiene un momento.

—¿Todo? —repito, acercándome lentamente a la cama.

Él asiente con una expresión tranquila y con una profundidad en los ojos que me rompe.

—No fue mi intención, lo juro. Salí al balcón porque no te encontraba y me preocupé…

Me siento a su lado, incapaz de mantener la mirada fija en él. Las palabras de Daniel vuelven a mi mente, mezclándose con la culpa que siempre arrastro.

—Lo siento, Enzo. No quería que escucharas eso. No tengo dudas contigo, te amo y soy feliz, pero ver a Daniel…

—No tienes que disculparte, Irina. —Me coge la mano con ternura, obligándome a mirarle—. Entender a Daniel es más fácil de lo que pensaba. No estoy enfadado. De hecho, le admiro.

—¿Le admiras? —pregunto sorprendida.

—Sí. Por cómo te quiere, por cómo lo da todo por ti y por los niños, incluso ahora, cuando apenas le quedan fuerzas. Si yo estuviera en su lugar, que lo he estado…, haría lo mismo. Por eso le admiro. No quedan muchos hombres en el mundo tan fuertes como él. Es un gran tipo, Irina, por eso siempre estuve seguro de que estabas bien con él.

Sus palabras me llenan los ojos de lágrimas.

—No sé cómo manejar esto, Enzo. Está cada vez más enfermo, no sé cuánto tiempo le queda, no sé cómo afrontarán los niños su muerte, y yo tampoco sé cómo lo haré…

—No tienes que hacerlo sola. Estoy aquí, contigo.

Se acerca y me envuelve en un abrazo cálido que consigue calmar el caos dentro de mí. Nos quedamos así varios minutos, sin hablar, solo compartiendo la tranquilidad de estar juntos.

—Vamos a dormir —dice acariciando mi pelo—. Mañana será un día largo, y tienes que estar radiante para tu «hermano».

Sonrío al escuchar la palabra «hermano». Enzo sabe lo importante que es Alexis para mí.

Sonrío entre lágrimas y nos acomodamos en la cama. Enzo me envuelve con su brazo, y por primera vez en mucho tiempo puedo respirar en paz.

El sol apenas comienza a colarse por las cortinas cuando la casa cobra vida. Desde temprano se oyen pasos apresurados, risas y voces que se solapan unas con otras. Enzo y yo nos levantamos juntos, aunque él parece mucho más relajado que yo.

—¿Siempre eres así de tranquilo en las bodas? —le pregunto, bromeando mientras nos vestimos.

—La clave es no dejar que el caos te alcance. Pero tú… —dice mientras se acerca y me besa la frente— estás preciosa incluso estresada.

Ruedo los ojos y sonrío. Salimos de la habitación y nos encontramos con Alexis, que ya está dando órdenes en la cocina.

—¡Ah, por fin! Creía que ibais a dormir hasta la boda —dice, señalándonos con una espátula mientras revuelve algo en una sartén.

—Buenos días a ti también —responde Enzo con una sonrisa burlona.

—Venga, venga, hay mucho que hacer. ¿Irina, puedes ir a ayudar a Edi con las flores? Y tú, Enzo, haz lo que quieras, pero no me estorbes.

Nos reímos de su energía desbordante y le hacemos caso. Me dirijo al jardín, donde Edi y mi padre están colocando arreglos florales. El ambiente es alegre y caótico, con música sonando de fondo y los niños y el perro corriendo de un lado a otro.

—¡Mamá! —grita Isadora, corriendo hacia mí con Salem detrás de ella.

La atrapo entre mis brazos y me río mientras me cuenta, entre risas, cómo su hermano ha intentado «decorar» al perro con pétalos de rosa.

—Están felices —dice mi padre al acercarse, observando a Isadora mientras corre de nuevo hacia Ian.

—Sí, lo están, y también lo son —respondo, con una sonrisa que refleja la suya.

Me permito disfrutar del momento, de la alegría y del amor que nos rodea. Hoy es un día para celebrar, y haré lo posible por estar presente en cada instante.

Daniel también sale al jardín. Los niños corren al verle.

—¡Papá! —gritan ambos de felicidad.

Enzo sale al oír «papá» pensando que era por él. Entonces ve a Daniel con los que también son sus hijos. Miro la cara de decepción de Enzo, pero al segundo la transforma en una sonrisa. Se acerca a saludar a Daniel y ambos se estrechan la mano.

—Papá, ven a jugar con nosotros y con Salem.

—¡Cariño! Papá está cansado, no puede jugar —digo para que le dejen respirar un poco.

Daniel niega con la cabeza y sonríe; luego da la mano a los niños y caminan hacia Salem, que olfatea a Daniel porque hace tiempo que no le ha visto.

—Daniel es un buen hombre, Irina. Siento mucho lo que le está pasando —dice Enzo, apoyando su mano en mi hombro.

—Yo también lo siento. No sabes de qué forma, sobre todo por los niños… Sé por desgracia lo duro que es perder una figura paterna, lo único que me consuela es que te tienen a ti —digo apoyando mi cabeza en su hombro.

Cuando veo que Daniel está pendiente de nosotros, me separo de Enzo. No quiero provocar situaciones incómodas, y menos el día de la boda de mi mejor amigo.

Capítulo 33



El juzgado es pequeño, sencillo y tranquilo. El aire está lleno de emoción. Alexis y Edi se miran con una intensidad que hace que todo alrededor desaparezca. Enzo y yo estamos a su lado, como sus testigos, y no puedo evitar sentirme profundamente honrada de estar aquí. Los niños esperan sentados.

El juez comienza la ceremonia, con su tono protocolario y firme, pero nada parece rígido. Alexis y Edi se toman de las manos, y aunque el discurso del juez es breve, cada palabra se siente como un eco que los unirá para siempre.

Cuando ambos pronuncian su «Sí, quiero», la emoción es palpable. Alexis tiene lágrimas en los ojos, y Edi, aunque intenta mantenerse estoico, no puede ocultar la emoción que brilla en su rostro. Enzo me aprieta la mano con suavidad, como si entendiera lo especial de este momento no solo para ellos, sino para nosotros.

—Quedan oficialmente casados —declara el juez con una sonrisa, y todos aplaudimos.

Al salir del juzgado, la brisa fresca nos recibe. Edi y Alexis no dejan de sonreír. Antes de subir al coche, Alexis se detiene para

abrazarme con fuerza.

—Gracias por estar aquí, hermana. Significa más de lo que puedes imaginar.

—No me perdería este momento por nada —le respondo conmovida.

Volvemos a la casa, donde todo está perfectamente decorado para la presentación. El jardín está lleno de luces colgantes, flores blancas y amarillas, y una gran mesa central adornada con detalles dorados. Los amigos y familiares de Edi y Alexis ya están reunidos, esperando la llegada de los novios.

Cuando el coche se detiene, Enzo abre la puerta y los niños bajan primero, corriendo emocionados con los pequeños cojines en los que descansan los anillos. Isadora e Ian se ven adorables con sus trajes, caminando de la mano hacia el altar improvisado en el jardín.

Edi y Alexis bajan del coche tomados de la mano. Están radiantes: Alexis con un traje gris claro, y Edi con un elegante conjunto azul marino. Caminan juntos hacia el altar, rodeados de aplausos y sonrisas. Enzo y yo los seguimos, observando cómo los niños los guían hasta su lugar.

Un amigo cercano de Edi, que está oficiando la ceremonia, toma la palabra. Su voz es cálida, llena de cariño, y describe cómo el amor de Alexis y Edi ha sido un ejemplo para los que les rodean. Habla de su valentía, de cómo han superado obstáculos juntos, y de cómo hoy celebramos no solo su unión, sino la familia que han construido con todos nosotros.

Llegado el momento de los votos, Alexis es el primero en hablar.

—Edi… Desde que te conocí, mi vida cambió de formas que nunca imaginé. Me enseñaste a ser valiente, a luchar por lo que quiero y a amar sin reservas. Hoy, frente a todos los que amamos y nos aman, te prometo ser tu compañero, tu apoyo y tu hogar, siempre.

Las lágrimas caen de los ojos de Alexis mientras habla, pero su voz no tiembla. Edi le sonríe, visiblemente emocionado, y luego comienza sus propios votos.

—Alexis, contigo aprendí lo que significa el amor verdadero, que el amor no es perfecto, pero sí eterno. Prometo ser tu refugio, tu fortaleza y tu mejor amigo en cada paso de este viaje que hoy comenzamos oficialmente, aunque en mi corazón llevemos años caminándolo juntos. Hoy y siempre te amo.

El intercambio de anillos es dulce. Isadora e Ian los entregan con orgullo. Una vez más, los aplausos llenan el jardín cuando Edi y Alexis se besan, sellando su amor ante todos nosotros.

Cuando llega mi turno de palabra, me siento un poco nerviosa. Me levanto, y todos me miran expectantes.

—Bueno…, aquí estoy. No suelo ser buena con las palabras cuando se trata de expresar sentimientos. Alexis me conoce, así que no creo que se sorprenda —digo mientras todos ríen suavemente, incluida yo, antes de continuar—. Hoy estamos aquí celebrando algo que pocas veces tenemos la suerte de presenciar: un amor que ha superado barreras, que ha demostrado ser inquebrantable y que inspira a todos los que les conocemos.

Miro a Alexis y Edi, y las palabras comienzan a fluir.

—Alexis, mi querido hermano, amigo y compañero de vida: siempre has sido mi ejemplo de valentía y de bondad. Desde que éramos jóvenes, fuiste quien siempre estuvo ahí para mí, quien me protegió y me guio. Sabes que has hecho que el vacío que dejó Fran en mi vida sea menos doloroso y más llevadero. Gracias por eso y por mil cosas más. Llegaste a mi vida en uno de los momentos más difíciles. Recuerdo que me miraste y me dijiste que jamás me ibas a abandonar. Hoy, muchos años después, sigues cumpliendo tu palabra. Eres el mejor tío que podrían tener mis hijos, el mejor hijo

para mi padre, y el mejor compañero de vida para mí. No te cambiaría por nada; nuestra amistad es de las cosas más valiosas que tengo. Hoy, verte con Edi, con esa mirada llena de amor y felicidad, me llena de orgullo. Porque no solo eres mi mejor amigo, también eres un hombre increíble que ha construido una vida hermosa junto a alguien igual de maravilloso.

Hago una pausa, mirando a Edi con una sonrisa.

—Edi, desde que entraste en nuestras vidas, todo cambió para mejor. Trajiste alegría, amor y esa chispa que todos necesitamos. Gracias por cuidar de Alexis, por amarle como lo haces, y por ser una parte fundamental de nuestra familia. Has sido el tío perfecto de mis hijos, el amigo al que puedo contarle mis secretos ocultos y, sobre todo, la fortaleza de Alexis; por eso estaré en deuda contigo siempre. Tengo que estarle agradecida a mi amigo porque nos haya traído tu compañía a nuestra vida, porque eres un ser de luz. Y te quiero como no te puedes imaginar, aunque sé que tú también me quieres a mí. Os quiero a ambos con todo mi corazón, y espero seguir aumentando esta familia.

Seco mis lágrimas antes de continuar, mirando a todos los presentes.

—Hoy celebramos el amor, la familia y la vida. Que este sea solo el comienzo de un camino lleno de felicidad para vosotros dos. Os quiero muchísimo. Y os querré siempre.

Las lágrimas se asoman a los ojos de Alexis mientras me acerco para abrazarle. Edi me sigue con otro abrazo igual de fuerte. La noche continúa llena de comida, lloros, risas y brindis. Miro a Enzo, que está hablando con los niños, y siento que el amor y la felicidad están más presentes que nunca. Hoy está siendo un día perfecto.

Capítulo 34



La noche avanza con una calidez que nos parece abrazar. Las luces del jardín parpadean como estrellas, y el ambiente está cargado de emoción. Es el momento del baile de Alexis y Edi.

La música comienza, y las primeras notas de A Thousand Years, de Christina Perri, llenan el aire. Alexis y Edi se toman de la mano y se miran como si no existiera nadie más. Empiezan a moverse lentamente, sus pasos en sincronía con las palabras de la canción, y los demás nos quedamos en silencio, embelesados por la magia del momento.

Cierro los ojos un instante, dejando que la música me envuelva, y cuando los abro, noto una mirada fija en mí. Daniel, sentado en una de las sillas, no me quita los ojos de encima. Es una mezcla de nostalgia y aceptación, como si estuviera intentando guardar este momento en su memoria para siempre.

Mi corazón se encoge un poco, pero no dejo que la tristeza me consuma. Enzo está de pie con los niños, observando a los novios bailar. Ian está subido en sus brazos. Enzo le sostiene con esa facilidad natural que tiene para hacerme sentir que todo está bien.

Cuando la canción termina, los aplausos resuenan en el jardín. Edi y Alexis se abrazan bajo un arco de flores iluminado. Es un instante de pura felicidad.

—¿Bailamos? —me pregunta Enzo, ofreciéndome la mano con una sonrisa encantadora.

Los niños no tardan en unirse. Isadora insiste en bailar con Enzo primero. Ian me agarra con sus pequeñas manos y me guía en un torpe pero adorable intento de seguir el ritmo. Nos reímos, dejando que la alegría nos envuelva.

Al poco rato, Daniel se acerca a Isadora, pidiéndole que baile con él. Enzo me lanza una mirada que lo dice todo: ve con Alexis. Así que, mientras Daniel baila con Isadora y Enzo recoge a Ian en brazos, me acerco a mi amigo.

—Alexis, ¿me concederías este baile? —pregunto, haciendo una reverencia.

Él ríe, fingiendo sorpresa.

—¿Cómo podría decirte que no? —bromea, haciendo una expresión extraña con la cara.

Bailamos al ritmo de una canción lenta. Alexis, siempre bromista, no tarda en sacarme una sonrisa con sus comentarios sobre lo guapo que está Edi y lo afortunado que es.

—¿Sabes algo, Irina? —me dice de repente, con un tono más serio —. Me alegra verte tan feliz. Es como si, después de todo, el universo por fin estuviera poniéndose de tu lado.

Sus palabras me conmueven, y justo cuando estoy a punto de responder, todo a mi alrededor se detiene. Alexis me suelta, retrocediendo con una sonrisa cómplice, y cuando giro la cabeza, ahí está Enzo, caminando hacia mí.

El resto del mundo desaparece. Enzo se detiene frente a mí, mirándome con una intensidad que hace que me tiemblen las

piernas. Y entonces, lentamente, se arrodilla.

—Hace años me enamoré de ti, y desde entonces nuestra vida ha sido un caos. Siempre perdiéndonos y encontrándonos constantemente. Aun así, es una vida perfecta, es nuestra preciosa pero caótica vida. Es lo que siempre quise. Así que, dime, ¿quieres seguir creando el caos conmigo, oficialmente?

Me llevo una mano a la boca, sintiendo cómo las lágrimas comienzan a brotar.

La emoción es abrumadora. Apenas puedo hablar, pero de alguna manera logro asentir mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Sí, Enzo… Nuestro caos es el más perfecto.

De inmediato, los niños corren hacia nosotros. Isadora grita de felicidad, saltando para abrazar a Enzo. Ian me rodea las piernas con sus bracitos. La gente empieza a aplaudir, vitoreando y celebrando el momento.

Edi y Alexis son los primeros en acercarse. Alexis me abraza con fuerza, y Edi felicita a Enzo entre risas.

—Ahora que os habéis encontrado, no os dejéis ir.

Miro a Alexis y le abrazo de inmediato. Ahora entiendo por qué todos parecían ocultar algo. Era esto.

Después llega mi padre, que me mira con ojos brillantes antes de estrecharme entre sus brazos.

—Estoy orgulloso de ti, hija. De los dos.

Veo a Daniel, que se acerca lentamente, con una sonrisa tenue y el rostro lleno de emociones que no puedo identificar.

—Felicidades, Irina —dice con la voz quebrada. Su mirada es cálida y triste—. Te lo mereces, os lo merecéis.

Le abrazo con cuidado, sintiendo sus lágrimas caer sobre mi hombro.

—Gracias, Daniel.

Él se aparta un poco, mirándome a los ojos.

—Prométeme que serás feliz. Eso es todo lo que quiero.

—Lo seré.

—Me gustaría verte el día de la boda. No tardes en casarte, no sé cuánto tiempo me queda, y me gustaría verte vestida de blanco, aunque no sea yo quien te espere en el altar.

Las luces del jardín parpadean sobre nosotros y las risas de los niños llenan el aire. A pesar de este enjambre de emociones, estoy donde siempre quise estar.

Enzo vuelve a mi lado y me abraza con fuerza y amor. Yo le beso varias veces. Jamás habría imaginado estar en esta situación con él. Aún recuerdo el día que nos conocimos: llovía y se me había olvidado el paraguas, y él, sin dudarlo, me acompañó a casa. Fue ahí cuando empezó todo. Hoy entiendo que ese gesto simboliza mi calma en la tormenta.

—¿Ves? —pregunta.

Le miro extrañada, sin saber a qué se refiere.

—Las segundas oportunidades sí existen.

—Esta es la tercera.

—Entonces es la buena, porque a la tercera va la vencida.

Nos abrazamos, ignorando al resto del mundo. Por una parte, siento que le estoy quitando protagonismo a mis amigos; por otra, no imaginaba un lugar mejor donde Enzo me pidiese matrimonio.

—Eres el mejor, ¿lo sabías?

—Sé que no soy el más guapo, ni el que más te puede dar, mucho menos el más inteligente, pero sí hay algo que soy: tuyo, y eso me hace ser el mejor.

—Esta vida es todo lo que podría pedir: tú, los niños, mis negocios, nuestra casa, nuestro perro…, y tener a personas en nuestra vida que nos quieren. Sé que hemos tardado en conseguirlo,

pero lo hemos hecho porque nos amamos y el destino nos tenía preparado esta maravillosa vida.

—Pensaba que no creías en el destino.

—Creo en ti, y… ¿cómo no hacerlo en el destino?, cuando por más que he intentado apartarte de mi vida, siempre he acabado volviendo a ti.

—Eso me encanta, aunque nos haya costado años encontrarnos —dice sonriendo.

—Te encontré, y tú me encontraste a mí, ambos nos encontramos.

La cara de Enzo cambia por completo y me vuelvo a ver de qué se trata. Daniel se acerca a nosotros.

—Enzo, ¿puedo robarte a Irina solo para un baile? —pregunta Daniel, para mi sorpresa.

—Claro, por supuesto. —De verdad se alegra de que baile con él, y, sin embargo, a mí me pone muy nerviosa.

El altavoz comienza a sonar suave y melancólico. El peso de los años se instala entre nosotros mientras Daniel me toma de la mano y me lleva al centro del jardín. Me guía con calma. Su sonrisa es cansada, iluminada por las luces que cuelgan de los árboles. To Build A Home llena el aire. Es perfecta para nosotros.

Cierro los ojos, dejando que la música me envuelva, mientras apoyo mi cabeza en su hombro.

This is a place where I don’t feel alone… resuena en el aire y pienso en todas las veces que Daniel fue mi refugio, que me hizo sentir que siempre había un hogar en él. Movemos los pies con suavidad, como si el tiempo se hubiese detenido.

And I built a home for you, for me… sigue la letra, y él también la escucha con el mismo sentir que yo. Porque construimos algo juntos, que no fue perfecto, pero que fue nuestro. Y ahora estamos aquí, en este último baile, recordando lo que fue, aceptando lo que

es, y dejando ir lo que no será. Quiero llorar, pero en lugar de eso sonrío, porque quiero que Daniel se quede con esto: una memoria luminosa, como si todo estuviera bien. Sus manos en mi cintura son más ligeras que nunca y aún contienen esa calidez que siempre me dio. Cuando la canción alcanza el clímax, me mira con esos ojos que transmitentodo el amor del mundo.

—Gracias por esta vida juntos y por la felicidad que me has dado.

No respondo, porque las palabras no alcanzarían para darle las gracias por lo que me ha dado a mí. En cambio, le sostengo más fuerte, sabiendo que esta canción y este momento son un adiós que no necesita más que una mirada de las nuestras, con las que sabemos expresar lo que queremos decir.

Capítulo 35

Enzo



La casa está en calma, a pesar del revoltijo después de la boda. Los niños corren por ahí mientras los demás recogemos los restos de la celebración. Yo aprovecho para quedarme en la cocina, organizando cosas. Daniel está en el salón, sentado en el sofá, con una caja abierta delante. Tiene una foto en la mano, en la que están Irina y los niños. Isadora e Ian sonríen. Irina está en medio, con los brazos alrededor de los dos, abarcando su amor.

Suspiro. No sé si debería entrar.

—Es una gran foto —digo mientras me acerco.

Daniel levanta la cabeza y me mira. Luego, su mirada vuelve a la imagen.

—Lo es —responde con voz baja, casi como si hablara consigo mismo—. Es irónico ver que la que fue mi familia ahora sea la tuya.

—Daniel, también son tu familia.

—Yo fui quien estuvo ahí cuando nació Ian, quien estuvo trabajando con Irina en la tienda, quien dio el primer biberón a Isadora… Ahora soy solo un extraño.

—No lo eres. Isadora te quiere, Ian también, y, por supuesto, Irina. Lo que tú significas para ellos no puede borrarlo nadie, ni siquiera yo.

—Los niños te adoran, e Irina… te ama como nunca me ha amado a mí. Jamás me ha mirado de la forma en la que te mira.

—No he venido a quitarte nada, jamás quise hacerlo. Lo único que he querido es que todos sean felices, incluido tú.

Me siento en el sillón frente a él, observándole en silencio. Deja la foto sobre la mesa.

Se recuesta en el sofá y me observa como si estuviera evaluándome.

—No hace falta que robes lo que ya te pertenece —dice al fin, su voz cargada de resignación—. Siempre supe que Isadora era tu hija. Desde el primer momento. Aun así, nunca dije nada porque quería ser el hombre que Irina necesitaba. Pero ella siempre fue tuya, incluso cuando estaba conmigo. Supongo que nunca tuve realmente una oportunidad de futuro con ella.

—Y lo fuiste, fuiste ese hombre durante casi diez años —respondo con sinceridad.

—¿De verdad crees eso? —pregunta con un deje de amargura—. Yo no estoy tan seguro. A veces pienso que he estado luchando contra lo inevitable, contra ti. Pero entiendo por qué te eligió: siempre fuiste tú.

Quiero decirle que está equivocado, que Irina no es un premio ni una batalla que ganar.

—Nunca quise competir contigo. Irina tomó sus decisiones, igual que hacemos todos.

—Al final te eligió a ti.

—Sí, pero una vez te eligió a ti y me rompió el corazón. Yo sufrí cuando lo hizo. Verla construir su vida contigo era insoportable. No

por eso dejé de amarla, así que entiendo que te duela.

—¿Te rompió el corazón?

—Claro que lo hizo. La esperé, porque, aunque sabía que te amaba, siempre quise creer que una parte de su corazón me pertenecía. Viví muchos años pensando que jamás me había querido, y cuando me enteré, la esperanza me conquistó y supe que debía luchar por ella.

—No puedo odiarte, porque sé que la amas y que ella te ama, y eso es lo que vale.

Daniel se queda en silencio, mirando la foto en la mesa. Luego, la recoge de nuevo y la observa con detenimiento.

—Es una buena foto. —Sus labios se curvan en una leve sonrisa—. Quizás debería llevármela. Algo para recordar lo que fue.

—Hazlo —le digo y me levanto—. Siempre será tu familia, Daniel. Eso no va a cambiar.

Camino hacia la puerta, y antes de salir me detengo y le miro una última vez.

—Nunca he pretendido quitarte nada. Irina siempre fue suya, y ahora me ha elegido a mí. Lo único que quiero es lo mismo que tú: que ella y los niños sean felices.

—Haz que sean felices, Enzo, eso es lo único que importa.

—Siempre lucharé por ello, Daniel. Son mi familia.

Daniel asiente. Sus ojos están vidriosos. Mira la foto con una expresión que mezcla dolor y aceptación.

Salgo del salón, y lo único que importa es que Irina está conmigo, y prometo que nunca voy a fallarles ni a ella ni a los niños.

Capítulo 36



El día está lleno de movimiento, maletas por todos lados, voces que van y vienen, y los niños correteando como si no quisieran que el tiempo avanzara. Yo intento mantenerme ocupada, guardando ropa y organizando las mochilas. Cada vez que veo a Daniel jugando con Isadora y Ian en el jardín, algo dentro de mí se quiebra.

Enzo aparece a mi lado mientras cierro una de las maletas. Se apoya en el marco de la puerta, observándome en silencio.

—He hablado con Daniel —me dice con su tono de voz tranquilo.

Dejo lo que estoy haciendo y le miro algo nerviosa.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sabía que Isadora era mi hija, que no estaba enfadado conmigo… —responde, dejando salir el aire con lentitud—. Me dijo muchas cosas, Irina. Algunas duras, otras no tanto. Solo quiere lo mejor para ti y para los niños.

Mi pecho se aprieta con sus palabras, y desvío la mirada hacia la ventana, donde Daniel lanza a Ian al aire mientras Isadora ríe a carcajadas.

—Es tan difícil —admito en voz baja—. No quiero que sienta que le estamos dejando atrás.

Enzo cruza la habitación y me coge de la mano.

—No le estás dejando atrás —me asegura—, le estás dando tiempo para encontrar su paz. Y él sabe que siempre va a ser una parte importante de vuestra vida.

—Enzo, no le estoy dejando encontrar su paz, le he obligado a ello. Le he abandonado cuando más me necesitaba, cuando se está muriendo…

—Irina, escucha. No es tu culpa que Daniel se muera, como tampoco lo ha sido elegirme a mí.

—Enzo, podría haber esperado a…, bueno, a que ya no estuviese aquí.

—Irina, siempre has pensado en lo que el mundo quería, en lo que esperaban de ti. Ya era hora de que hicieses algo que tú querías —dice, posando su mano sobre la mía.

Sus palabras calman algo de mi angustia, aunque no del todo. Cuando el momento de la despedida llega, es peor de lo que imaginaba.

Isadora se aferra a Daniel con fuerza, sus pequeños brazos rodeando su cuello.

—Te voy a echar de menos —le dice, su vocecita llena de tristeza.

—Y yo a ti, princesa —responde Daniel, besando su cabeza—. Nos veremos pronto, te lo prometo.

Hay algo en mí que cree que no vamos a volver a verle. Le noto demasiado cansado, sin ganas y con pocas esperanzas.

Daniel me abraza. Es diferente a otras veces, ya no siento ese gran amor que nos teníamos, sino distancia entre dos personas que un día compartieron muchos momentos juntos y que ahora son tan solo recuerdos.

Ian, menos consciente de lo que ocurre, simplemente le da un abrazo rápido antes de correr hacia el coche.

El momento más duro llega cuando mi padre se acerca a mí con esa expresión melancólica que siempre logra desarmarme.

—No importa cuántos años tengas, siempre será difícil despedirme de ti —me dice y me envuelve en un abrazo.

—Papá… —intento hablar, pero la voz se me quiebra.

—Solo quiero que seas feliz, Irina. Haz que esta nueva vida funcione, por ti y por los niños. Y también por Enzo.

Asiento contra su pecho, sabiendo que me está dando su bendición, aunque duela.

—Voy a echarte de menos.

El viaje de vuelta a Rota es silencioso. Enzo conduce, y yo miro por la ventanilla mientras el paisaje cambia lentamente. Atrás quedan Madrid, mi padre, Daniel…, toda mi vida durante tanto tiempo.

Los niños están dormidos en el asiento trasero, con Salem acurrucado entre ellos, como si entendiera la necesidad de paz en este momento.

Enzo me toma la mano mientras conduce, entrelazando sus dedos con los míos. Le miro y encuentro en sus ojos la seguridad que necesito.

—Todo va a ir bien —me dice suavemente.

Y aunque el nudo en mi pecho no desaparece del todo, quiero creerle. Quiero pensar que hemos encontrado nuestro camino.

Capítulo 37



Han pasado varios días desde la boda y poco a poco hemos vuelto a nuestra rutina. La tienda sigue llena de clientes, los niños están adaptándose al colegio y cada vez parecen más felices. Por las noches, Enzo y yo compartimos un silencio tranquilo en el sofá mientras los niños duermen, como si el mundo por fin nos estuviera dando un respiro.

Hoy, mientras Salem juega con Ian en el salón y Enzo termina de lavar los platos, me acerco a él con una taza de café en la mano.

—He estado pensando en algo —digo, apoyándome en el marco de la puerta de la cocina.

—¿Algo bueno o algo que me va a meter en problemas? —pregunta con una sonrisa, secándose las manos en un trapo antes de mirarme.

—Bueno, eso depende de cómo lo tomes —bromeo antes de ponerme seria—. Sobre nuestra boda.

Enzo deja el trapo antes de caminar hacia mí.

—¿Ya estás impaciente por ser oficialmente la señora de esta casa? Vaya, acabo de pedirte matrimonio y ya te me estás echando

encima —dice entre risas.

Río por lo bajo y asiento.

—Quiero que Daniel esté presente.

Por un momento, su expresión se endurece; luego asiente lentamente.

—Lo sé. Yo también lo quiero. Eso significa que no podemos esperar demasiado.

Bajo la mirada a la taza que sostengo entre mis manos.

—No quiero que sienta que lo estamos forzando, y tampoco que pase demasiado tiempo.

—¿Qué tal antes de que termine el año? En un mes, por ejemplo —sugiere, colocando una mano en mi mejilla para que le mire.

El calor de su gesto me da una calma que no sabía que necesitaba.

—¿En serio?

—Si tú estás lista, yo también lo estoy.

Le beso suavemente, dejando que esa pequeña decisión se asiente en mi corazón. Por primera vez en mucho tiempo, veo que todo está encajando.

—¿Cómo no iba a estar lista? Compartir mi vida contigo es lo único que quiero.

Un rato después, mientras preparo la cena, suena el teléfono de Enzo. Le veo mirar la pantalla, y su sonrisa se ensancha.

—Son Aby y Mike —me dice antes de contestar.

La conversación es animada desde el principio. Puedo oír la voz de Aby al otro lado, hablándole como si no hubieran pasado semanas desde que se vieron por última vez.

—¿Cómo está todo por allí? —pregunta Enzo, apoyándose en la encimera.

—Muy bien —responde Aby con entusiasmo—. Queríamos decirte que en dos días estaremos por Rota, ¿recuerdas que te lo dije?

La sonrisa de Enzo se ensancha aún más.

—Claro, os esperamos. Los niños estarán encantados de veros, y nosotros también.

Cuelga y me mira con esa expresión emocionada que tiene cuando se trata de sus amigos.

—Aby y Mike vienen en dos días —me informa como si no hubiera escuchado ya la conversación.

—Es genial. —Me alegra que Enzo tenga algo que le conecte con su vida pasada, con esa parte que aún desconozco de él, esos años que pasamos separados, que Enzo pasó grabando aquella película, en los que conoció a sus amigos; esos años que tengo en blanco.

Termino de cocinar e imagino cómo será estar todos juntos otra vez. Pienso en lo rápido que nuestras vidas están cambiando. Y, por primera vez en mucho tiempo, noto que estamos construyendo algo realmente sólido, algo que podemos llamar hogar.

Acuesto a los niños y les cuento una historia para que se duerman. Una vez dormidos, camino al salón, donde Enzo reposa con Salem en el sofá. Me miran cuando aparezco. Enzo me sonríe.

Me acerco a la librería y busco qué leer esta noche. Me sorprendo cuando veo la portada que tanto me recuerda mi niñez, El principito. Es un libro que me leía mi madre y que me encantaba.

Enzo se acerca a mí y se sitúa para ver qué libro he escogido. Yo sonrío sin parar mientras le acaricio con mis dedos, como si pudiese tocar los recuerdos que tengo con él, como si el libro me hablase y escuchase la voz de mi madre a través de él.

—¿Y ese libro?

—Era mi favorito cuando era niña.

—Pues quiero leer ese libro que te hace tan feliz, palabra por palabra, dos veces.

Observo a Enzo con detalle. Es incluso más guapo ahora que cuando le conocí. Siempre lo ha sido, pero los años que pasan por él hacen que su belleza se agrande. Ahora entiendo por qué mi hija es tan bella: es igual que su padre.

—Te quiero —digo, y después beso sus labios.

—Iré a la cama, quédate con Salem mientras lees. Quiero levantarme pronto mañana para aclimatar la casa para nuestra gran visita.

—Mañana, después de llevar a los niños al colegio, iré a la tienda. Descansa, buenas noches. —Enzo se va a la habitación.

—Buenas noches. Te amo, Irina —dice desde lejos.

Salem sube al sofá y se tumba encima de mí. Yo me sumerjo en el pequeño gran libro que tengo entre las manos.

Capítulo 38



El día comienza como cualquier otro. La tienda está llena, los clientes van y vienen, y apenas tengo tiempo para tomar un respiro entre ventas y ajustes. Algo me mantiene distraída: la llamada de Enzo anoche, cuando me dijo que Aby y Mike estaban en camino. Su emoción era contagiosa, pero también me dejó con una sensación de nervios. Sé lo importantes que son para él, y quiero que todo salga perfecto.

Mi padre está haciendo algunas horas en el local de Madrid. Al estar Alexis y Edi fuera, la tienda está demasiado solitaria; al menos con mi padre allí no hay pérdidas. Lo cual le agradezco bastante, ya que sé que a su edad es lo que menos le apetece. Lo hace por mí, como siempre.

Cuando por fin termino mi turno, el reloj marca las tres. Recojo mis cosas y salgo corriendo al colegio. Los niños siempre están felices de verme, y hoy no es diferente. Ian corre hacia mí con su mochila a medio cerrar. Isadora me saluda desde la puerta del aula.

—¡Mamá! —gritan ambos casi al unísono, y mi corazón se llena con esa alegría que solo ellos saben darme.

En el camino de vuelta a casa, les cuento que Aby y Mike ya han llegado.

—¿Quiénes son? —pregunta Ian desde el asiento trasero, con la curiosidad en sus ojos.

—Son unos amigos muy especiales de papá Enzo —le explico—. Seguro que os van a encantar.

—¿Crees que jugarán con nosotros? —pregunta Isadora emocionada.

—Estoy segura de que sí.

—¡Bien! —grita Ian, dando palmadas con sus pequeñas manos.

Cuando llegamos, la puerta principal está entreabierta y puedo oír risas desde el jardín. Los niños corren adentro, gritando el nombre de Enzo. Yo me quedo un momento en el umbral, observando la escena. Salem ladra emocionado y corre hacia los niños. Enzo, Aby y Mike los saludan con abrazos y risas.

—¡Irina! —grita Aby al verme, dejando su vaso sobre la mesa para venir a abrazarme—. Qué ganas tenía de verte.

—Lo mismo digo, estás guapísima —respondo, abrazándola con fuerza. Luego saludo a Mike, que me recibe con una sonrisa cálida y un gran abrazo.

—Te has hecho de rogar, capulla —dice riéndose.

—Lo sé, y os pido perdón. Es que… ha sido complicada nuestra relación, ¿verdad, amor?—digo mirando a Enzo.

—Aquí estamos, que es lo importante.

La barbacoa ya está lista, y nos sentamos alrededor de la mesa. Enzo está a mi lado, sirviendo platos para los niños; Aby y Mike se acomodan frente a nosotros. La conversación fluye con facilidad, las risas son constantes, y los niños no paran de correr por el jardín, haciendo que Salem los persiga.

En algún momento, Mike se une a ellos, corriendo detrás de Ian y levantándolo en el aire mientras el niño grita de alegría. Isadora, que al principio parecía más reservada, termina subiéndose a su espalda mientras Mike finge ser un caballo.

—Está en su salsa —comenta Enzo en voz baja, mirándolos con una sonrisa.

—Definitivamente está hecho para esto —respondo, observando cómo Mike parece disfrutar tanto como los niños.

Después de un rato, Aby se inclina hacia nosotros con una sonrisa traviesa.

—Tengo algo que contaros, ya que hablamos de esto… —dice, y todos la miramos expectantes—. Estoy embarazada.

La noticia nos deja boquiabiertos, pero enseguida nos recuperamos y la felicitamos emocionados.

—¡Eso es increíble, amiga mía! —exclama Enzo, abrazándola desde su asiento.

—¿De cuántos meses? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

—Pocos, unas diez semanas —responde Aby, acariciando su vientre con una sonrisa.

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —pregunta Enzo.

—No, todavía no —responde Mike, uniéndose a la conversación—. Yo quiero una niña.

—Y yo un niño —añade Aby riendo—. Así que estamos en un pequeño dilema.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad —digo, levantándome para abrazarlos. Enzo hace lo mismo.

Miro a Enzo, que parece emocionado. Yo, en cambio, pienso en otra cosa. Sé que tenemos una hija en común y que Ian es como un hijo para Enzo, pero me encantaría criar a un hijo juntos, uno

nuestro, desde el principio. Sin distancias y sin terceras personas, solo nosotros y nuestra pequeña aunque perfecta familia.

Sé que no podemos: hay demasiadas cosas en nuestra relación que aún no nos dejan avanzar, y menos plantear quedarme embarazada. Sé que sería un sueño para ambos. Aunque Enzo no lo diga, le encantaría, lo mismo que a mí. Quiere a los niños, muchísimo, pero sé lo importante que sería criar a un hijo juntos, desde el principio.

—No sabes cuidar de ti, ¿vas a poder con un *minitú*? —bromea Enzo.

—Le dijo la sartén al cazo… Que yo sepa, hace unos meses andabas dando tumbos por la vida, y ahora eres el padre del año —dice Mike, haciendo que todos nos riamos.

Por un momento, todo parece perfecto. La tarde se alarga entre historias, juegos y confesiones. Nos dicen nombres que han pensado para el bebé, cosas que han mirado para comprar, y hablan de las ganas que tienen de formar su familia.

Al final del día, mientras recojo los platos vacíos y los niños se quedan dormidos en el sofá abrazados a Salem, me doy cuenta de lo afortunados que somos.

Aby y Mike son una extensión de esta familia que estamos construyendo, y la felicidad que se respira en el aire es tan intensa que parece casi tangible. Por primera vez en mucho tiempo, estoy completamente en paz. En mi hogar, donde debo estar.

Capítulo 39



La brisa marina nos envuelve apenas llegamos a la playa. Los niños corren a la orilla. Salem los sigue ladrando emocionado. Los adultos nos pertrechamos con toallas y una nevera cargada de comida. Es un día perfecto, el sol brilla sin ser sofocante, y el sonido del mar me relaja como pocas cosas pueden hacerlo.

—Esto es vida —comenta Aby, sentándose a mi lado en la toalla mientras los hombres terminan de instalar la sombrilla—. Y ya que estamos aquí, tenemos que hablar de tu vestido.

—¿Mi vestido? —repito algo despistada.

—Claro, tu vestido de novia, Irina —dice con una sonrisa traviesa, como si fuera obvio.

—Oh, eso… —me encojo de hombros.

—Nada de «eso». Necesitamos un diseño espectacular. Piensa: playa, arena, viento suave… Algo ligero, pero impactante —dice Aby, con las manos moviéndose en el aire como si dibujara el vestido en su mente—. ¿Qué te parece un vestido de tirantes finos, con una falda fluida que se mueva como las olas?

La idea me hace imaginarme caminando descalza por la arena, con Enzo esperándome al final de un pasillo improvisado por nuestros seres queridos.

—Me encanta la idea, aunque quizás haga un poco de frío para entonces —respondo, emocionándome un poco más de lo que esperaba.

A unos pasos de nosotras, Enzo y Mike están enfrascados en su propia conversación, discutiendo lo que parece ser otro tema clave.

—Tiene que ser algo sencillo, nada de complicaciones. ¿Qué tal una barbacoa como la de ayer? —sugiere Mike.

—No puede ser eso, Mike. Es una boda, no una reunión para ver un partido de fútbol —responde Enzo, dándole un leve empujón, y ríen.

—Pues algo intermedio. Haz marisco, pescado, y, si quieres, barbacoa. Será perfecto —insiste Mike.

—Y tú te encargarás de supervisarlo, ya que es tu idea —bromea Enzo, dándole una palmada en el hombro.

—Por supuesto, soy el experto aquí —responde Mike, guiñándole un ojo.

—Genial, entonces lo haces tú —dice Enzo, riendo todavía.

Cuando regresan con nosotras, Aby no tarda en informarles de que ya tenemos ideas para el vestido, aunque mantiene la intriga para que mi prometido no se haga una idea de cómo puede ser. Enzo sonríe con esa expresión que siempre me derrite.

—¿Y qué hay de la fecha? —pregunto.

—Eso es fácil —responde Enzo, sentándose junto a mí en la arena —. Tres semanas. Lo hacemos en tres semanas, aquí mismo, en la playa.

—¿Tres semanas? —pregunto, sorprendida por su decisión tan firme.

—Es tiempo suficiente para organizar algo sencillo —añade Aby, apoyando la idea de inmediato—. Además, ahora mismo no hay nada más importante.

—Tendremos que pedir permiso al ayuntamiento para usar la playa —apunta Mike, siempre práctico.

—Eso puedo solucionarlo yo, tengo contactos —responde Enzo, decidido.

—Y después, la celebración en casa —propone Aby, mirando a Mike y luego a nosotros—. Será íntima, familiar, como siempre os ha gustado.

—Perfecto —respondo finalmente, emocionada y nerviosa a la vez.

Agradezco a nuestros amigos las ideas, la ayuda y el entusiasmo que tienen por ese gran día especial que parece que está a punto de llegar. Tan solo tres semanas es poco tiempo para preparar una boda, pero estoy segura de que podemos hacerlo.

El resto del día lo pasamos entre risas y planes que poco a poco comienzan a tomar forma. Los niños, ajenos a nuestras conversaciones, se divierten construyendo castillos de arena con Salem como su fiel guardián.

Es increíble la relación que ambos tienen con el perro, como si fuera su mejor amigo en el mundo, como si con su sola compañía tuviesen más que suficiente.

Miro a Enzo, que juega con los niños en la orilla, y se instala una sensación de calma en mi pecho. Todo está en su lugar. La vida no es perfecta, pero es nuestra, y por primera vez tengo la certeza de que estamos construyendo algo bueno juntos.

Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y avanzar hacia el futuro. Algo he debido hacer bien en la vida para merecer lo que tengo y el amor que recibo cada día por parte de mis hijos y del hombre al que amo.

Debí haberlo sabido desde que conocí a Enzo: que mi vida acabaría siendo con él, que seríamos felices y nos amaríamos. Pero nuestra relación ha sido complicada desde el primer momento, desde nuestra primera conversación y desde nuestro primer cruce de miradas. Aquellos bailes, aquellas conversaciones, risas, lloros, trabajos en la tienda, discusiones e incluso viajes nos han traído hasta aquí, hasta esta vida tan maravillosa que hoy compartimos. Y no puedo estar más orgullosa ni emocionada de ver lo que hemos construido.

Capítulo 40

Enzo



Los chicos nos quedamos en casa, recogiendo y limpiando, entre conversaciones absurdas y risas. Aby e Irina se han llevado a los niños a dar un paseo, dejando que disfrutemos de un rato tranquilo. Mike, con una cerveza en la mano, me mira con curiosidad, como si supiera que tengo algo en la cabeza.

—A ver, suelta lo que sea que te tiene tan callado.

—¿Qué? —respondo distraído dejando el trapo en la mesa, aunque sé a qué se refiere.

—Ya me conoces, Enzo. No voy a dejar de insistir hasta que me cuentes qué te pasa. —Se inclina un poco hacia delante.

Suspiro y dejo la mirada fija en el horizonte.

—Es Daniel —admito, frotándome el rostro con las manos.

Mike no responde de inmediato, pero puedo sentir su atención en mí, esperando a que continúe.

—Me siento… culpable. No debería, quizás, pero no puedo evitarlo —confieso bajando la voz, como si decirlo en alto lo hiciera más real —. Culpable por haberle quitado a Irina.

Mike frunce el ceño.

—No le quitaste nada, Enzo. Irina tomó una decisión, y esa decisión fuiste tú. Tú no vas robando nada a nadie, amigo. Irina y tú siempre habéis estado destinados a estar juntos. Deja de sentirte como un lastre, por favor.

—Lo sé, pero no es tan simple. Él está enfermo, Mike. No dejo de pensar en si llegará o no a la boda, si tendrá tiempo de despedirse como merece. Siento que lo que tengo con Irina vino a costa de su enfermedad. Quizás si él no hubiera enfermado, ahora Irina no estaría conmigo.

Mike se queda en silencio unos segundos, meditando su respuesta.

—Mira, no voy a decir que esto no sea complicado, porque lo es. También creo que Daniel entiende, aunque le duela, que era inevitable. Tú e Irina siempre habéis tenido algo que no se puede apagar, y él lo sabe.

—Eso no hace que me sienta menos culpable —digo, dándole un trago a mi cerveza—. Te recuerdo que cuando Daniel no estaba enfermo, ella le eligió a él, no a mí, y ahora lo hace, no sé… A veces me preocupa que Irina haya tomado esta decisión por la enfermedad de Daniel.

—No deberías cargar con todo el peso, Enzo. Además, si hay algo que puedes hacer por él, es asegurarte de que los niños e Irina estén felices. Eso también es por él. Irina no es así, es la persona menos interesada que conozco, ella te ama. Te ha elegido, y aunque te cueste creerlo, lo ha hecho. Valórate, vales todo lo que vale ella también, sois amor verdadero, de lo que ya no hay.

Las palabras de Mike tienen sentido, aunque no disipan completamente el nudo en mi pecho. Antes de que pueda responder, oímos las risas de los niños acercándose. Levanto la vista. Desde el

interior de casa, por la ventana, observo el horizonte y veo a Irina, Aby y los pequeños caminando hacia nosotros, sus siluetas recortadas contra el sol poniente.

—¡Venimos con hambre! Además, ahora tengo que alimentar a un bebé que crece en mi tripa, así que quiero comer —anuncia Aby, sonriendo mientras carga a Isadora, que parece agotada, pero feliz.

La cena transcurre con risas y conversaciones ligeras. Asamos pescado y carne, y los niños no paran de contar sus aventuras en la playa mientras Salem descansa bajo la mesa, claramente tan cansado como ellos.

Una vez los pequeños están en la cama, nos acomodamos en el porche, bajo la luz de la luna. Aby toma agua en lugar de vino, pero no parece importarle, ya que está tan relajada como el resto.

—¿Alguna vez pensaste que estarías así conmigo? —pregunta Aby de repente, mirando a Mike mientras apoya una mano en su vientre.

—Nunca —responde él con una sonrisa nostálgica—, pero estoy feliz de que las cosas hayan salido así.

—Yo tampoco pensé que llegaría a esto —admito, mirando a Irina, que está sentada a mi lado. Ella me devuelve la mirada y sonríe suavemente.

—A veces la vida da giros inesperados —dice ella.

La conversación continúa, ligera y sin prisas, mientras la noche avanza. Incluso en medio de las risas y el calor del vino, miro el cielo estrellado y pienso en Daniel, deseando en silencio que esté allí para compartir ese día con nosotros.

No debería desear que el ex de mi prometida esté el día de mi boda, pero la situación es muy diferente. Daniel no es solo el exnovio de Irina, es también el padre de Ian, quien crio a Isadora cuando yo no estaba, quien veló por Irina durante años, quien la ayudó a ser quien es cuando yo no estaba a su lado. Por eso es

mucho más que un simple antiguo amor en la vida de Irina, es parte de nuestra familia, y me alegra. Porque siempre ha hecho cosas buenas por las personas que más quiero.

Capítulo 41



La casa parece más tranquila desde que se fueron Aby y Mike. Aunque han sido días llenos de risas y planes, el silencio que dejan al marcharse nos da un respiro necesario. Salem parece extrañarlos, y los niños también. No pasa mucho tiempo antes de que la puerta se abra de nuevo para una nueva sorpresa.

—No os libráis de nosotros tan fácilmente, ¿eh? —dice Alexis mientras cruza el umbral con una sonrisa radiante, seguido de Edi, que carga varias bolsas.

—¡Alexis! ¡Edi! —grito, corriendo hacia ellos para abrazarlos. La alegría de tenerlos aquí llena la casa al instante.

—Pensamos que necesitarías refuerzos —añade Edi con una sonrisa mientras deja las bolsas en la mesa—. Y nos quedamos con ganas de más tiempo después de la boda.

Al escuchar el alboroto, los niños corren hacia Alexis y Edi, gritando emocionados. Salem, como siempre, se une a la fiesta, moviendo la cola y ladrando feliz.

—Vaya recibimiento —se ríe Alexis, inclinándose para abrazar a Isadora y a Ian.

—Os hemos echado de menos —dice Isadora, que le da un beso en la mejilla a Alexis.

Enzo aparece desde la cocina con una toalla colgando del hombro y una sonrisa divertida.

—¿Más visitas? Esto empieza a parecer un albergue.

—Un albergue muy exclusivo, ¿no ves que ahora estoy yo, querido? —replica Alexis con una sonrisa burlona.

La casa vuelve a llenarse de vida mientras se instalan. Aunque el aire ya es más fresco que en verano, aquí en Rota el clima sigue siendo amable, y decidimos aprovecharlo al máximo.

Por la tarde, tras dejar a los niños jugando en el jardín con Salem, Alexis, Edi, Enzo y yo nos reunimos en la terraza con una taza de café cada uno. Enzo nos cuenta que ya ha solicitado el permiso para la boda en la playa, y comenzamos a planear los detalles.

—¿Has pensado en el vestido? —me pregunta Edi emocionado.

—No mucho. Aby me dio ideas, pero he tenido tantas cosas en la cabeza que no he tenido tiempo —respondo, mirando a Enzo, que me lanza una sonrisa cómplice.

—Estás en buenas manos, ahora que estamos aquí —dice Alexis, señalándose a sí mismo con una expresión orgullosa—. Ya sabes que adoro esto.

El resto del día transcurre entre risas y conversaciones sobre la boda. Por la noche, mientras los niños se bañan, suena el teléfono. Miro la pantalla. Es Daniel.

Contesto y le paso el móvil a Isadora e Ian, quienes se emocionan al escuchar la voz de su «papá Daniel». Su alegría llena el baño mientras hablan sin parar de sus días en la playa, de Salem y de los planes para la boda.

Me siento en el suelo, observándolos. Cuando Daniel les pide que me pasen el teléfono, tomo aire antes de responder.

—Hola, Daniel.

—Hola, Irina. ¿Cómo estás?

—Bien, ocupados con los preparativos de la boda. Los niños están felices, aunque te echan mucho de menos.

—Yo también los echo de menos. ¿Cómo está todo por allí?

Hablamos durante unos minutos sobre los niños, sobre cómo están en el colegio, y él me cuenta de sus sesiones de quimioterapia. Cuando la conversación termina y cuelgo, miro el móvil y pienso en lo enfermo que parece.

Enzo entra en la cocina, donde he estado hablando con Daniel mientras mi prometido se encargaba del baño de los niños. Aunque intento ocultar mi preocupación, él lo nota al instante.

—¿Qué pasa?

—Era Daniel. —Suspiro—. Está… muy enfermo, Enzo. No creo que le quede mucho. Cada vez está peor, no sé qué hacer, me siento impotente.

Enzo se acerca y me abraza, dejando que descanse mi cabeza en su pecho.

—Está haciendo todo lo posible por llegar a la boda —susurra, acariciándome el cabello—. Por ti, por los niños… Quiere estar ese día tan importante para ti, y creo que sigue esforzándose solo por ese motivo. Por ti, como siempre. Tú has sido su fuerza y su motor para seguir con vida.

—Espero que tengas razón y que así sea —digo con menos esperanza de lo habitual.

—¡Estoy escuchando voces tristes y no me gusta! —oigo la voz de Alexis, que viene con Isadora en brazos. Detrás de ellos, Edi aparece cargando a Ian.

—Todo está bien —miento.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Ahora vamos a preparar una lasaña al horno, de carne y mucho queso —dice Edi.

—¡Qué rica! —dice mi hija.

—Venga, id al salón, que papá os ponga una película mientras nosotros hacemos la cena —digo, mirando a Enzo para que me haga caso.

Al dejarnos solos, mis amigos me abrazan. Saben que algo no va bien.

—Vamos a estar aquí contigo. No estás sola —me dice Edi.

—No sé qué haría sin vosotros, os lo digo de verdad. Sois mi familia, y siempre seréis las personas más importantes para mí —digo, dejando caer una lágrima por mi mejilla.

—Jamás nos separaremos, y procuraremos ser felices, aunque alguno se quede en el camino —dice, refiriéndose a Daniel.

Me quedo allí, sintiendo su calor y su apoyo. Un nudo se forma en mi garganta. La realidad de lo que está por venir parece cada vez más inevitable.

Capítulo 42



El teléfono suena temprano por la mañana, cuando todavía estoy en la cama, abrazada a Enzo. Apenas abro los ojos y veo el nombre de mi padre en la pantalla, algo dentro de mí se remueve. Contesto con rapidez.

—¿Papá?

Su voz al otro lado del teléfono es grave, quebrada.

—Irina, tienes que venir a Madrid. Es Daniel… Está ingresado. Los médicos no creen que pase de esta noche.

Las palabras se hunden en mí como un puñal, dejando un vacío en mi pecho.

—¿Qué? —logro decir con la voz rota—. ¿Cómo…?

—Su estado empeoró mucho anoche. Está pidiendo verte. Irina, sé que es complicado, pero tienes que venir.

Me falta el aire. Cuelgo el teléfono, incapaz de articular más palabras, y me vuelvo a Enzo, que ya está despierto y me mira con preocupación.

—Era mi padre —susurro, y mi voz tiembla—. Daniel… está ingresado. Los médicos creen que…

No puedo terminar la frase. Las lágrimas se desbordan. Enzo me abraza de inmediato, fuerte, como si quisiera sostenerme.

—Voy contigo —dice con firmeza.

—No. Alguien tiene que quedarse con los niños. No quiero que sepan nada todavía, no quiero preocuparles.

Enzo asiente lentamente, aunque su mirada refleja que no quiere dejarme ir sola.

—Alexis y Edi —continúo—. Les pediré que me acompañen.

Enzo me mira en silencio durante unos segundos antes de besar mi frente.

—Haz lo que necesites, amor. Yo me quedo aquí con los niños.

En menos de una hora, Alexis y Edi están en la puerta, con las maletas preparadas, al igual que yo, listos para acompañarme. Los niños todavía duermen, ajenos a lo que está pasando. Antes de irme, paso unos minutos en su habitación, observándolos mientras respiran tranquilos. Beso sus frentes y cierro las cortinas para que no entre luz.

—Os quiero, pequeños —susurro. Una lágrima cae desde mi ojo izquierdo.

Enzo se acerca por detrás y me pone una mano en el hombro.

—Estarán bien conmigo —me asegura.

—No es eso lo que me preocupa, sé que lo estarán. Pero… no volverán a ver a Daniel, y les estoy engañando.

—Estás haciendo lo correcto, de verdad.

Me doy la vuelta y le abrazo con fuerza.

—Te llamaré en cuanto llegue, te lo prometo.

Cuando subo al coche con Alexis y Edi, siento que mi corazón se parte en dos. Parte de mí quiere quedarse con mis hijos, protegerlos de lo que está pasando, pero sé que tengo que estar allí para Daniel.

El viaje a Madrid es silencioso, salvo por las palabras de ánimo de Alexis y Edi, que intentan distraerme, aunque saben que es inútil. Miro por la ventana, viendo el paisaje pasar. Todo parece borroso, distante. Mi cabeza está en Daniel, en el hombre que fue mi compañero durante tanto tiempo, el padre que crio a Isadora como si fuera suya, el amigo que siempre estuvo ahí incluso cuando yo no lo merecía, el hombre que trajo a Ian a la vida, quien me apoyó siempre y quien me ha amado incondicionalmente.

—¿Estás bien? —pregunta Alexis desde el asiento del conductor, mirándome por el retrovisor.

—No —respondo con honestidad.

Edi me aprieta la mano desde su asiento, ofreciéndome su apoyo en silencio.

Cuando llegamos a Madrid, mi padre nos está esperando en la entrada del hospital. Su rostro lo dice todo: tiene ojeras marcadas y una expresión sombría. Ha sido él quien ha pasado la noche con Daniel.

Corro hacia él y le abrazo. Dejo que las lágrimas salgan, sin retenerlas, sin miedo y sintiendo la protección de mi padre, quien llora también conmigo.

—No puede ser, papá… No puede ser verdad —digo entre llantos.

—Tienes que ser fuerte y prepararte para verle. Está lleno de cables y no es una imagen agradable. Irina, ya no queda nada del Daniel que conociste.

—Está en la habitación doscientos doce.

Alexis y Edi me acompañan hasta el pasillo. Cuando llegamos a la puerta, se detienen.

—Te esperamos aquí —dice Edi.

—Tú puedes con esto —dice Alexis.

Niego con la cabeza para luego dejarme caer en sus brazos. Los tres nos abrazamos.

—Estaremos aquí fuera. Cualquier cosa, nos avisas —dice Edi.

Tomo aire antes de empujar la puerta y entrar.

Capítulo 43



Abro la puerta con cuidado, como si de alguna manera el ruido pudiera dañarle. La habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz tenue de las máquinas que le rodean. Daniel está ahí, acostado, con tubos y cables conectados a su cuerpo, ayudándole a hacer lo que antes era natural: respirar. Me quedo quieta, paralizada. No es el Daniel fuerte que conocí, el que solía cargar a los niños sobre sus hombros o arreglar cualquier problema con una sonrisa. Este Daniel parece frágil, como si el peso de su cuerpo fuera demasiado para él.

—Daniel… —Mi voz sale baja, casi un susurro.

Sus ojos se abren lentamente al oírme, y una pequeña sonrisa aparece en sus labios.

—Irina —murmura. Su voz es débil, pero clara.

Me acerco a su cama y me siento en la silla junto a él. Tomo su mano, fría al tacto, y la sostengo con fuerza, para transmitirle algo de mi calor.

—Estoy aquí. —Veo cómo su pecho sube y baja con esfuerzo.

—Sabía que vendrías —responde, haciendo una pausa para recuperar el aire—. Siempre llegas cuando más te necesito.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos, pero las contengo. No quiero que me vea llorar.

—No podía no venir. —Mi voz es apenas un hilo—. Eres… y siempre serás una parte importante de mi vida.

—Eso me basta. Saber que siempre seré algo para ti, aunque sea pequeño.

—No eres pequeño, Daniel. Eres enorme. Has sido un pilar en mi vida, en la de los niños. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho.

Cierra los ojos, reuniendo fuerzas para continuar.

—No necesitas agradecerme nada, Irina. Tenerte a ti, aunque fuera poco tiempo, fue suficiente para mí.

Sus palabras son como un puñal en mi pecho. Quiero decir algo, pero no puedo. Me aprieta la mano con la poca fuerza que tiene.

—Prométeme algo —me dice, mirándome con esos ojos llenos de ternura y cansancio—. Prométeme que serás feliz, que no te culparás por nada.

Asiento rápidamente, aunque mi garganta tiene un nudo imposible de deshacer.

—Te lo prometo.

—Y cuida de Enzo. Recuérdale cuánto le amas: merece saberlo todos los días.

Mis lágrimas se escapan, rodando por mis mejillas.

—Claro que lo haré.

Daniel cierra los ojos de nuevo, agotado. Sus respiraciones son más pausadas, más débiles.

—No he llegado a tiempo para verte vestida de blanco…

Pongo mi mano en la suya, apretándola con fuerza.

—Eso no importa ahora, lo que importa es que estamos aquí, juntos.

—Yo… —intenta decir, pero su esfuerzo para respirar se complica más.

—Voy a dejarte descansar.

—Gracias… por todo —murmura, y sus palabras van desvaneciéndose.

Le acaricio la mano una última vez antes de soltarla y salir de la habitación.

Alexis y Edi están esperando en el pasillo. En cuanto me ven, se ponen de pie.

—¿Cómo está? —pregunta Alexis lleno de preocupación.

—Débil —respondo, limpiándome las lágrimas—, pero todavía puede hablar. Deberíais entrar a despediros.

Ambos entran en silencio, dejándome sola en el pasillo. Me apoyo contra la pared, sintiéndome vacía, como si el aire hubiera sido succionado de mis pulmones.

Saco el teléfono y llamo a Enzo. Apenas contesta, escucho su voz cálida y reconfortante.

—Amor, ¿cómo está todo?

—Nada bien —admito, y mi voz tiembla—. Está muy débil, Enzo. Los médicos dicen que no le queda mucho tiempo.

Él guarda silencio. Puedo imaginarle cerrando los ojos, procesando la noticia.

—Lo siento mucho, Irina. Ojalá pudiera estar ahí contigo.

—Te necesito allí, con los niños. Enzo, duele tanto verle así.

—Lo sé, mi vida, lo sé. No puedo imaginar lo difícil que debe ser para ti. Pero estás haciendo lo correcto. Estás ahí para él. Eso es lo que importa.

Asiento, aunque él no puede verme. Su voz es la única ancla que tengo en este momento.

—Gracias —le digo, y no sé si agradezco sus palabras, su apoyo o simplemente el hecho de que exista.

—Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? Estoy aquí para ti.

—Lo haré. Te amo, Enzo.

—Y yo a ti siempre, Irina.

Cuelgo el teléfono justo cuando Alexis y Edi salen de la habitación. Tienen los ojos rojos, y eso me dice lo que necesito saber. Nos miramos en silencio, compartiendo un dolor que no necesita palabras. Los tres sabemos perfectamente lo duro que va a ser el día de hoy, y que tarde o temprano la máquina que le mantiene con vida dejará de funcionar.

Capítulo 44



Me siento en la pequeña butaca junto a la cama de Daniel, sosteniéndole la mano, como si eso pudiera mantenerle aquí conmigo un poco más. Estoy agotada, pero no quiero apartarme. Finalmente, el cansancio me vence, y apoyo la cabeza en el borde de la cama, quedándome dormida mientras sigo aferrada a su mano.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el fuerte sonido de las máquinas me saque del sueño. Abro los ojos de golpe, desorientada, y de inmediato me doy cuenta de lo que está pasando. Las máquinas están pitando, una alarma ensordecedora llena la habitación, y el cuerpo de Daniel está inmóvil.

—¡No! ¡Daniel, no! No me dejes… —grito, poniéndome de pie de un salto mientras los médicos y las enfermeras irrumpen en la habitación.

—Señora, por favor, salga de aquí —me dice una de las enfermeras, pero no me muevo.

—¡Tienen que hacer algo! ¡No pueden dejarle morir! —les chillo, sintiendo cómo las lágrimas empiezan a caer descontroladamente por mi rostro.

—Señora, por favor, no puede estar aquí —repite la enfermera.

Uno de los médicos intenta calmarme; el resto trabaja frenéticamente alrededor de Daniel. Es inútil. Puedo verlo en sus rostros, en la forma en que sus movimientos pierden urgencia poco a poco.

—¡No! ¡No pueden dejarlo! ¡Por favor! —grito, tratando de acercarme a Daniel. Una mano firme me detiene.

—Irina, basta, déjalo ya. —La voz de Alexis llega a mis oídos, aunque apenas puedo oírle por encima de mis propios gritos.

Me agarra por los hombros, y lucho contra él, forcejeando para quedarme junto a Daniel.

—¡Déjame! ¡No puedo dejarle solo! Suéltame, Alexis, él me necesita —le suplico, pero Alexis me sostiene con fuerza.

Edi aparece detrás de él. Su rostro está pálido y lleno de dolor al ver la situación. Entre los dos logran apartarme de la cama y me llevan fuera de la habitación. Yo sigo llorando y gritando.

—¡Dejad que me quede! ¡Por favor, no me separéis de él! —grito, sintiendo como si me estuvieran arrancando un pedazo de mí al alejarme de Daniel.

Edi me abraza con fuerza mientras seguimos avanzando por el pasillo. Sujeta mis brazos, impidiéndome regresar. Alexis cierra la puerta de la habitación detrás de nosotros.

—Irina, tranquila, por favor —me susurra Edi. Mi pecho duele, y el aire parece no querer llegar a mis pulmones.

Caigo de rodillas en el pasillo, cubriéndome el rostro con las manos. No puedo dejar de llorar. Alexis y Edi se agachan a mi lado, intentando consolarme. No hay consuelo posible.

La única persona que siempre ha podido consolarme acaba de morir. La persona que estuvo en cada momento de mi vida ya no está, se ha ido, y para siempre.

—Daniel… —susurro, como si fuese a servir de algo.

Imagino la sonrisa de Daniel, sus manos acariciándome para calmarme, sus grandes palabras de consuelo y sus preciosos ojos viéndome antes de partir, justo en el momento en el que elegí a Enzo. Es como si mi imaginación estuviese recreando la imagen de una despedida que no ha sucedido y que no va a suceder.

—Irina, eh, vuelve conmigo —dice Alexis, dándome golpes en el hombro, haciéndome volver a la realidad.

Y la realidad me gusta mucho menos que la imaginación. Aquí no está Daniel, aquí solo estoy yo y mi soledad. El resto ya no importa, nada importa ya. Debía haberme preparado para este momento, creía que en cierto modo lo estaba, que era consciente de que esto pasaría tarde o temprano, pero no quería que llegase, no estaba preparada. Estos meses he vivido con la esperanza de que un milagro ocurriese y Daniel se curase, pero ha muerto y ya no está.

Más tarde, cuando el hospital se ha sumido en un silencio inquietante, siento la mano cálida de mi padre en mi hombro. No me he movido del lugar en el que caí, y mi cuerpo está agotado, aunque mi cabeza no puede dejar de dar vueltas.

—Voy a llamar a Enzo, le diré que vengan —me dice.

Asiento débilmente, sin fuerzas para discutir. Quiero que esté aquí, quiero que los niños estén aquí, aunque no sé cómo voy a explicarles que Daniel ya no está.

Mientras mi padre se aleja para hacer la llamada, Alexis y Edi se sientan a mi lado, en el suelo, uno a cada lado, sin decir una palabra. Por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente rota, como si una parte de mí hubiera muerto con Daniel. No puedo vivir mi duelo, no puedo llorar, ni permitirme hundirme, porque tengo dos hijos y un futuro marido que me necesitan. Y no puedo dejarles solos, no cuando mis pequeños han

perdido también a una persona muy importante para ellos. Tengo que mantenerme fuerte por ellos.

—No puedo estar mal, no quiero que los niños me vean así.

—Irina, puedes permitirte llorar, odiar al mundo y chillar. Acabas de perder a uno de los grandes amores de tu vida, y es normal que estés así. Los niños y Enzo lo entenderán, no puedes ir por la vida con una coraza —dice Alexis, apoyando su mano en mi rodilla.

—No pueden verme así los niños, ¿no lo entiendes?

—¿Y tú no entiendes que tus hijos también van a estar igual que tú cuando se enteren de que su padre ha muerto? —pregunta con un tono de voz elevado que hace que recapacite.

—Tienes razón.

Llevo tantos años intentando ser fuerte que a veces se me olvida que llorar o estar mal no significa ser una persona débil, y que eso tampoco te hace ser peor ni mejor persona. Sentir dolor, rabia o tristeza simplemente significa que una persona tiene sentimientos y es algo totalmente humano.

Capítulo 45

Enzo



El teléfono todavía está en mi mano cuando cuelgo la llamada del padre de Irina. Mi mente va a mil por hora, pero mi cuerpo parece haberse quedado congelado. Daniel ha muerto. Las palabras retumban en mi cabeza mientras trato de asimilarlo. Sé que tengo que decírselo a los niños, pero ¿cómo se le explica algo así a una niña de 5 años? ¿O a uno de 3?

Isadora e Ian están jugando con Salem en el suelo del salón, ajenos al dolor que acaba de atravesar nuestras vidas. Respiro hondo, tratando de reunir las fuerzas para enfrentarlos con la verdad.

—Niños, venid aquí un momento, por favor —les digo con suavidad, intentando no asustarlos.

Isadora levanta la cabeza. Sus ojos grandes y curiosos me miran con preocupación. Ian sigue jugando con Salem, completamente concentrado en lanzar una pelota.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta Isadora, acercándose a mí.

El término «papá» me golpea más fuerte de lo normal. Lo he escuchado muchas veces en su voz, pero hoy hay algo que suena diferente. Es un recordatorio de que, aunque yo esté aquí para ellos, han perdido a Daniel.

—Tengo que contaros algo muy importante —digo, arrodillándome frente a ellos para estar a su altura. Ian finalmente me mira, sujetando a Salem por el collar.

—¿Es sobre mamá? —pregunta Isadora, preocupada.

—No, mamá está bien —respondo de inmediato, intentando tranquilizarla—. Es sobre Daniel.

Ambos me miran, confundidos. Ian ladea la cabeza e Isadora frunce el ceño, como si intentara descifrar lo que voy a decir.

—Daniel… estaba muy enfermo, ¿os acordáis que mamá y yo os lo dijimos?

Asienten, pero no dicen nada.

—Hoy… Daniel se ha ido al cielo —digo finalmente, y mi garganta se cierra al pronunciar esas palabras.

El silencio que sigue es insoportable. Isadora me mira fijamente, procesando lo que acabo de decir. Ian, en cambio, se rasca la cabeza.

—¿Va a volver? —pregunta, con esa voz tan inocente y tan suya.

Mi corazón se rompe un poco más. Le acaricio la cabeza y niego suavemente.

—No, Ian, no va a volver.

—¿Por qué no? —insiste, su voz cargada de confusión.

—Porque en el cielo las personas se quedan allí para descansar. Ya no les duele nada, y están en paz. Aunque no le veamos, él siempre estará con nosotros.

De repente, Isadora se pone de pie, con los puños apretados y la cara roja de rabia.

—¡No es justo! —grita—. ¡Yo no quiero que esté en el cielo! ¡Quiero que vuelva!

—Isadora…, mi amor, escucha… —intento calmarla, pero me corta con más gritos.

—¡Tú no eres mi papá de verdad! ¡Él era mi papá, y ahora se ha ido! ¡Es tu culpa! —me grita con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Sé que no lo dice en serio, que es su manera de lidiar con el dolor, pero aun así duele. Duele que mi propia hija me diga eso. Daniel es quien ha cuidado de ella todos estos años y quien estuvo a su lado cuando no podía dormir o cuando tenía hambre. Yo he aparecido cinco años después, y aunque la quiera más que a nada en el mundo, es normal que ella le quiera más a él.

—Isadora, sé que le echas de menos, yo también —digo con la voz quebrada, intentando que entienda que yo también sufro—. Y no voy a reemplazarle. Nadie podrá reemplazarle, pero estoy aquí para ti, siempre.

Ella no responde, solo cruza los brazos y se aleja hacia el sofá, hundiendo la cabeza entre los cojines. Ian, mientras tanto, empieza a llorar, confundido y abrumado. Le cojo en mis brazos y le abrazo con fuerza.

—Está bien, campeón, puedes llorar —le susurro, aunque yo mismo estoy al borde de las lágrimas.

Después de un rato, Isadora se calma y vuelve junto a mí, abrazándose a mi costado mientras llora en silencio. No digo nada, solo los abrazo a ambos y espero a que pase la tormenta.

—Te quiero, papá. Perdón —dice Isa.

—Yo también te quiero, vida mía, más que a nada —digo, besando su frente varias veces.

Cuando logro calmarlos, preparo las maletas con las cosas de los niños y las mías. Salem nos sigue de un lado a otro, como si supiera que algo malo está pasando.

—¿Vamos a ver a mamá? —pregunta Isadora en un pequeño susurro.

—Sí, iremos a Madrid ahora mismo —respondo, cerrando la última maleta.

Los subo al coche, asegurándome de que estén cómodos. Salem se acomoda junto a ellos en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en las piernas de Isadora. Miro a los tres a través del espejo retrovisor y suspiro.

El viaje es silencioso. Los niños se quedan dormidos rápidamente, agotados por las emociones del día. Conduzco con las manos firmes en el volante. No dejo de pensar en Irina, en cómo debe estar ahora, enfrentando el peor dolor imaginable.

El cielo empieza a oscurecerse mientras nos acercamos a Madrid. Este es solo el principio de un proceso difícil; como familia, saldremos adelante. Por ahora, solo quiero estar allí para Irina y para los niños. Porque, aunque Daniel se haya ido, su legado vive en ellos, y prometo honrarlo cuidándolos con todo mi corazón.

—Voy a cuidar de ellos, Daniel, te lo prometo —susurro sin apartar la vista de la carretera.

Hace años, incluso meses, luchaba contra ese hombre por el amor de Irina, y ahora se ha ido, y para mi sorpresa me duele que haya pasado esto, porque sé lo buen hombre que era tanto con Irina como con los niños, y también sé lo mucho que le van a echar de menos. Seguramente haya gente en el mundo que no entienda que él también era parte de esta pequeña y extraña familia, quizás sea raro entender cómo dos hombres que han luchado por el amor de la misma persona se parecían más de lo que eran capaces de imaginar.

Así es, me duele la pérdida de Daniel, porque en el fondo compartíamos una familia y una vida en cierto modo.

Capítulo 46



El sonido de la puerta abriéndose me hace alzar la vista. Enzo entra primero, cargando con las maletas. Ian camina a su lado, sosteniendo la mano de Isadora, que parece aferrarse a él como si su vida dependiera de ello. Mi padre ha bajado a la calle a quedarse con Salem, que también ha venido.

Me pongo de pie de inmediato, dejando el rincón donde estaba sentada junto a Alexis. Mis piernas sienten el peso del cansancio, pero algo en mi interior me empuja hacia ellos.

—Mamá —dice Isadora en cuanto me ve, soltando a Enzo y corriendo hacia mí. La atrapo en un abrazo, sintiendo cómo se me aferra con fuerza. Ian, más tranquilo, se queda parado junto a Enzo, con la mirada fija en el suelo.

—Hola, mis amores —les digo, aunque de mi voz apenas sale un susurro. Mi corazón se encoge al ver sus caritas cansadas y llenas de preguntas.

Enzo se acerca y me pasa un brazo por la cintura, atrayéndome hacia él. Su presencia es un ancla en este mar de emociones.

—¿Cómo estás? —me pregunta al oído.

—He estado mejor —respondo con sinceridad mientras le abrazo con las pocas fuerzas que aún me quedan.

Miro a Ian, que sigue callado, y me agacho para estar a su altura.

—Ven aquí, cariño —le digo, extendiendo los brazos.

Duda un momento, pero se acerca y se acurruca contra mí. Le sostengo con fuerza, sintiendo su calor.

—¿Dónde está Daniel? —pregunta Isadora de repente, levantando la cabeza para mirarme.

Sus palabras son como un puñal. No quiero que le vean así, no quiero que su cuerpo frío y sin vida sea la última imagen que tengan de él.

—Está descansando, mi amor —le digo, acariciando su cabeza—. Los doctores lo están cuidando ahora.

Isadora frunce el ceño, claramente insatisfecha con mi respuesta, pero no insiste. Se acurruca más cerca de mí, y todo lo demás desaparece.

—Ven, siéntate con nosotros, mi pequeña —dice Alexis, señalándonos con un gesto las sillas que hay en la esquina de la sala.

Junto con Enzo, llevo a los niños allí.

La sala está en silencio, salvo por el susurro ocasional de conversaciones en voz baja. Edi ha ido con mi padre. Supongo que sigue intentando consolarle, aunque sé que es un consuelo insuficiente.

—¿Van a llevárselo pronto? —pregunta Enzo en voz baja, mirándome.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta.

—Sí, han dicho que en unas horas le trasladarán para el velatorio —respondo.

El tiempo parece moverse a cámara lenta. Los niños terminan quedándose dormidos, agotados por el viaje y las emociones del día. Enzo los acomoda en dos sillas, cubriéndolos con sus abrigos para mantenerlos calientes.

Los observo y siento una mezcla de gratitud y tristeza. Daniel se ha ido, pero me ha dejado estos dos pequeños tesoros. Miro a Enzo, que está sentado junto a ellos. Su mano acaricia el cabello de Isadora mientras la observa dormir. Es un momento de calma en medio del caos.

Los enfermeros entran para llevarse el cuerpo de Daniel. Mi pecho se aprieta al verlos, y me aferro al brazo de Alexis como si fuera mi salvavidas.

—¿Quieres despedirte? —me pregunta Enzo en voz baja, acercándose a mí.

Niego con la cabeza. Ya lo hice. Más de una vez. No puedo soportar volver a verle así.

—Está bien, mañana podrás hacerlo.

Los enfermeros se llevan a Daniel, y la sala queda más vacía que nunca. El silencio se vuelve insoportable, pero nadie se atreve a romperlo.

Me acerco a Enzo y me dejo caer a su lado. Apoyo mi cabeza en su hombro y cierro los ojos, permitiéndome un momento de descanso. Mañana será otro día, otro paso en este doloroso camino. Por ahora, lo único que puedo hacer es respirar y agradecer que no estoy sola.

No sé cómo voy a afrontar el funeral de Daniel, no sé qué voy a decir, ni cómo me mantendré con fuerzas para soportarlo, pero debo hacerlo, por él y por nuestros hijos.

Capítulo 47



La mañana del funeral comienza con un silencio opresivo que llena cada rincón de la casa. Todos estamos vestidos de negro. Incluso Salem lleva un lazo oscuro en su collar, como si entendiera la gravedad del día. Los niños están más callados de lo habitual. Isadora no ha dicho una palabra desde que se despertó, e Ian se aferra a Enzo como si soltarlo fuera demasiado aterrador.

Llegamos al cementerio, donde el ataúd de Daniel espera rodeado de flores blancas y velas. El olor a incienso llena el aire, mezclado con el de las flores frescas. Mis piernas tiemblan al caminar hacia el frente, donde nos sentamos los familiares más cercanos.

Los niños no se despegan de mí. Isadora sostiene mi mano con fuerza, sus ojos están clavados en el ataúd. Ian se acurruca en mi regazo, jugando con los bordes de mi vestido negro como si buscara consuelo en el tacto. Enzo se sienta a mi lado. Su mano cálida está apoyada en mi rodilla, dándome fuerza sin necesidad de palabras. Salem se queda en la entrada, tranquilo, pero alerta, como si supiera que no es un día cualquiera.

El sacerdote comienza con unas palabras solemnes; apenas las escucho. Mi mente está perdida en los recuerdos, imágenes de Daniel que pasan por mi cabeza como una película. Su risa. Su forma de mirar a los niños con ternura. El día en que nos conocimos.

Cuando llega el momento de hablar, siento que el aire me abandona. Alexis me da un apretón en el brazo.

—Tú puedes —me dice en un susurro.

Me levanto, mis piernas tiemblan con cada paso hacia el púlpito. Por un momento siento que solo estamos Daniel y yo.

—Daniel… —empiezo, y mi voz comienza a quebrarse de inmediato. Respiro hondo, intentando calmarme, pero las lágrimas ya están corriendo por mis mejillas—. No sé cómo despedirme de ti. Nunca imaginé que tendría que hacerlo.

Miro el ataúd, Mi corazón late con fuerza.

—Fuiste mi compañero, mi amigo, el padre de mis hijos y una de las personas más importantes de mi vida. Siempre me cuidaste, incluso cuando yo no sabía que necesitaba ser cuidada. Y aunque nuestra historia no terminó como habíamos imaginado, siempre estarás en mi corazón. Gracias por darme lo más bonito que tengo. Por enseñarme lo que significa amar y ser amada. Prometo que los cuidaré, que les hablaré de ti todos los días, para que nunca te olviden. Aún recuerdo cuando me entregaste la cartera que se me cayó aquel día, ¿quién diría que eso nos llevaría a esta preciosa historia de casi diez años? Daniel… Fuiste absolutamente una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, el amor para mi vida, como siempre te decía. Hoy, tu mente y tu cuerpo descansan en un lugar mejor, aunque el cielo sea demasiado afortunado por tenerte, y nosotros te hayamos disfrutado tan poco. Te quiero, y siempre te querré.

Me detengo, incapaz de continuar. Mis piernas tiemblan y siento que voy a caerme. Enzo se levanta y me ayuda a regresar a mi asiento.

Alexis es el siguiente en hablar. Se acerca con paso decidido; puedo ver el dolor en su rostro.

—Daniel era más que un amigo para mí. —Su voz es firme y llena de emoción—. Era como una especie de hermano. Un hombre generoso, valiente, y siempre dispuesto a darlo todo por los demás. Recuerdo que desde que entró en la vida de Irina pude ver lo mucho que la quería, lo dispuesto que estaba por luchar contra viento y marea por cada situación, y, sobre todo, lo buen padre y amigo que fue. Le voy a extrañar más de lo que puedo expresar con palabras. Gracias, amigo, por todo lo que nos diste. Descansa en paz, te quiero.

Hace una pausa, sus ojos fijos en el ataúd, como si le hablase directamente al cuerpo que descansa en él.

Cuando Alexis termina, regresa a su asiento y me da un apretón en la mano. Entonces, para mi sorpresa, Isadora se levanta. Su pequeña figura parece demasiado frágil para enfrentarse a este momento, pero hay una determinación en sus ojos que me rompe el corazón.

—Quiero decir algo —anuncia con voz temblorosa.

La miro con orgullo y miedo al mismo tiempo, pero no intervengo.

—Papá era el mejor papá del mundo —dice con una simpleza que hace que las lágrimas corran por las mejillas de los presentes—. Siempre jugaba conmigo y me decía que era una princesa. Le voy a echar de menos, pero sé que está en el cielo cuidándonos a todos. Te quiero, papi Daniel.

Sus palabras son breves y llenas de amor. Cuando regresa a su asiento, la envuelvo en un abrazo, incapaz de contener las lágrimas.

El resto del funeral pasa en un borrón de emociones. Los niños lloran aferrándose al ataúd cuando llega el momento de llevárselo. Ian no entiende del todo lo que está pasando. Isadora grita y llora, intentando detenerlos. Enzo y Alexis tienen que apartarlos. Yo me quedo de pie, mirando cómo se llevan a Daniel por última vez.

El dolor es insoportable, pero sé que tengo que ser fuerte, por ellos, por todos nosotros. Daniel se ha ido, pero su amor y su recuerdo seguirán con nosotros para siempre.

—¿Qué voy a hacer con la casa? ¿Con todo?…

—La casa no la vas a vender, el día de mañana será para los niños. Y aunque Daniel se haya ido, no tienes que deshacerte de sus cosas —me dice Enzo.

Capítulo 48



Ha pasado una semana desde que despedimos a Daniel, y aunque el dolor sigue ahí, el tiempo ha empezado a suavizarlo. Los niños preguntan por él de vez en cuando, y siempre intento responder con calma, aunque por dentro me desgarre. A veces, Isadora se queda callada, mirando por la ventana, como si esperara verle aparecer en cualquier momento. Ian, por otro lado, parece más centrado en los preparativos de la boda, emocionado porque será «el caballero» que llevará los anillos.

Enzo ha estado más silencioso estos días, pero no de una manera negativa. Le conozco lo suficiente para saber que está pensando, maquinando algo. Mientras desayunamos, veo como sus ojos intentan decirme algo que con su voz no puede.

—He estado dándole vueltas a una idea —dice, con ese brillo en los ojos que siempre aparece cuando algo le emociona—. Quiero abrir una escuela de teatro aquí, en Rota.

Me quedo mirándole, sorprendida y al mismo tiempo emocionada.

—¿Una escuela de teatro?

—Sí. Llevo años pensando en ello, pero nunca me atreví a hacerlo. Ahora, después de lo que ha pasado, creo que es el momento. Quiero hacer algo que marque una diferencia, algo que me apasione.

No puedo evitar sonreír. Enzo siempre ha sido un apasionado del teatro, y sé que sería increíble enseñando.

—Creo que es una idea maravillosa —le digo, tomando su mano—. ¿Has mirado locales?

—No aún. Tu padre y yo hablamos de ello hace unos días, y me animó mucho. Me contó historias de cuando trabajaba, y de cómo su vida cambió cuando abrió la suya.

El apoyo de mi padre significa mucho para Enzo, lo sé. Desde que llegamos a Rota, han forjado una relación especial, como si mi padre viera en él al hijo que nunca tuvo. Antes ya le quería, ahora su relación ha mejorado con creces. Mi padre sabe que Enzo es quien me hace feliz, y que yo le amo demasiado.

—Sabes que estaré contigo en esto —le digo—. Y los niños estarán encantados de tenerte cerca mientras trabajas en algo que amas.

Enzo sonríe, y por un momento parece dejar de lado las preocupaciones que llevamos cargando desde la muerte de Daniel.

Más tarde, mi padre se acerca.

—Así que ya te lo ha contado —dice con una sonrisa mientras se sienta a mi lado en el porche.

—Sí. ¿Fuiste tú quien le metió la idea en la cabeza?

—No exactamente. Fue algo que surgió mientras hablábamos de teatro. Me gusta ver cómo Enzo está buscando su lugar aquí, en Rota. Es un buen hombre, Irina. Sé que Daniel siempre será parte de ti, pero Enzo… Él está aquí para construir un futuro contigo.

Su voz tiene ese tono sabio y calmado que siempre he admirado en él.

—Lo sé, papá. Estoy muy agradecida de tenerle.

—Pues entonces apóyale. Será un gran proyecto para él, y para todos. Estoy orgulloso de ese muchacho que un día salvé.

—Enzo no sería quien es si no fuese por ti.

—Por los dos, más bien. Tú le has hecho mejor, al igual que él a ti —dice, posando su mano en mi rodilla.

Cuando Enzo regresa más tarde, le veo hablando con los niños sobre sus planes para la escuela. Isadora le sugiere que tenga un «teatro mágico» donde puedan hacer obras de princesas y dragones. Ian insiste en que necesita una «sala secreta para caballeros». Salem ladra como si estuviera de acuerdo.

Miro a mi pequeña familia y siento una calidez que empieza a reemplazar el dolor de los últimos días. Sí, seguimos dolidos por la pérdida de Daniel, pero también seguimos adelante, juntos. Y ahora, con la boda tan cerca y este nuevo sueño de Enzo en camino, veo que estamos construyendo algo precioso, algo que vale la pena celebrar, por lo que vale la pena vivir.

No sé lo que durará este instante de felicidad, de calma y de olvido, pero sí sé que, teniendo a estas personas a mi lado, puedo ser feliz.

Soy afortunada, y aunque tenga momentos difíciles y dolorosos, tengo a gente que me ayuda a mejorar cada día, que me incita a querer buscar el lado positivo de las cosas malas que ocurren.

Capítulo 49



El sol se está poniendo y la casa se llena de ese suave brillo que hace que todo parezca un poco más mágico. He pasado la tarde organizando los últimos detalles de la boda. Enzo y yo hemos decidido que la ceremonia será sencilla, aunque no por eso menos especial. Los niños están emocionados, mi padre está más involucrado que nunca, y Salem sigue siendo Salem, paseándose por la casa como si fuera el rey. Y no me extraña, porque le cuidamos más que a nadie.

Isadora e Ian están en el jardín, peleándose por quién llevará los anillos. Salem, que hasta hace unos minutos era parte de su juego, ha decidido tumbarse en la hierba, claramente cansado de sus discusiones. Enzo está en la cocina, intentando convencer a mi padre de que le dé su receta de paella para incluirla en el menú del día de la boda. Desde aquí puedo oír sus risas y la ligera competitividad que siempre surge cuando esos dos hombres están juntos. Alexis y Edi han ido a comprar algunas cosas necesarias para la ceremonia. Yo me limito a observar a mi preciosa familia.

La semana pasada fue oscura y dolorosa. Hoy todo parece brillar con una nueva luz. Daniel siempre será parte de nosotros, lo siento en cada rincón de mi corazón y lo veo en los ojos de mis hijos. Este nuevo capítulo en nuestras vidas es una forma de honrarlo, de demostrar que seguimos adelante, que la vida continúa, aunque el dolor nunca desaparezca del todo.

Decido unirme a los niños en el jardín. Ian está construyendo algo que llama «el castillo de anillos» con ramas y hojas. Isadora parece estar dándole órdenes como si fuera su arquitecta personal. Me siento en el césped junto a ellos, riendo por su seriedad. Salem aprovecha y se hace un hueco entre mis piernas, para que pueda acariciarlo.

—¿Qué estás haciendo, Ian? —pregunto, acariciando su cabeza.

—Es un castillo para que los anillos estén seguros hasta el día de la boda —dice con total convicción, y sigue colocando hojas en lo que parece ser una pequeña fortaleza.

Isadora le mira con los brazos cruzados, claramente molesta.

—Eso no servirá, Ian. Los anillos no pueden estar en un castillo, tienen que estar en un cojín bonito. Mamá, dile que no puede usar hojas.

—Creo que ambos tenéis razón —digo, intentando mediar. Luego miro a Ian—. Tal vez podamos guardar los anillos en el castillo hasta el día de la boda y luego los ponemos en el cojín, ¿qué te parece?

Ian asiente emocionado, y por primera vez en todo el día Isadora parece satisfecha. Me quedo observándolos mientras trabajan juntos. En momentos así me doy cuenta de lo afortunada que soy.

Más tarde, el cielo comienza a oscurecer y Enzo sale al jardín con dos copas de vino. Me entrega una y se sienta a mi lado en el césped.

—¿Qué hacen estos dos? ¿Ya están tramando algo? —pregunta, señalando a los niños, que ahora parecen estar decorando el castillo con flores que han arrancado de los arbustos.

—Construyendo una fortaleza para los anillos. Creo que están más emocionados por la boda que nosotros.

Después de lo que hemos pasado, todavía logra mirarme como si fuera la primera vez.

—¿Estás bien? —pregunta, inclinándose hacia mí.

—Sí. Pensaba en lo lejos que hemos llegado.

—Ha sido un camino complicado —admite, tomando mi mano—, y míranos ahora. Lo logramos.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad del momento. Salem se nos une, tumbándose cerca de mis piernas de nuevo.

Tras acostar a los niños, mi padre nos propone un juego de cartas en el salón. Aceptamos, aunque Enzo y yo terminamos perdiendo estrepitosamente contra él. A pesar de la derrota, nos reímos tanto que termino con lágrimas en los ojos. Es un recordatorio de que, aunque la vida puede ser difícil, siempre hay espacio para la alegría.

Más tarde, cuando todos duermen, salgo al porche con una manta. Me siento en el balancín y miro las estrellas. La brisa es fresca, y el aire huele a sal y jazmín. Estoy perdida en mis pensamientos cuando Enzo aparece, trayendo otra manta.

—¿No podías dormir? —pregunta, sentándose a mi lado.

—No quería, en realidad. Este es uno de esos momentos que no quiero perderme.

Él me rodea con su brazo, y me acurruco contra él, sintiéndome más segura que nunca.

—Espero que haya hueco para uno más —dice, con ese tono de voz tan bonito que tiene para hablarme siempre.

—¿Crees que Daniel está ahí arriba, mirando? —pregunto en voz baja, sin saber realmente por qué siento la necesidad de decirlo.

Enzo tarda un momento en responder, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Creo que sí. Y creo que estaría orgulloso de ti, de los niños…

—Es difícil no pensar en él —admito—. Sobre todo ahora, con la boda tan cerca. Siempre quise que estuviera ahí para vernos, él también lo quería.

—Lo está —responde Enzo con una firmeza que me sorprende—. De alguna manera, lo está.

Nos quedamos en silencio, bajo el cielo estrellado.

A la mañana siguiente, la casa vuelve a llenarse de movimiento. Isadora e Ian están ansiosos por continuar con su proyecto del castillo de anillos, y mi padre está planeando una barbacoa para el almuerzo junto con Edi, mientras Alexis se encarga de limpiar y recoger la casa. Enzo recibe una llamada del agente inmobiliario sobre el local que quiere ver. Parece emocionado y nervioso.

—¿Qué es lo que te preocupa? Te conozco, y algo te ronda por la cabeza —digo.

—¿Y si no es el lugar correcto? —me pregunta.

—Entonces seguiremos buscando —respondo, agarrando su mano —. No te preocupes, lo encontrarás. Estoy segura —digo, refiriéndome también a nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque siempre lo haces.

Su sonrisa es suficiente para calmar cualquier duda que tenga.

Después del desayuno, Enzo se marcha a ver el local. Isadora insiste en que necesita ensayar su discurso para la boda. Ian decide que Salem también debe participar en la ceremonia. Paso la mañana

mediando entre sus ideas y asegurándome de que no destruyan la casa en el proceso.

Enzo regresa con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto mientras los niños corren hacia él, gritando emocionados.

—Creo que lo he encontrado —dice, mirándome con esa chispa en los ojos que tanto amo—. Es perfecto, Irina.

—Lo sabía. Sabía que lo encontrarías.

La emoción en su rostro es contagiosa, y mientras nos cuenta todos los detalles del local durante la comida, siento que estamos dando un paso más hacia el futuro que siempre soñamos.

La tarde transcurre tranquila. Mi padre nos ayuda a revisar los últimos detalles de la boda. Enzo parece más relajado que nunca, y su entusiasmo por el local es evidente.

—Creo que tengo más ganas de vuestra boda que de cualquier otra cosa —dice Alexis.

—Diría que estás trabajando más que en la nuestra —le responde Edi, bromeando.

—Es que es la boda de mi mejor amiga. Búscate una, y cuando se case, me cuentas la emoción que sientes —le dice, y sonrío al verlos.

Esa noche, salgo al porche nuevamente. Enzo me encuentra ahí, como siempre, y se sienta a mi lado.

—¿Por qué siempre terminas aquí?

—Porque aquí puedo pensar sin tener distracciones —respondo, mirando las estrellas—. Y porque aquí es donde siempre termino encontrándome a mí misma.

—Entonces este será nuestro lugar.

Su voz tiene un tono de promesa, y lo dice en serio.

Me recuesto contra él, dejando que el silencio hable por nosotros. No necesitamos palabras para saber que estamos donde debemos

estar.

Agradezco que todos estén aquí. Aunque la casa es pequeña, tiene el tamaño perfecto para que nos sintamos todos cerca.

Capítulo 50

Enzo



El día comienza con el suave aroma del café recién hecho. Estoy en la cocina, mirando por la ventana cómo el sol empieza a iluminar el jardín. Los niños están todavía dormidos, y la casa está en ese raro momento de calma que solo existe antes de que comience el movimiento de la rutina.

Irina entra en la cocina, todavía en pijama, con el pelo desordenado y una ligera sonrisa en el rostro. Tiene ese brillo en los ojos que siempre me alegra los días.

—Buenos días —dice mientras se sirve una taza de café y se sienta a la mesa.

—Buenos días —respondo, inclinándome para besarla en la frente.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta, entrecerrando los ojos.

—¿Cómo sabes que estoy pensando en algo?

—Te conozco, Enzo. Siempre estás pensando.

Me río suavemente, pero no puedo evitar la sinceridad que sigue.

—Estaba pensando en lo lejos que hemos llegado. En la boda. En los niños. En el local…, en todo.

Irina me mira con esa mezcla de ternura y fuerza que siempre tiene cuando quiere que me abra con ella.

—¿Estás nervioso?

—Un poco —admito, sentándome frente a ella—. No tanto por nosotros o por la boda, sino por lo que viene después. Quiero que todo salga bien, que tengamos la vida que hemos soñado.

Ella pone su mano sobre la mía y la aprieta ligeramente.

—Lo haremos, Enzo. Juntos, como siempre.

Esas palabras son suficientes para calmar cualquier tormenta interna.

Después de que los niños se despiertan y el desayuno se convierte en un caos de risas y discusiones sobre quién se ha comido la última tostada, decidimos irnos al parque. Ian insiste en llevar a Salem, que parece resignado a la correa como si fuera una especie de castigo.

Hemos pensado que estos días, con todo el lío de los preparativos de la boda, los niños debían quedarse en casa. Hablamos con sus profesores y nos dieron su aprobación, también nos comentaron que nos mandarían todos los días tarea para ellos.

En el parque, Isadora trepa a los columpios mientras Ian corre detrás de Salem, que claramente tiene más energía de la que parece. Me siento en un banco junto a Irina, observando cómo nuestros hijos llenan el espacio con sus risas.

—¿Recuerdas cuando pensaste que esto no era para ti? —me pregunta de repente, con una sonrisa traviesa.

—¿El qué?

—La vida familiar, vivir lejos de la gran ciudad… —responde, inclinándose hacia mí—. Dijiste que no te veías en una vida así.

—Y todavía no lo sé —bromeo, señalando a Ian, que ahora está cubierto de arena de pies a cabeza—. Pero cada día me sorprendo de lo mucho que amo este caos. Quise cumplir tu sueño de vivir en

la playa, y al final resultó que también era el mío. Todo esto es lo que siempre había necesitado, aunque no lo supiera.

Irina se ríe, y ese sonido es como música para mí. Me quedo mirándola, sintiéndome abrumado por todo lo que ella significa para mí. Lo mucho que ha significado siempre, aun cuando no la tenía cerca.

—No sé cómo lo haces —digo en voz baja.

—¿El qué?

—Que todo parezca tan fácil.

Ella me mira sorprendida.

—¿Fácil? Enzo, esto no es fácil, pero es nuestro, y ya solo por eso vale la pena. Cada segundo.

Sus palabras se quedan conmigo mientras recogemos a los niños y nos dirigimos de vuelta a casa.

Por la tarde, cuando Ian está durmiendo la siesta e Isadora está en el jardín dibujando con tiza en el suelo, me encuentro sentado en el salón con mi cuaderno de notas. Es donde intento escribir los votos para la boda, esperando que sean perfectos.

Irina pasa por el salón, cargando una torre de ropa limpia, y me detengo para observarla. Ella siempre está haciendo algo, siempre asegurándose de que todo funcione.

—¿Qué miras? —pregunta, con una ceja levantada.

—A ti.

Ella deja la ropa sobre el sofá y se sienta a mi lado.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en el local. Quiero que sea más que una escuela de teatro. Quiero que sea un lugar donde la gente se sienta como en casa, donde puedan ser ellos mismos.

—Entonces hazlo, Enzo. Hazlo a tu manera.

Esas palabras, simples pero llenas de significado, me dan la confianza que necesito.

Esa noche, después de acostar a los niños, salimos al porche con una botella de vino. Es nuestro ritual, nuestro momento de desconexión después de un día lleno de responsabilidades.

—¿Has pensado en tus votos? —me pregunta Irina con una sonrisa juguetona.

—Estoy trabajando en ellos —respondo, tomando un sorbo de vino—. No quiero que sean demasiado cursis.

—Oh, entonces estoy deseando escucharlos.

La miro, y de repente me doy cuenta de algo. Algo que quizás ya sabía de antes, pero que cada día tengo más claro.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de nosotros?

—¿Qué?

—Que nunca dejamos de ser nosotros mismos. Incluso en medio de este lío, siempre volvemos el uno al otro.

—Eso es porque tú eres mi casa, Enzo —dice en voz baja.

Sus palabras me golpean como una verdad que siempre he sabido pero que nunca había puesto en palabras.

—Y tú eres la mía —respondo, inclinándome para besarla.

Cuando nos vamos a la cama, me quedo despierto un rato, mirando el techo y pensando en lo que está por venir. La boda, el local, la tienda de Irina, nuestra vida juntos. Es un futuro que nunca imaginé que tendría, o que quizás no pensaba que merecía, pero ahora no puedo imaginarlo de otra manera.

Me vuelvo hacia Irina, que está profundamente dormida, y la observo. Hay algo en su tranquilidad que me llena de paz.

Siempre supe cuánto la amaba, aunque quizás no imaginaba que ese amor pudiera aumentar con los años, y ahora me doy cuenta de

que ella lo es todo para mí, es la persona que me ha mantenido con vida, y ahora es mucho más que eso.

Mañana será otro día lleno de planes y responsabilidades, pero esta noche todo está como debe estar.

Y por primera vez en mucho tiempo siento que pertenezco a un lugar, que tengo un sitio en el mundo.

Capítulo 51



La casa está llena de movimiento, casi como si tuviera vida propia. Desde el amanecer, el timbre no ha dejado de sonar, las puertas se abren y cierran constantemente, y las voces de los que han venido a ayudar resuenan por cada rincón.

Mike y Alexis están en el jardín, discutiendo sobre la ubicación exacta de las mesas. Aby y Edi parecen haber tomado control absoluto de la decoración floral. Enzo ha desaparecido en algún momento de la mañana con mi padre, probablemente para encargarse de algún detalle de última hora.

—Irina, ¿puedes venir un momento? —grita Aby desde la cocina.

Respiro hondo antes de responder.

—¡Voy!

Al entrar, la encuentro rodeada de cajas con velas, jarrones y flores. Salem está sentado junto a ella, mirándola con curiosidad mientras revisa una lista interminable.

—¿Podemos decidir de una vez qué hacer con esto? —pregunta, señalando un grupo de jarrones de cristal que no tienen lugar asignado.

—¿No se suponía que iban en las mesas auxiliares? —respondo, aunque no estoy completamente segura.

Aby me lanza una mirada de desesperación antes de soltar un suspiro exagerado.

—Bien, los pondré ahí. Pero si alguien dice que no combinan, será tu culpa.

Sonrío, agradeciendo en silencio que haya asumido tanto trabajo.

A medida que avanza el día, el caos parece intensificarse. Isadora e Ian corren por la casa, emocionados por lo que está pasando, aunque todavía no entienden la importancia del evento. Salem los sigue de cerca, como si fuera su sombra.

—¡Mamá! —grita Isadora, entrando en el salón con un ramo de flores en las manos—. ¿Estas son las tuyas?

—No, cariño, esas son para las mesas. Las mías estarán listas mañana.

—¿Y puedo tener yo un ramo como el tuyo? —pregunta, con una mezcla de emoción y esperanza.

—Claro que sí —le respondo, acariciando su cabello—. Te haré uno especial.

Ian, que parece no querer quedarse atrás, se acerca con una pequeña corona de flores en la cabeza.

—¿Yo también puedo tener uno?

—Por supuesto —le digo, intentando no reírme.

Por la tarde, mientras todos están ocupados con los últimos detalles, Enzo finalmente regresa con mi padre. Ambos traen varias bolsas en las manos y parecen agotados, pero satisfechos.

—¿Todo listo? —les pregunto.

—Casi —responde Enzo, dejándose caer en el sofá—. Solo falta que alguien me recuerde por qué decidimos hacer esto nosotros mismos en lugar de contratar a alguien.

—Porque somos un equipo, y eso incluye hacer el trabajo duro —responde Alexis desde la puerta, con una sonrisa burlona.

Enzo le lanza una mirada antes de levantarse de nuevo.

—Vale, ¿qué más queda por hacer?

—Descansa un poco —respondo antes de que alguien pueda darle una tarea más.

Él me mira y asiente, como si entendiera exactamente lo que estoy pensando.

Por la noche, después de que los niños se han ido a la cama y la mayoría de los preparativos están terminados, nos reunimos en el salón para un momento de tranquilidad antes del gran día.

Aby y Edi están en el sofá, revisando las últimas fotos de cómo quedó el jardín. Mike y Alexis discuten sobre el menú de mañana. Enzo y yo estamos sentados en el suelo, con Salem acurrucado entre nosotros.

—¿Nerviosa? —me pregunta en voz baja.

—Un poco —admito, aunque es más emoción que nervios.

—Todo saldrá bien —me asegura, tomando mi mano—. Y si algo sale mal, al menos tenemos a Salem para arreglarlo.

—Veo a estas personas aquí, por nosotros…, y pienso en lo afortunados que somos. Va a ser una boda pequeña, pero sin duda la mejor de todas.

—Tenemos mucha suerte, es cierto. Pero están locos, ¿estás segura de que no deberíamos cambiar de amigos?

Su comentario me hace reír, y el cansancio del día desaparece.

Cuando subo a la habitación, el silencio de la casa es un contraste total con el bullicio del día. Me siento en la cama, mirando el vestido que cuelga del armario. Es sencillo, justo como lo imaginé. Verlo ahí hace que parezca más real.

Mañana me casaré con Enzo.

El pensamiento es emocionante y aterrador al mismo tiempo. Hemos pasado por tanto para llegar aquí, y aunque sé que no será fácil, no podría imaginar hacerlo con nadie más.

Una suave llamada en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—¿Puedo pasar? —Aby asoma la cabeza.

—Claro.

Entra con una taza de café y se sienta a mi lado.

—Pensé que podrías necesitar esto —dice, ofreciéndome la taza.

—Gracias, lo cierto es que sí.

—No suelo decir estas cosas, pero estoy muy feliz por ti, Irina. Enzo es un buen hombre, y tú mereces toda la felicidad del mundo.

Sus palabras me emocionan más de lo que esperaba, y la abrazo.

—Gracias, Aby. Significa mucho para mí.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, bastante.

—Las bodas son así, intentas que todo el mundo disfrute, pero en realidad, los novios nunca lo hacen. En mi boda, yo estaba más pendiente de los invitados que de Mike. Pero todo salió bien.

—Bueno, todo todo… —digo, riéndome al recordarlo.

—Irina, incluso aquella discusión vuestra salió bien. Mira dónde estás ahora. ¿Crees que, si Enzo no hubiera ido a buscarte a la tienda, ahora estarías aquí?

—Quizás no…

—Estáis hechos el uno para el otro, seréis muy felices. Ahora voy a dormir, no quiero tener ojeras mañana. Descansa. Si necesitas algo, estoy en el sofá durmiendo —dice riéndose.

La forma de dormir está siendo un caos, repartidos entre sofás, colchones por el suelo, mi padre durmiendo con Ian… No sé cómo nos las hemos apañado…

Me quedo sola de nuevo. Esta vez, en lugar de nervios, siento paz. Estoy lista para lo que venga.

Capítulo 52



El sol apenas empieza a asomarse por el horizonte cuando despierto. La casa está en calma, pero sé que no pasará mucho tiempo antes de que el bullicio del día comience. Hoy es el día.

Me siento en la cama, observando el vestido colgado en el armario. Es tan sencillo y delicado que parece una extensión de mí misma. Por un momento, el vértigo amenaza con instalarse en mi pecho, pero lo aparto con un suspiro profundo.

—Hoy es el día —susurro, como si al decirlo en voz alta pudiera hacerlo más real.

No pasa mucho tiempo antes de que Aby entre en mi habitación, trayendo consigo su habitual energía.

—¡Buenos días, futura señora de Enzo! —dice con una sonrisa tan grande que me hace reír.

—Buenos días, Aby.

—Espero que hayas descansado, porque tenemos mucho trabajo que hacer antes de que te conviertas en la mujer más hermosa de esta playa.

Detrás de ella aparece Alexis con una taza de café en la mano.

—Tranquila, Irina. La loca de Aby tiene todo bajo control. Yo solo estoy aquí para supervisar.

—¿Supervisar o molestar? —le responde con una sonrisa.

Alexis se encoge de hombros.

—Un poco de ambas, tal vez.

La mañana transcurre en un torbellino de actividad. Aby y Alexis se turnan para arreglarme el pelo y maquillarme mientras me hacen reír con sus bromas y comentarios sarcásticos. Salem entra y sale de la habitación, llevando consigo una energía tranquila que parece contagiarme.

—No puedo creer que este sea el día —digo mientras Alexis ajusta el velo sobre mi cabello.

—Bueno, yo sí —responde él—. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

Aby asiente, dándome una palmadita en el hombro.

—Y Enzo es un buen tipo. Es obvio que te adora.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero las detengo antes de que puedan arruinar el maquillaje que tanto trabajo les ha costado.

—Gracias a los dos. No sé qué haría sin vuestra ayuda.

—Estarías desastrosa, seguro —dice Alexis, fingiendo seriedad, y los tres estallamos en carcajadas.

Aby me ayuda a ponerme el vestido, asegurándose de que cada detalle esté perfecto. Alexis se encarga de que mi ramo esté listo.

Cuando estoy vestida, ambos se quedan mirándome en silencio.

—Estás preciosa, Irina —dice Alexis.

Aby asiente con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo estás. Enzo va a llorar cuando te vea.

Sus palabras me hacen reír, aunque también siento un nudo en la garganta.

—¿Listos? —pregunto, cogiendo el ramo.

—Más que listos —responde Aby, abriendo la puerta.

Antes de salir, dedico un par de segundos a mirarme. El vestido blanco es precioso, de encaje y con unas mangas largas que se ajustan perfectamente a mi brazo. La cola es más larga de lo que esperaba; aun así es perfecta. El maquillaje ha quedado sutil, justo lo que quería. Los labios, con un marrón nude, las pestañas marcadas y el contorno de la cara impecable. El pelo, Alexis se ha encargado de ondularlo a la perfección, dejando mechones por delante sueltos. El velo no deja ver el peinado, por lo que decido quitármelo en el último segundo.

Salimos de la casa y el sol ya está alto en el cielo, bañando todo con una luz dorada. Un coche nos espera para llevarnos a la playa, donde todos esperan.

El trayecto es corto. Mi cabeza está llena de pensamientos y emociones. Pienso en todo lo que arrastramos, en las pérdidas y las alegrías, en Daniel, en los niños, en Enzo. Ha sido parte de un camino que, aunque difícil, me ha llevado adonde debo estar.

Llegamos a la playa. El lugar es aún más hermoso de lo que imaginé. Las sillas blancas están dispuestas en filas, decoradas con pequeñas flores silvestres. Una pérgola adornada con telas y más flores se encuentra al final del pasillo de arena, y ahí está Enzo, esperándome.

El corazón se me acelera al verle vestido con un traje claro que resalta sus ojos y su sonrisa nerviosa.

—Es ahora o nunca —susurra Aby antes de darme un suave empujón.

Desde donde estoy, puedo ver a Isadora e Ian sentados. Están impecables, aunque las mejillas de Ian tienen rastros de arena que nadie ha limpiado del todo.

—¿Lista? —pregunta mi padre, cogiendo mi brazo.

—No dejes que me caiga, papá. No me sueltes.

—Nunca. Siempre estaré a tu lado, aunque no puedas verme.

Comienzo a caminar por el pasillo; el mundo parece detenerse. Todo lo que puedo ver es a Enzo, su mirada está fija en mí, como si nada más importara. Sus ojos comienzan a derramar lágrimas.

Y en ese momento sé que, por fin, he conseguido lo que más quería.

Capítulo 53



El sonido del viento acariciando las olas y el murmullo de los invitados crean el telón de fondo perfecto. Camino hacia Enzo, con la arena cálida bajo mis pies, sintiendo que el mundo entero está en pausa. Todo se reduce a este momento.

Enzo me mira como si nunca hubiera visto nada más hermoso. Su expresión mezcla emoción, amor y una pizca de nerviosismo. Cuando llego a su lado, coge mis manos, y su pulgar acaricia suavemente mi piel. Es su manera de decirme que estamos juntos en esto.

El juez, un hombre de mediana edad, con una voz cálida, comienza la ceremonia con una sonrisa. Es un buen amigo de Enzo, por eso ha accedido a celebrar la boda aquí, en la playa. Nada me sorprende viniendo del don de gentes de Enzo.

—Estamos aquí hoy para celebrar el amor de Irina y Enzo —dice, mirando a los presentes—. Un amor que ha superado obstáculos, que ha crecido con paciencia y que hoy nos muestra que lo verdaderamente valioso merece ser celebrado.

Sus palabras son el inicio de una ceremonia llena de significado. Cada frase que pronuncia parece haber sido escrita para nosotros. Me pierdo en los ojos de Enzo, en su presencia, en lo que somos juntos.

Cuando llega el momento de los votos, Enzo toma la palabra. Su voz tiembla ligeramente al principio, pero pronto encuentra su firmeza.

—Irina —comienza, sosteniendo mi mano con más fuerza—. Cuando te conocí, mi vida era un caos. No sabía lo que era tener un propósito real hasta que llegaste tú, estaba perdido y nada me sostenía. Eres mi ancla, mi luz y mi mayor razón para ser mejor cada día. Has traído magia a mi vida, no solo con los niños, sino con todo lo que eres. Hace muchos años me reía contigo hablando del destino, hoy puedo asegurar al mundo entero que el destino existe, y que somos nosotros. Porque hemos superado cada adversidad de la vida solo por el hecho de volver el uno con el otro, de encontrarnos mil veces después de habernos perdido otras mil. Prometo estar a tu lado en cada risa y en cada lágrima, en cada paso y en cada caída. Eres mi hogar, mi amor, mi todo.

Mis ojos se llenan de lágrimas antes de que termine de hablar. Sus palabras no solo son un reflejo de lo que somos, sino de lo que hemos construido juntos.

Ahora es mi turno, y aunque tengo un papel escrito con mis votos, lo dejo de lado. Quiero hablar desde el corazón.

—Enzo —digo, y mi voz suena más segura de lo que esperaba—. Nunca imaginé que el amor pudiera ser tan generoso, tan paciente, tan… verdadero. Tú me enseñaste que sí lo es. Hace diez años apareciste en mi vida y me aterraste con tu amor, me dio miedo enamorarme de ti, y aun así lo hice, porque sabía que era imposible no hacerlo. Cualquier persona cuerda en este mundo se volvería loca

de amor por ti. Te quedaste a mi lado, esperándome siempre. Aun sabiendo que no era fácil, no te rendiste conmigo, nunca. Luchaste desde el primer día que entraste en mi vida por hacerme feliz, y lo has conseguido. Los girasoles, París y mis sueños son más bonitos porque han sido contigo. Contigo aprendí que no importa cuán roto esté el pasado, siempre hay espacio para algo nuevo, para algo real. Porque da igual las veces que hayamos roto nuestra relación, siempre hemos sabido arreglarla. Te elijo hoy, mañana y todos los días que vengan. Prometo cuidarte, apoyarte y amarte con cada parte de mí. Creía que me había pasado toda la vida perdiéndote; en realidad, me he pasado toda la vida encontrándote. Y eso es más de lo que se puede pedir. Te amo.

Enzo sonríe, y puedo ver que también está al borde de las lágrimas. Nos quedamos mirándonos un momento, como si el mundo fuera solo nuestro.

El juez retoma la palabra, dando paso a quienes han preparado algo especial. Alexis es el primero en hablar. Se pone de pie con una sonrisa que solo él podría llevar en un día como este.

—Bueno, Irina, no sé cómo lo has hecho, pero conseguiste domar a este loco. Aunque sí lo sé, tú eres capaz de todo —dice, señalando a Enzo y arrancando risas entre los invitados—. He visto cómo has transformado su vida, cómo le has hecho mejor, a la par que tú te convertías en la mujer que hoy en día eres, alguien admirable. Os conozco a los dos desde hace más años de los que recuerdo, y siempre supe que estabais hechos el uno para el otro, aunque te odiase, Enzo, por hacerla sufrir cuando te fuiste. Sé que fue más culpa de ella que tuya. Mi amiga es un tanto peculiar, ya la conoces. Y, Enzo, si alguna vez haces algo que lastime a Irina, recuerda que aquí estoy yo. No será necesario, porque te conozco y sé cuánto la

amas. Os quiero, chicos, sed felices, y hacednos felices a nosotros también.

Las palabras de Alexis me llenan de calidez. Luego, es el turno de mi padre.

—Irina, hija —dice con la voz quebrada desde el inicio—. Desde que eras pequeña soñaste con encontrar un amor que te hiciera feliz, y ahora veo que lo has encontrado. Enzo, gracias por cuidar de mi hija y de mis nietos, por darles un hogar lleno de amor. He visto esta historia desde el principio, desde que Irina llegaba a casa más feliz cada día, desde que me dijo que te amaba por primera vez, Enzo, y ahora estáis aquí, juntos y haciéndonos llorar a todos. Irina, tu madre y tu hermano estarían muy orgullosos de ver cómo has crecido y ver la mujer que eres hoy. Sin duda, eres un buen ejemplo. Te quiero, os quiero a ambos.

Su mirada se cruza con la mía, y siento el peso de sus palabras en mi corazón.

Mike, el mejor amigo de Enzo, se levanta con una sonrisa que combina orgullo y nostalgia.

—Enzo, siempre fuiste un soñador, un tipo que perseguía lo que deseaba. Pero nunca te había visto tan completo como te estoy viendo hoy. Irina, gracias por darle lo que siempre buscó, aunque él no lo supiera. Sé que juntos sois imparables, dos muros de piedra imposibles de derribar, y eso me alegra. Haber presenciado vuestra relación desde hace años me hace darme cuenta de que el amor verdadero sí existe.

Los niños son los últimos en hablar. Isadora, siempre valiente, toma el micrófono con una seriedad adorable.

—Papá Daniel me dijo que siempre cuidara a mamá, pero ahora Enzo también lo hace. Y estoy contenta porque somos una familia. Te quiero, papá. Te quiero, mamá.

Ian, en su inocencia, simplemente dice:

—Te quiero, mamá. Te quiero, papá Enzo.

El nudo en mi garganta es imposible de ignorar, y estoy segura de que no soy la única que está llorando en este momento.

El juez sonríe y, finalmente, dice las palabras que marcan el inicio de nuestra nueva vida juntos.

—Por el poder que me ha sido otorgado, os declaro marido y mujer.

Enzo no espera un segundo para besarme, un beso lleno de amor y promesas, mientras los aplausos nos envuelven.

El trayecto de regreso a casa para el banquete es una mezcla de risas y emoción. Salem, con su lazo blanco, parece saber que algo importante ha ocurrido y no deja de corretear entre todos. Los niños están llenos de energía, jugando con Alexis y Mike, mientras Aby organiza los últimos detalles.

Es el inicio de algo nuevo, algo increíble, y estoy lista para lo que venga.

Capítulo 54



La casa está decorada como nunca, con luces colgantes que iluminan el jardín, y mesas largas llenas de flores frescas, vino y risas. El sonido del mar al fondo crea una melodía perfecta que se entrelaza con la música suave que acompaña el ambiente.

Los niños juegan entre las mesas, Salem corre detrás de ellos con su pequeño lazo blanco, los adultos comparten anécdotas y brindis en honor de Enzo e Irina. La felicidad se respira en el aire, pero la noche alcanza su punto álgido cuando Alexis anuncia el primer baile.

Enzo me toma de la mano; su tacto es cálido y seguro. Me guía al centro del jardín, donde el espacio ha sido despejado para nosotros. Los invitados se colocan alrededor, formando un círculo; mi corazón late con fuerza. Es un latido distinto: no hay nervios, solo emoción. Esta vez soy yo quien tiene una sorpresa para él.

—Enzo —susurro antes de que empiece la música—. Siempre me has dedicado canciones, has encontrado las palabras perfectas a través de la música. Es hora de que lo haga yo.

Sus ojos se abren ligeramente.

—¿Qué estás tramando, Irina? —pregunta con una mezcla de curiosidad y ternura.

La primera nota de Say You Won't Let Go de James Arthur empieza a sonar. Es mi canción para él, la que lleva semanas rondando mi cabeza, porque cada palabra parece escrita para nosotros.

Enzo me abraza con delicadeza, y juntos comenzamos a bailar.

I met you in the dark, you lit me up / You made me feel as though I was enough…

—¿Cómo has añadido esta canción a una lista de música que ya estaba cerrada? —me susurra al oído mientras giramos suavemente, su aliento cálido en mi cuello.

—Tengo mis secretos —respondo con una sonrisa, mirándole a los ojos—. Esta canción… dice lo que siento por ti.

Los versos continúan, y cada palabra parece narrar nuestra historia: los momentos oscuros, las veces que nos encontramos y perdimos, el amor que nunca dejó de ser suficiente para sostenernos.

Enzo me aprieta un poco más fuerte cuando llega I wanna live with you, even when we’re ghosts / ’Cause you were always there for me when I needed you most…

—Tú siempre has sido mi casa, Irina —me dice, su voz apenas un murmullo, cargada de emoción.

—Y tú, mi puerto seguro.

Cuando la canción termina, los aplausos llenan el aire. Mis manos aún están en su cuello, y las suyas descansan en mi cintura. Nos miramos un momento que parece eterno, antes de que los niños se acerquen corriendo.

—¡Ahora nosotros! —grita Isadora tirando de la mano de Enzo. Ian la sigue, intentando alcanzarla con pasos torpes y risas.

—Está bien, está bien —dice Enzo mientras se suelta de mí con una sonrisa y toma a los niños para comenzar a bailar con ellos, haciendo que ambos se rían a carcajadas mientras los levanta en el aire.

La música cambia a algo más animado, y pronto todos están en la pista de baile. Aby y Mike lideran una coreografía improvisada. Alexis y Edi hacen un espectáculo digno de un concurso de baile. Incluso mi padre, a pesar de su carácter reservado, no puede resistirse a unirse a la diversión.

Los brindis no se hacen esperar. Alexis, siempre elocuente, toma la palabra.

—Por los amores que nunca se rinden. Por las segundas oportunidades. Y, sobre todo, por la familia que hemos formado aquí hoy.

Edi levanta su copa al terminar las palabras de Alexis, y el resto le sigue.

—Y por el caos que ellos llaman «amor» —añade con una sonrisa, mirándonos a Enzo y a mí.

Mi padre se aclara la garganta y toma el turno.

—Enzo, te llevas a mi hija, pero también te llevas mi confianza y mi respeto. Gracias por cuidar de ella y de mis nietos con tanta dedicación. No podría pedir un mejor compañero para ella. Hoy te has casado con ella, pero, en realidad, lleva siendo tuya mucho tiempo atrás.

Las lágrimas vuelven a aparecer en mis ojos. Me acerco a mi padre y le abrazo fuerte antes de que regrese a su lugar.

En un rincón del jardín, Enzo y yo compartimos un momento de tranquilidad mientras observamos cómo los niños juegan con Salem cerca de las luces parpadeantes.

—¿Sabes? —me dice, cogiendo mi mano—. Hoy ha sido perfecto.

—Lo ha sido porque estamos juntos —respondo, apoyando la cabeza en su hombro.

Miramos a nuestro alrededor: la risa de nuestros amigos, el brillo de las estrellas, la sensación de que todo está en su lugar. Por fin hemos encontrado la paz que siempre buscamos.

—¿Es esto lo que imaginabas? —me pregunta.

—No. Es mucho mejor.

—Tengo tanta suerte de tenerte, Irina.

—No, la suerte es mía por tenerte a ti.

Capítulo 55



El viento suave de la noche acaricia mi rostro mientras me quedo allí, observando a Enzo, con la luz de la luna reflejada en su rostro.

—¿Sabes? —pregunta Enzo como si estuviera pensando lo mismo que yo. Se acerca más a mí, su brazo alrededor de mi cintura.

—¿Qué? —le pregunto sin apartar los ojos de su rostro.

—Todo esto… —hace un gesto con la mano hacia la fiesta, hacia el jardín lleno de vida—, lo que hemos hecho, lo que hemos vivido, tanto lo bueno como lo malo…, no lo cambiaría por nada.

Mi corazón da un vuelco. ¿Realmente entendemos lo que hemos conseguido, lo que hemos construido juntos?

—Yo tampoco lo cambiaría. —Mi voz se quiebra ligeramente—. Sé que no ha sido fácil, Enzo. Cada paso, cada obstáculo… nos ha traído hasta aquí. Y lo mejor es que no tengo miedo, ya no.

Él sonríe, y sus ojos brillan con una luz que no había visto antes, una luz que me envuelve con un abrazo cálido.

—Nunca tuve miedo de ti, Irina. Solo tenía miedo de no ser suficiente —dice, y sus palabras me alcanzan con una sinceridad tan cruda que casi me dejo llevar por la emoción. La verdad es que yo

también sentí lo mismo muchas veces, sentí que no éramos suficientes, que algo nos separaba de la felicidad completa. Y ahora, al mirarnos, todo encaja.

—¿Sabes qué quiero? —le digo, con el impulso de hablar de lo que siento en lo más profundo de mi ser—. Quiero que este sea el comienzo de una nueva historia. Quiero construir, crecer, amar… Y nunca dejar de hacerlo.

Enzo me mira con la misma determinación en sus ojos de siempre.

—Eso haremos. Te lo prometo.

Sus palabras son suficientes. Porque sé que con él puedo hacer cualquier cosa.

De repente oímos a los niños gritar desde el otro lado del jardín. Isadora e Ian han corrido a la pista de baile, dando saltos y riendo. Salem les sigue.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Venid a bailar con nosotros! —grita Isadora, agitando los brazos.

Enzo y yo nos miramos y sabemos que el momento perfecto no es el que hemos imaginado, sino el que estamos viviendo. Nos cogemos de la mano y vamos hacia ellos, dejando que todo el mundo a nuestro alrededor se desvanezca mientras seguimos el ritmo de la música.

Bailamos sin importar quién nos mira, sin pensar en lo que podría haber sido. Solo estamos nosotros, nuestro amor y nuestras risas. Isadora gira en círculos, Ian corre hacia mí para darme un abrazo, y Salem se une a la diversión, corriendo entre nuestras piernas.

Los amigos, la familia, todos nos rodean, riendo y disfrutando. No hay presiones, no hay expectativas. Solo estamos nosotros, celebrando el momento con lo que tenemos.

Esas pequeñas cosas, esos momentos fugaces de felicidad… son los que hacen que todo tenga sentido. Y sé que no necesito nada

más.

—Te amo —me susurra Enzo mientras me coge en sus brazos y me da vueltas y los niños se pelean por quién debe bailar con nosotros.

—Te amo —respondo sin miedo, sin reservas.

El mundo puede cambiar, el tiempo puede pasar, pero hay algo que nunca cambiará: lo que sentimos el uno por el otro. Y sé que, pase lo que pase, siempre estaremos aquí, juntos.

La noche continúa, y con ella, la certeza de que nuestra historia ha comenzado, una historia que seguiremos escribiendo juntos.

De repente, se me ocurre una idea. Me acerco al aparato de música y pongo la canción sin pensarlo dos veces. Mi dedo toca el botón de reproducción con una decisión que casi me sorprende. La melodía de Burning Love de Elvis Presley comienza a sonar en el aire, y una corriente cálida recorre mi cuerpo al instante. Es imposible no recordar el primer momento en que Enzo y yo bailamos esa canción tantos años atrás. El sonido de Elvis llena el jardín con su ritmo inconfundible, una mezcla de nostalgia y energía desbordante.

Miro a Enzo, que está sentado, y sus ojos se abren con una chispa traviesa. Sonríe como si hubiera esperado este momento, como si, al igual que yo, lo estuviera sintiendo en lo más profundo. Se pone de pie con rapidez, sin decir una palabra.

—¿Te acuerdas de cómo bailamos aquel día en mí azotea? —me dice con una sonrisa pícara, tendiéndome la mano.

No necesito responder. Cojo su mano con la misma seguridad que cuando éramos más jóvenes, cuando esta canción era nuestra, cuando el mundo parecía más simple y nuestras preocupaciones más pequeñas. Sin pensarlo, me dejo guiar por él, y nos movemos al

centro de la pista que hemos construido entre todos, donde el sonido de la música nos envuelve.

El primer paso es torpe, como siempre, como si el tiempo no hubiera pasado, como si esos años de separación no hubieran existido. Enzo me mira, y ambos estallamos en carcajadas. Lo que era una vez un baile seductor, actuado, ahora se convierte en un juego tonto, lleno de risas y pasos descoordinados, como si estuviéramos de vuelta en aquellos días en los que solo importaba el momento.

—¿Te acuerdas cuando hacíamos el tonto con esta canción? —le digo entre risas, tropezando con sus pies mientras él me da un giro.

—¿Cómo olvidarlo? —responde él, levantándome de nuevo.

Sus manos me rodean, y el calor de su cuerpo es la misma sensación que recordaba, la misma que nunca se fue. Recuerdo que nos sentíamos invencibles, como si el mundo no pudiera tocarnos.

Le doy un empujón suave y seguimos girando. Las luces del jardín parecen más cálidas con él cerca, y el caos del mundo exterior desaparece. Solo estamos nosotros dos, bailando, riendo, disfrutando de esta canción que siempre fue nuestra.

Esa canción hace años había sonado porque Enzo preparó un ambiente perfecto en su azotea, y desde ese momento se convirtió en nuestro himno, en el símbolo de nuestro amor y nuestra pasión, de todas las veces que nos reímos sin razón y bailamos sin importarnos el qué dirán.

El ritmo de la música aumenta, y nos dejamos llevar aún más. Me suelta la mano y se mueve alrededor de mí, como en aquellos primeros días cuando todo era nuevo, cuando nos descubríamos en cada baile, en cada canción. El sudor nos cae por la frente, nuestras caras están rojas. Somos jóvenes de nuevo, en el corazón, mientras seguimos bailando.

—Te amo —le susurro.

Una sonrisa suave se dibuja en sus labios mientras me rodea con sus brazos y me estrecha contra él.

—Yo también te amo, Irina.

Y volvemos a girar al ritmo de la música, sin prisa, sin pensar en lo que vendrá, solo en lo que estamos viviendo ahora. La canción de Elvis nos envuelve una vez más, y el mundo parece quedar atrás, mientras seguimos bailando como si fuéramos los mismos dos jóvenes de antes, con la misma pasión, con el mismo amor ardiente, como si no hubieran pasado los años.

—¡Mamá y papá son muy guais! —grita Isadora.

Capítulo 56



El sol brilla con fuerza esa mañana, pero la luz no puede igualar la calidez que siento en el pecho. El día siguiente a nuestra boda llega con una paz tranquila, como si el mundo hubiera hecho una pausa, tomándose el tiempo necesario para que nosotros también lo hiciéramos. Hemos vivido tantos momentos intensos en tan poco tiempo que, al ver a nuestros amigos empacando y preparándose para regresar, siento que todo se ralentiza. Es como si me estuviera despidiendo de algo, pero no con tristeza, sino con una gratitud profunda que me llena el alma.

Hoy es el primer día de un futuro que ya no es incierto, no está lleno de dudas ni de temores. Está claro y definido, y lo más especial es que lo compartiré con Enzo, con nuestros hijos, con las personas que más quiero. No tengo miedo. Lo que he vivido me ha fortalecido, y ahora soy capaz de abrazar todo lo que la vida tiene para ofrecer.

Enzo está ayudando a cargar las últimas cajas de nuestros amigos, mientras los niños corren por la casa, saltando entre las habitaciones como si todo fuera un juego. Salem corre detrás de

ellos, feliz de estar rodeado de tanta energía. Mi corazón está ligero, y mis pensamientos viajan a esos días que compartí con Daniel, a lo que viví antes de este momento. No puedo evitar sonreír al pensar en cómo mi vida ha cambiado, cómo he pasado de la oscuridad de la pérdida a la luz del amor que me rodea.

El aire es fresco, el clima en Rota sigue siendo perfecto. Las últimas despedidas están llenas de abrazos y sonrisas, y también de palabras que, aunque no se dicen, se sienten en el aire. Todos sabemos que esta boda no solo fue un evento, sino un renacer. Un nuevo comienzo para todos nosotros.

Mi padre me mira antes de subirse al coche. Sus ojos arrugados por la edad están llenos de ese amor incondicional por mí.

—Estoy orgulloso de ti, Irina. Sabía que algún día encontrarías la felicidad que mereces.

—Gracias, papá —respondo, abrazándole con fuerza, sintiendo que cada palabra se clava en mi corazón.

Enzo se acerca a mí y coge mi mano. Estamos empezando una nueva etapa juntos, una que se construye sobre lo que hemos vivido y lo que hemos aprendido. La gente que ha sido parte de nuestro viaje está regresando a sus vidas, pero nosotros tenemos la nuestra por delante, llena de promesas y esperanzas.

—¿Lista para nuestra nueva vida? —me pregunta Enzo, con los ojos brillando de felicidad.

Me doy cuenta de lo afortunada que soy. No es solo la boda, no es solo el amor de Enzo, es todo lo que hemos creado juntos. Es este hogar, esta familia, esta paz.

Vamos guardando las cosas y metiéndolas en su sitio.

Alexis y Edi ya han recogido y se acercan para despedirse de nosotros. Es un momento agridulce, puesto que voy a echarles de

menos. Ellos también tienen su vida en Madrid, y la tienda no va a funcionar sola: Alexis tiene que volver para que funcione.

Me acerco a él, y una ola de gratitud me inunda. Se nota que todos están felices, pero hay algo más. Son las pequeñas cosas las que cuentan, esos momentos de complicidad, esos gestos de cariño. Nos abrazamos fuerte.

—Lo lograste, amiga: tu final feliz.

El sol sigue brillando, iluminando la escena con una suavidad que refleja exactamente lo que siento. Mi vida ha dado un giro inesperado.

Es cierto, lo he logrado. He superado muchas cosas en mi vida, cosas dolorosas, traumas, eventos abrumadores, relaciones traumáticas, pérdidas de gente a la que amo, discusiones con el que hoy ya es mi marido, dos partos de hijos a los que amo, dos tiendas que han costado mucho trabajo, la traición de la que fue mi mejor amiga, maltrato psicológico por parte de un amor de la adolescencia, enamoramientos… Después de diez años de aquel día de fuerte lluvia en el que yo estaba haciendo un esfuerzo enorme por mi padre y por que su escuela de teatro saliera bien, estoy aquí, casada con ese hombre que llevó a cuestas una moto solo por acompañarme a mi casa.

Miro a Alexis con los ojos llenos de emoción al recordar esos momentos que hoy me han hecho ser quien soy, y le respondo con la voz temblando de felicidad.

—Yo diría que es mucho más que eso, es un comienzo feliz.

Y es cierto. Este no es el final, es solo el principio. El principio de una nueva historia, una historia que hemos creado juntos. Una historia llena de amor, de risa, de vida. De todos los momentos que hemos compartido y de los muchos que nos esperan. Porque no

importa lo que pase, lo que importa es que estamos juntos; eso es lo único que realmente cuenta.

Capítulo 57



Han pasado veinte años. El tiempo, como siempre, sigue su curso, pero de alguna manera parece haberse detenido en ciertos momentos, esos que definen nuestras vidas, los que nos marcan para siempre. Hoy, sentada junto a Enzo, observando cómo nuestros hijos, ya adultos, siguen sus propios caminos, siento que he vivido mil vidas en una sola. La vida que soñé, la vida que construimos, no es perfecta, pero es nuestra. Y lo que me queda es gratitud.

Isadora e Ian ya han encontrado su lugar en el mundo. Isadora, con su alma de artista, se ha quedado con la escuela de teatro de mi padre. Me gusta pensar que, de alguna manera, él vive a través de ella. Su legado sigue siendo parte de su vida, de la vida de todos. Enzo y yo siempre supimos que la escuela sería suya algún día, y verla dirigirse a su futuro con tanta determinación me llena de orgullo. Está creciendo y evolucionando con la misma pasión por el teatro que tenía cuando era pequeña. Es una mujer fuerte, creativa, y sé que llevará la escuela a nuevas alturas.

Ian, por otro lado, siempre tuvo una conexión especial con los animales. Se ha convertido en un excelente estudiante de

veterinaria. Su dedicación y su amor por los animales son palpables en todo lo que hace. Le he visto trabajar con mucho empeño, y sé que será uno de los mejores veterinarios del país. Siempre me hace sonreír ver cómo su vida ha tomado un rumbo tan distinto al mío, y a la vez tan cercano. La vida que le espera está llena de posibilidades, y estoy segura de que hará grandes cosas.

Salem, nuestro querido perro, ya no está con nosotros, pero su recuerdo sigue vivo en cada rincón de la casa. Vivió muchos años, rodeado de amor, y cuando falleció, lo hizo sabiendo que tuvo una vida plena. Fue un miembro esencial de nuestra familia, siempre presente, siempre leal. Años después de su partida, dos de sus cachorros, Niebla y Wolfie, siguen con nosotros. Ambos crecen bajo la mirada atenta de los niños, que, aunque ya no son tan niños, siempre lo seguirán siendo para mí. Si bien los dos perros no pueden reemplazar a Salem, han encontrado su propio lugar en nuestro hogar.

La vida nos ha llevado por caminos que no siempre esperábamos, pero nunca imaginé que estaríamos aquí todos juntos. Enzo y yo seguimos amándonos. De hecho mientras se ocupa de su escuela de teatro con la misma pasión que tenía cuando nos conocimos, me doy cuenta de cuánto ha cambiado y de cuánto sigue siendo todavía el mismo. La vida que soñó, la vida que luchó por construir está justo frente a él. Su escuela, finalmente, es una realidad, y cada día, al verla crecer, siento que hemos alcanzado algo precioso. Nos seguimos apoyando mutuamente, como siempre. El tiempo ha pasado, pero lo que sentimos sigue siendo igual de fuerte, si no más.

A lo largo de estos años hemos formado una familia, hemos creado un hogar lleno de amor, de risas y de recuerdos. Y aunque mi padre ya no está con nosotros, su legado sigue vivo en cada rincón

de esta casa. Las enseñanzas que me dio, los valores que me transmitió continúan guiándonos. Su partida fue dolorosa, pero me dejó una sensación de paz. Sé que él estaría orgulloso de lo que hemos logrado. Y sé que ahora es feliz con mi madre, Fran y Daniel allí donde estén.

Alexis y Edi, quienes hace años adoptaron a dos hermanos, han formado una familia preciosa. Los niños que trajeron a sus vidas crecieron rodeados de amor, y hoy son jóvenes adultos que han encontrado su camino. Ellos son testigos de cómo la vida puede cambiar para bien, de cómo el amor puede transformarlo todo. Aby y Mike también han tenido dos hijos, y a menudo vienen a vernos a casa. La familia sigue creciendo, y siempre permanecemos unidos. Nos apoyamos, nos cuidamos, y seguimos adelante juntos.

Mientras los miro, me doy cuenta de lo afortunada que soy, de lo afortunados que somos. La vida nos ha dado más de lo que jamás imaginamos.

Enzo se acerca a mí y me coge de la mano. Nos sentamos en el porche, que siempre ha sido nuestro lugar favorito en esta casa, y nos quedamos observando el atardecer, que pinta el cielo de tonos naranjas y rosas. Hay una calma en el aire, un silencio compartido, como si el mundo entero hubiera hecho una pausa para nosotros.

—Nunca imaginé que esto pasaría, que lo conseguiríamos —dice Enzo.

—Yo tampoco, pero aquí estamos. Lo que hemos vivido nos ha llevado hasta aquí. No podría pedir más.

En sus ojos hay un reflejo de amor, de recuerdos compartidos y de lo que hemos superado juntos. No necesitamos palabras para saber lo que sentimos, porque está entre nosotros, en cada mirada, en cada gesto.

A lo lejos, Isadora e Ian están hablando, riendo, compartiendo historias de sus trabajos, y quizás también sus secretos. Ambos son grandes cómplices, y me alegra ver que, a pesar de los años, siguen siendo inseparables, aun con las vidas tan diferentes que tienen y la distancia que hay entre ellos desde que Isadora se fue a vivir a Madrid, a la que en su día fue mi casa con Daniel. Wolfie y Niebla corren alrededor de ellos, felices, mientras el sol se pone lentamente en el horizonte. La paz que siento en este momento es indescriptible. Es una paz que solo llega cuando sabes que has encontrado tu lugar, cuando sabes que, a pesar de los pesares, todo tiene sentido y ha valido la pena.

El futuro está ante nosotros, y aunque el tiempo sigue avanzando, sé que siempre tendremos este momento perfecto, lleno de amor y de gratitud por todo lo que hemos vivido. Porque al final lo que importa no son los años que pasan, sino cómo los vivimos. Y yo, con Enzo a mi lado, con mis hijos y con todos los que quiero, sé que he vivido la vida más hermosa que podría haber imaginado.

Hoy, mirando al futuro, solo puedo pensar en una cosa: este es solo el principio de una nueva etapa que seguiremos viviendo con todo el amor que siempre nos ha acompañado.

Y cuando me vuelvo a Enzo, sonriendo, le susurro:

—Gracias por darme esta vida, por darme este amor.

Y él, con esa sonrisa que siempre ha tenido, me responde:

—Lo único que hice fue amarte, Irina. Y eso es todo lo que necesitábamos.

Me doy cuenta de lo mucho que nos amamos, y de que, a pesar de los años, cada día nuestro amor ha ido aumentando.

—Lo mejor de esta vida, de mi vida, ha sido conocerte —dice.

—No. Lo mejor ha sido encontrarnos después de todas las veces que nos hemos perdido… Siempre nos hemos encontrado: eso ha

sido lo mejor.

El sol se oculta lentamente, dejando atrás un cielo estrellado que promete muchas noches más como esta. En este momento sé que, sin importar lo que nos depare el futuro, siempre estaremos juntos. Porque el amor, como el tiempo, nunca se detiene.

Carta a Daniel



Hola, soy Irina, sí, esa Irina, «tu Irina».

Han pasado muchos años, demasiados, para ser honesta, pero aquí todo sigue igual que como lo dejaste. Incluso ahora es todavía mejor. Los niños, que ya no son tan niños, son muy felices. Me encantaría que pudieses verlos. Todo va bien. Enzo sigue triunfando, y yo también.

Daniel, creo que una parte de mí se quedó contigo cuando te fuiste, porque una vez, hace mucho tiempo, fui más tuya que mía, a pesar de las circunstancias, a pesar del amor que siempre sentí por el que hoy es mi marido. Te ganaste mi amor, mi confianza y mi admiración. Siento no haberte amado de la forma que te merecías, aunque créeme que te quise con todo lo que tuve, con todo lo que fui, con todo lo que pude darte, y de la mejor forma que supe hacerlo. Sé que no fue suficiente, al menos para mí no lo era, porque tú te merecías más, mucho más, tú te merecías el amor más grande y profundo del amor, pero yo no pude dártelo, no pude, porque amaba a otra persona con todo mi corazón.

Daniel, me has dado una de las mejores cosas que tengo en esta vida: a nuestro hijo, Ian, el que te sigue queriendo más de lo que puedas imaginar. Sigue hablando de ti a todas horas, preguntando cómo eras, interesándose por cada cosa tuya. Isadora también lo hace, siempre serás su «papá Daniel», siempre, no importa cómo hayan terminado las cosas, no importa cómo fuesen en el pasado, no importa cómo acabásemos tú y yo, porque lo importante es que, en algún momento de nuestra vida, durante muchos años, fuimos felices, y mucho.

A veces, todavía me cuesta asimilar que no estás, porque, en cierto modo, siento que perdí una de las partes más grandes de mi vida: te perdí, y, como te he dicho, perdí una parte de mí misma también.

Una vez te dije que me habías salvado de todas las formas en las que una persona puede ser salvada, y era cierto, Daniel. Fuiste uno de los amores más grandes de mi vida, el amor para mi vida, como siempre te decía. Sé que me amaste con todo lo que eras, de todas las formas humanamente posibles, y con todo tu corazón, y siempre estaré en deuda contigo.

Espero que mi padre y tú os estéis cuidando el uno al otro, que continuéis haciendo recetas juntos, y que le sigas oyendo hablar de sus obras de teatro. Sé que os cuidáis y que os queréis. Aunque es demasiado injusto que el resto no podamos escucharos ni veros, porque nos encantaría que nos contarais vuestras aventuras allí donde estéis.

Seguid cuidándoos el uno al otro, y también cuidadnos a nosotros, porque sois las estrellas que guían nuestro camino.

Daniel, esta historia, mi historia, no hubiera sido posible sin ti, sin tu amor, sin tu comprensión, sin tu esfuerzo ilimitado, sin tu paciencia infinita, sin tu forma de hacerme sentir protegida, sin

tus abrazos de calma y sin tu maravillosa forma de amarme. Por eso sigo hablando de ti como el mejor hombre que ha pasado por esta tierra, porque en el fondo lo eres.

Dicen que hay gente que pasa por la vida sin enamorarse, sin sentir lo que es el amor, sin conocer a su otra mitad, sin conocer a su compañero de vida, y yo he tenido la suerte de haber amado más de una vez, de enamorarme de más de una persona, y, sobre todo, de haberme enamorado de ti.

Te quise como no te puedes imaginar, y te quiero como ya no sé explicar.

Una parte de mí murió contigo, al igual que una parte de ti vive conmigo.

Sigue brillando e iluminando el cielo cada noche. Es reconfortante ver desde la playa cómo brillas e iluminas el camino de todos. Dale un beso a mi padre y dile cuánto le echo de menos.

Gracias a los dos por haber sido lo mejor de mí, por haber caminado conmigo y por quererme incondicionalmente.

Gracias por salvarme siempre.

Tu Irina.

Unas palabras de la autora

Si has llegado hasta aquí, debo darte las gracias, ante todo. Si has llegado hasta aquí, has conocido la historia de unos personajes que me han hecho sentir y llorar a partes iguales. Y ahora quiero ser yo quien te diga unas palabras, así, de tú a tú, sin Enzo ni Irina de por medio. De Natalia a ti, querido lector.

Concebí esta historia como algo más que una simple historia de amor. Quise hacerlo desde el punto de vista de Irina, porque quería que el lector empatizara con lo que ella iba sintiendo en cada momento y situación.

Hemos visto a una Irina perdida en el primer libro, una Irina que no encontraba su lugar en el mundo y que no quería vivir, una protagonista rota por una relación, una mujer que no se sentía libre, que no tenía sentimientos. Más tarde hemos visto cómo se enamoró, pero el miedo la frenó y por ello perdió al amor de su vida. Después la hemos visto enfrentarse a un amor que la convenía y al otro que era el que ella quería, para terminar convirtiéndose en una gran madre, en una gran mujer, y en alguien que por fin encuentra su lugar.

Muchas veces me he sentido como Irina en el mundo, sin rumbo fijo, sin sentir que pertenecía a un lugar, pero encontré mi sitio en la escritura, en mi familia, en mis amigos y en mi amor propio, que es lo más importante. Y por eso quise hacer este libro, porque, al igual que yo, hay personas que alguna vez se han sentido así. Hoy quiero deciros que se puede, que, aunque sea complicado, se puede lograr.

Solo tienes que confiar en ti y tener claro cuál quieres que sea TU DESTINO.

Lo que quise transmitir con el nombre de la trilogía es que, a veces, por mucho que lo intentes, no puedes escapar de lo que está escrito, de lo que estás destinado a vivir. Como le pasa a Irina durante los tres libros, que ha intentado escapar de Enzo, para terminar siendo feliz a su lado, porque estaba destinada a esa vida, a amar y ser amada, a ser madre, a triunfar en sus negocios, y, sobre todo, a ser feliz.

Porque todos merecemos ser felices, aunque el camino esté plagado de obstáculos y sinsabores.

Agradecimientos

Si alguien me pregunta qué es lo que menos me gusta de un libro, es esta parte. Porque siento que, diga lo que diga, me voy a quedar corta. Tengo varias personas a las que agradecer, pero hay demasiadas cosas por las que dar las gracias. Y por eso creo que siempre me quedo en blanco cuando se trata de esto.

Para no perder la costumbre, quiero agradecer a la artista que hay detrás de cada una de mis historias, a quien no duerme por escucharme divagar sobre mis libros, a quien piensa las portadas y me ayuda a hacerlas, a quien se levanta pronto solo para ayudarme a planificar cada punto del libro. A quien salvó mi vida, a quien no ha dudado nunca de mí, a quien camina a mi lado agarrando mi mano y jamás deja que me caiga. Gracias, Esther, es un verdadero orgullo ser tu hermana y compañera de vida.

Para continuar, tengo que echar la vista atrás muchos años y mirar al hombre que llegó a mi vida sin avisar. No fue fácil, de verdad que no. Le miro hoy y no puedo hacer nada más que dar las gracias a las casualidades o al destino por haberme puesto a esa persona. Rafa, sé que no compartimos sangre y que jamás lo haremos, pero mi corazón es tuyo desde el momento en el que decidiste criarme con amor y paciencia. Eres, sin duda, mi ejemplo a seguir en esta vida. Te quiero y te admiro.

A mis abuelos, a mis padres de alma y corazón. Sin ellos no sería ni la mitad de lo que soy. Me han enseñado a perseguir mis sueños, a no rendirme y a luchar por quien quiero ser, sin olvidarme nunca

de mi esencia. Me lo han puesto todo siempre demasiado fácil, demasiado bonito. Y es por ellos por los que un día sueño con que este sueño se haga realidad y puedan verme cumplirlo.

A Miguel, por ser el amor que siempre he buscado y tanto he necesitado. No sé qué he hecho bien en la vida para tenerte en ella. Para haberme reencontrado contigo después de tantos años sin saber nada el uno del otro. Me has demostrado que hay personas que están destinadas. Nosotros somos el caso perfecto. Gracias por admirarme, apoyarme y quererme tanto. No me imagino una vida y un mundo sin ti. Eres el protagonista de cada una de mis historias y el amor más grande que he tenido nunca.

A mis padres, tíos y familia. Esos que esperan tan impacientes a que este sueño mío se cumpla. Gracias por no dejar de creer en mí.

A mi mejor amiga, Daniela, la que a su manera hace también posible que siga escribiendo.

Gracias a Adelaida por haber confiado en mí. A la editorial Planeta, que siempre ha sido mi sueño, y al sello Click Ediciones por darme la oportunidad de publicar este libro. No tengo palabras para describir cómo me siento.

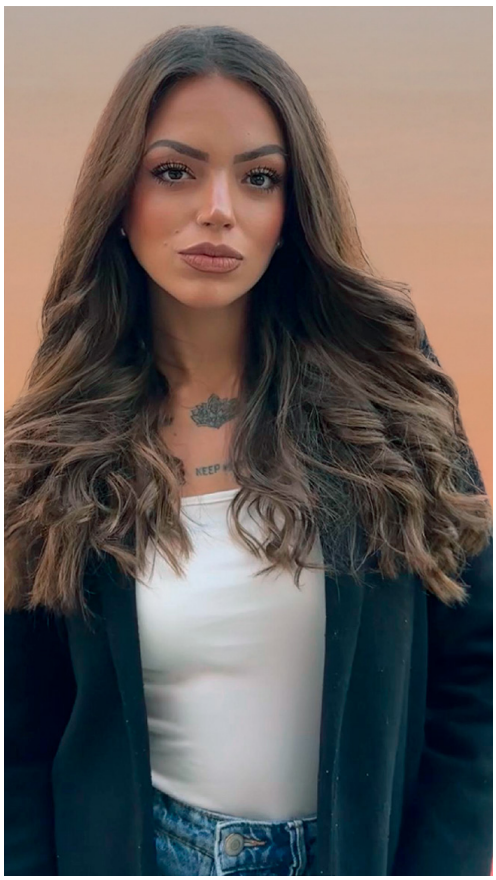
A mis chicas de BookTok, a las que conocí en ferias, a las que han comprado mis libros porque han confiado en mí. Vosotras también sois parte de este proyecto.

A los que ya no están, a los que se fueron, a los que están lejos. Me llevo siempre una parte de todas las personas que pasan por mi vida. Vosotros también estáis, porque habéis dejado una huella en mí. Y para los que vendrán.

Y a mí. Gracias a la Natalia de 4, 7 y 10 años que tuvo tan claro siempre cuál era su destino y su sueño. Quiero decirte, cariño, que no nos hemos rendido y que poco a poco lo estamos consiguiendo. Aún nos queda mucho camino por recorrer, pero no nos vamos a

rendir. Te juro que a veces lo he pensado, pero luego se me viene tu imagen a la cabeza y es imposible fallarte. Así que no lo haré. Seguiré por ti, siempre.

Biografía de la autora



Natalia de las Olivas Puentes nació un 30 de mayo del 2000, en Madrid. Autora y amante de la escritura. Con tan solo 10 años escribió un libro, el cual una profesora suya rompió. Desde entonces, supo que quería dedicarse a escribir y a contar sus historias al mundo.

Trotamundos, un desastre con patas, un alma libre y llena de miedos… Pero siempre fiel a sus sueños. Ha perseguido cada uno de ellos desde pequeña, sin rendirse en el intento.

Conoció el amor siendo muy joven y eso ha hecho que escriba el género de romance, aunque tenemos un thriller suyo y también se ha adentrado en el mundo de la fantasía romántica. No obstante, cada uno de sus libros siempre tendrá ese toque romántico que tanto le gusta. Porque si hay algo de lo que ella entiende, es del amor.

Fiel siempre a la plataforma Wattpad, donde inició su carrera literaria siendo una niña y donde se dio cuenta de que sus sueños estaban al alcance de su mano. Fiel seguidora de la frase:

«Si puedes soñarlo, puedes cumplirlo.»

Redes sociales de la autora:

Instagram: Nataaliaa30

Tik tok:

Nataaliaa.books

Nataaliaa 30

Encontrarnos
La saga Destino 3
Natalia de las Olivas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Natalia de las Olivas, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, © Esther Martínez Puentes

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31764-7 (epub)

Composición: Realización Planeta

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta